

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14.

NUM. 161.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE DE LAZARO**

\_\_\_\_\_  
**M A Y O , 1902**  
\_\_\_\_\_

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# HIGH-LIFE

NOVELA

---

(CONCLUSIÓN)

## XIX

Eran las cinco de la tarde: Isi, deseosa de descansar, había subido á sus habitaciones. Un criado acababa de disponer el té sobre la mesa del salón, y la joven, sentada cerca de la chimenea, contemplaba las llamas del hogar. La noche comenzaba á caer, sumiendo en sombras á la estancia. Isi, que acababa de dar un paseo á caballo, había trocado la amazona por una bata de casa de seda negra con anchas mangas, en espera de vestirse para la comida. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de su butaca, y sus blancos brazos formaban un punto luminoso en la oscuridad.

Pensaba en Witterstein.

—A Dios gracias—se decía—he dominado á mi corazón. Tengo ya bastante calma para figurarme á los recién casados en su viaje de boda. Me complazco en la felicidad de la pobre Trudy... Deseo que Hans la ame como ella se merece... ¡Ah! ¡Si yo hubiera querido romper ese matrimonio en París!... ¡Y la noche de Versalles!... ¡qué fascinación! Él también se ha calmado; evita mi presencia y apenas me habla... Por lo demás, desde hace una semana no nos hemos dirigido la palabra... Más vale así; ¿qué podríamos decirnos?... ¿Que ya no

nos amamos? Es preferible el silencio... ¡Ah! ¡qué alegría el haber comprendido al fin la paz interior, el reposo del corazón y del alma! Marcharé mañana; cambiaremos después de la comida algunas vulgares frases de despedida, nos estrecharemos la mano y todo habrá concluído completamente...

Isi se estremeció al escuchar abrirse la puerta y oír una voz bien conocida que preguntaba:

—¿Está usted visible, Condesa?

Ésta se levantó bruscamente, reprimiendo un grito:

—¡Usted... usted... Witterstein!

Hans entró y dijo:

— ¡Qué oscuridad! ¿Dónde está usted? ¡Ah! Mis ojos se acostumbran á las tinieblas y percibo á usted al lado de la chimenea; se parece usted á una maga de Egipto con su bata de seda negra, sobre la cual las llamas lanzan reflejos fantásticos...

¿Por qué le palpitaba el corazón á la joven? ¿Y aquella indiferencia de que se vanagloriaba hacía un momento? ¿De modo que la fuerza no existía más que en plena luz, en los salones llenos de gente, en medio de la multitud? La entrevista no tenía nada de terrible, sin embargo... Permaneció silenciosa.

—Condesa, he venido á despedirme de usted. He sabido que nos deja usted mañana por la mañana.

—Pero todavía le veré á usted esta noche en la comida— dijo ella con afectada frialdad.

—No es lo mismo. Creo que tenemos que decirnos algo más que un adiós indiferente delante de todos los invitados.

—¿Cómo es que no ha ido usted de caza?

—Sabía que era el último día que pasaba usted aquí y esperaba encontrarla sola. Su hermana está con la señora de la casa; por fortuna usted se ha quedado en sus habitaciones, y aquí me tiene usted.

—Para presentarme sus respetos. Está bien.

La Condesa procuraba conservar un tono indiferente. La

situación, por lo demás, no tenía nada de desagradable, porque en la voz del joven vibraba una profunda ternura.

—¿Quiere usted una taza de té? Pero déjeme que encienda — dijo tomando de encima de la chimenea una caja de cerillas.

—¿Para qué? Esta semi-oscuridad es deliciosa... Permítame que acerque esta mesita y pondremos el té en ella.

Isi consintió y llenó dos tazas con la perfumada bebida. Witterstein las cogió y las puso sobre la mesita. Después la joven se volvió á sentar en el mismo sitio. Hans avanzó otra butaca y se sentó enfrente.

—Ahora, Condesa, digámonos adiós... ¡Qué palabra tan triste! ¿No es verdad?

—En las circunstancias actuales, no... Por de pronto esta despedida no es eterna; nos encontraremos frecuentemente en sociedad. Supongo que su futura mujer abrirá sus salones... Me inspira mucha simpatía; es una criatura verdaderamente deliciosa... es digna de ser feliz...

—Es decir, que merece un marido mejor, un marido cuyo corazón esté libre.

—¡Oh! Ella sabrá conquistar á usted y conservarle celosamente si usted pone en ello un poco de buena voluntad.

—Seamos francos, Isi.

Hans se levantó y la cogió una mano, que ella no retiró.

—Está bien, Hans, ¡seamos francos! Tengamos valientemente una explicación última, y después rompamos para siempre. Usted me ha querido un poco...

—¡Oh! Un poco... ¿Cómo puede usted decir eso?

—Los hechos lo demuestran. Sus relaciones...

—¿No he puesto mi suerte en manos de usted? ¿No la he suplicado que rompa esos lazos con una palabra, con una sola palabra?

—Si me hubiera usted querido sin reservas, no se hubieran formado nunca semejantes lazos. Ahora es ya demasiado tarde. Trudy le adora, y usted no puede destrozar esa alma...

Por mi parte, yo no soy libre y no consentiré jamás en llegar á ser su querida.

—Sin embargo, yo le soy á usted absolutamente indifere-  
rente...

—¡Harto lo sabe usted!

—¡Podríamos ser tan felices, Isi!

—¿Felices?...

—Muy felices...

—Imposible.

—Sin embargo, este amor...

—¡Jamás!

Pronunciaban palabras sin hilación que, poco á poco, se confundían en un murmullo lánguido, entrecortado de pausas... Sus manos permanecían unidas, sus ojos brillaban en sus rostros mal iluminados por los vacilantes resplandores del hogar. Sus voces se debilitaban, sus palabras perdían el sentido, la embriaguez se apoderaba lentamente de ellos. Hans sabía que podía atraer á Isi sobre su corazón, que no resistiría y apoyaría en su pecho la cabeza. Isi sabía también que había llegado la hora suprema, la hora que debía sumirla en el misterio del éxtasis amoroso... Transcurrieron algunos segundos: el fuego chisporroteaba, la tetera hervía suavemente sobre la lamparilla de espíritu de vino, y estos ruidos ligeros dejaron las respiraciones anhelosas, hasta las palpitations de los corazones... Permanecían inmóviles, sin fuerza, en el paroxismo del deseo; un brusco movimiento de Isi les lanzó en brazos uno de otro.

—¡Isi!

—¡Hans!

Ella volvió á caer en su butaca y se ocultó el rostro con las manos.

Él se arrodilló á sus pies y la obligó á descubrir sus ojos, que estaban llenos de lágrimas.

—¡Isi mía!

—No, Hans, no puedo ser de usted—dijo ella rechazándo-



le dulcemente.—Es un beso de despedida el que acabo de darle, es la última llamarada de un fuego para siempre extinguido. Marche usted y sea feliz... Olvídese usted de este instante de debilidad, olvídese de este sueño de locura, despiértese usted.

—Nada podría separarnos, amor mío; mi vida es de usted...

—¿Y Gertrudis?

—No cometeré la villanía de ligar á mí á esa pobre niña; mañana le diré la verdad y la rogaré que me devuelva mi palabra.

—¿Y yo?

—¿Usted?... Usted es libre. Su marido la ha traicionado, engañado, abandonado. Usted es mía desde que sus labios se han juntado con los míos...

—Levántese usted, por amor de Dios. Pueden entrar aquí de un momento á otro, y estamos en la oscuridad.

Hans se apresuró á levantarse.

—Tiene usted razón.

—Márchese, márchese, se lo ruego... nos veremos abajo, hablaremos...

—¡Sea! Me voy—exclamó él, queriendo estrecharla por última vez entre sus brazos...

—¡Márchese!—replicó ella con tono suplicante.

Besó apasionadamente la mano de Isi y se alejó. Ella permaneció algunos instantes de pie en el mismo sitio, apoyada en la butaca.

—¡Estoy perdida!—murmuró en voz baja.

Con temblorosa mano encendió las bujías de la chimenea y la deslumbró el brusco paso de la oscuridad completa á la luz brillante. Miró alrededor y lanzó un grito; allí, en un sofá, yacía un cuerpo femenino...

—Cari, ¿eres tú?—preguntó anhelante.

No respondió nadie; la desconocida permanecía inmóvil. Isi dió algunos pasos vacilando. ¡Jesús! era Gertrudis... ¡Gertrudis desvanecida!

## XX

Aquella noche faltaban en la comida dos invitadas: la Condesa de Thunen y Gertrudis Simmersburg. Se dijo que la última acababa de sentirse repentinamente indispuesta y que Isi permanecía á su lado acompañándola. Así explicó la abuela la ausencia de su nieta y la de Isi.

—Trudy sufre un violento dolor de cabeza y ha tenido que acostarse; la buenísima Condesa de Thunen no ha querido dejarla. Yo quería quedarme también, pero las dos me han hecho que baje prometiendo llamarme si el malestar aumentaba.

—¿Será conveniente enviar en busca de un médico?

—No, por esta noche. Veremos mañana, si no se encuentra mejor. No es más que un enfriamiento; esa loquilla atraviesa siempre los corredores sin abrigarse. Cuando á eso de las cinco me pidió permiso para ir á hacer una visita á Isi, le recomendé que se echase algo sobre los hombros... Pero ya estaba lejos, con su traje ligero, medio escotada, vestida para la noche... Una hora después, volvió pálida, con estremecimientos, sostenida por su amiga, y en seguida se ha acostado.

A Witterstein le dió un vuelco el corazón al escuchar aquella relación. La idea de que las dos jóvenes estaban juntas le torturaba... Gertrudis había ido á ver á Isi á las cinco... ¿habría presenciado tal vez la escena de amor? ¿Habría oído todo? ¿Habría tal vez sorprendido el ardiente secreto?... Debía haber caído enferma de dolor... ¡Cuánto la amaba la pobre criatura! ¿No había él, en su pasión desenfrenada, destrozado la felicidad de aquella encantadora niña, y también la suya?... ¿Pero qué hacer? La boda era imposible, puesto que él pertenecía por completo á otra mujer... Y á pesar todo, ¿no valía más casarse con Gertrudis, evitar el escándalo de semejante ruptura? ¿Qué diría su tío?... Era un mal asunto... Todas es-

tas ideas se agitaban en la mente de Hans, perturbado por complicaciones tan novelescas.

—Ya se vé lo que quiere usted á su prometida—dijo la señora de Kyffausen.

—No come usted nada—añadió la Condesa de Simmersburg.—Contaré á Trudy lo que se preocupa usted por su salud, la agradará mucho. Es una buena muchacha, algo corta aún, un poco tímida, pero no tardará en avisparse... Dígame usted, ¿quién es ese amigo del duque Emilio? No comprendo cómo pueden traer semejantes personas á Herrenberg. Ese señor será tal vez un hombre muy respetable, pero, en suma, «no es persona...» Un comerciante de telas ó algo parecido. En verdad, el mundo está trastornado. El Duque tiene, sin embargo, un tacto, un tacto exquisito... así; todo el mundo conoce su afección hacia Cari, y sin embargo, nada se puede precisar... ¡Pero no me escucha usted, Hans!

—¿Decía usted, Condesa?

—¿Pero dónde tiene usted la cabeza?

—Arriba, con Gertrudis.

Y era verdad; hubiera dado algunos días de su existencia por escuchar el coloquio de las dos amigas. Isi estaba sentada á la cabecera de la joven y trataba de consolarla.

—Trudy—le decía tiernamente,—cesa de llorar. ¿No me crees? Te juro por lo más sagrado del mundo que mañana me marcharé y no le volveré á ver. Te pertenece... debes serlo y serás dichosa... ¡Tú eres un ángel, querida mía! Cuando recobraste el sentido, en vez de abrumarme con tus censuras, me abrazaste llorando y me recomendaste que le amara y le fuese fiel... Te pregunté si no me guardabas rencor, y me respondiste: «Mi vida ha concluído, y todo sentimiento de venganza desaparece en el momento de morir.» Loquilla, ¿por qué hablas de la muerte?

—¡Ay! ¡porque soy desgraciada!

—¿Por qué, Trudy? ¿Ya no tienes confianza en mi palabra? Mi marido va á regresar á Austria y me reconciliaré con

él. Te lo suplico, no llores. ¿Quieres que me vaya si te es penosa mi presencia? Sin embargo, estoy aquí, á tu lado, por instancias tuyas. «Isi—me has dicho—no me dejes, nadie conocerá lo que ha pasado... Eres ahora mi única confidente, como yo lo soy tuya. Quiero explicarme contigo.» Pero te callas, me dejas hablar á mí sola, y me destroza el corazón verte llorar tan amargamente.

Gertrudis levantó la cabeza.

—¡Ah! quisiera morirme... morirme...

—¡Otra vez, Trudy! me has prometido desechar esas malas ideas.

—¡Toda mi felicidad está destruída!

—Reflexiona un poco, querida mía: yo soy el único obstáculo á esa felicidad, y desapareceré de tu vida...

—¿Para qué? te seguirá si te vas... Te adora y no me quiere: lo he oído de sus propios labios... Quiere recobrar su libertad...

—No hagas caso, Trudy...

—Se la devolveré yo aun cuando él no la pida... No quiero un corazón que pertenezca á otra...

—Sabrás hacerte amar, Trudy; lo mereces más que yo. ¿Por qué romper esa boda que te dará rango, fortuna, posición? No es de desdeñar el ser Princesa de Witterstein...

—Sí, Isi, tienes razón, todo eso es muy hermoso... ¡pero qué importa si no soy amada! ¡Déjame llorar, déjame morir en paz!

—Escucha, Trudy, se va á acabar la comida. Van á subir y te encontrarán llorando. ¿Cómo explicarás tu congoja? Nadie debe saber el motivo... es preciso que tú misma lo olvides...

—¡Si pudiera!...

—Hans debe también ignorar que has sorprendido nuestra pasajera debilidad... Mañana marcharé dejándole una carta en la que le declararé nuestra ruptura definitiva. Entonces quedarás en libertad de ser su mujer, llevar la corona ducal,

conquistar el amor de tu marido... ¡Tu suerte no tiene nada de horrible! Sé razonable, querida mía, no se puede tener todo en este mundo; sobre todo en el nuestro. Tú eres aún una niña, y no comprendes nada de estas cosas... Crees que los matrimonios se hacen como en las novelas... ¡Desengáñate! Los jóvenes reparten su corazón por todas partes; tu prometido, aun cuando esté enamorado de ti, encontrará en la vida otras Isi que le seduzcan. Mira mi marido, mira Hohenberg, mira los hombres que te rodean. Créeme, Trudy, evita un escándalo...

—Isi, no te comprendo. Amas á Hans, puesto que te he visto en sus brazos, casi sin conocimiento. ¿Cómo puedes vivir sin él?

—Estás equivocada... No experimento, ó más bien, no he experimentado ningún amor por Hans... Ha sido un arrebató, un vértigo, una embriaguez pasajera; he aquí todo... El encanto que me fascinó durante esa hora del crepúsculo, ha desaparecido. Desde que has llorado sobre mi corazón, Trudy, siento que no amo ya á Hans; hasta siento que no le he amado nunca. Mi deseo más ardiente es veros á los dos unidos, y no tengo celos de su afeción hacia ti. Ha experimentado hacia mí un simple capricho, uno de esos sentimientos vivos y breves que son frecuentes en nuestra vida sobreexcitada y neurótica, sentimientos de curiosidad, de deseo, de excitación, de enervamiento, de vanidad, de orgullo, de todo, en fin, excepto de amor.

—¡Oh mis sueños!...

—¡Ay, hija mía! Hay un abismo entre los sueños y la realidad... En la vida real, el amor no desempeña un papel exclusivo y absoluto.

—Pero, todos mis libros...

—¡Tus libros mienten...! Tus novelas se te suben á la cabeza y falsean tu imaginación con vanos espejismos... Tú no eres una heroína consagrada á un dolor eterno...

—¡Sí!

—¡No! Tú serás dichosa, á menos que no te acarrees tú misma un violento desenlace: el convento ó el suicidio.

—No me mataré, pero el exceso de mi pena hará sin duda que muera. ¡Cómo resistir á la ruina de tal felicidad, de una «felicidad sobrehumana», como yo la llamaba...!

—¡Conténtate con lo que te queda, Trudy. Acabas de sufrir un gran dolor; pero la vida puede todavía ser grata para ti...

—¡Tratas de consolarme, mi buena Isi!

—¡Ah! no soy buena... Acabo de hacerte sufrir.

—No es culpa tuya si él te ama... ¡Ah! ¿Por qué quería casarse conmigo si su corazón no era libre?

—¡Silencio, querida mía! No llores, oigo andar; debe ser tu abuela...

## XXI

—¿Puedo entrar?

Era Witterstein que llamaba á la puerta de la Condesa de Simmersburg, la cual acababa de entrar en su habitación.

—¡Ah! ¿Es usted Hans?... ¿Viene usted á preguntar por Gertrudis?

—Quisiera verla un momento, Condesa.

—Está descansando. No sé á qué atribuir su indisposición... ¿Acaso una contrariedad...? ¿Han reñido ustedes alguna vez? Ella no quiere decir nada.

—No, Condesa.

—Tal vez haya tenido alguna discusión con Isi Thunen. Dice que no tiene más que una fuerte jaqueca; pero debe haber algo más, porque he sorprendido señales de lágrimas en sus mejillas. Al principio he creído en un enfriamiento cogido en los corredores del castillo, pero en seguida he comprendido que debía experimentar algún disgustillo, alguna nubecilla de muchacha. Entonces la he aconsejado que pierda la costumbre de esas niñerías; la he preguntado, la he interrogado

como un verdadero juez de instrucción, y se ha limitado á repetirme: «Tengo un espantoso dolor de cabeza, nada más; te ruego que me dejes tranquila». Sin embargo, es necesario que yo sepa á qué atenerme para cuidarla... Es una ridiculez la de Gertrudis en concedernos tan poca confianza á las personas de edad y de experiencia.

—Perdóneme, Condesa; pero tal vez no es usted bastante indulgente con las penas de Trudy...

—¿También usted se pone de su parte? ¡Ya! Adivino el secreto de ustedes... Ha debido haber una disputa de enamorados, uno de esos enojos que concluyen con una tierna reconciliación... Tal es el motivo de su visita, ¿no es verdad?

—Lo ha adivinado usted, Condesa. Déjeme ver á Gertrudis, y la ruego encarecidamente que me deje verla sin testigos.

La Condesa vaciló:

—No sé si eso estará bien: mi presencia les ayudaría indudablemente á hacer las paces... En fin, no quiero mostrarme ni desconfiada ni terca; consiento en dejar á ustedes solos. Después de todo, usted es el prometido de Gertrudis y dentro de algunas semanas será usted su marido... Vaya usted, pues, á reconciliarse con ella.

—¿Decía usted que estaba dormida?

—Trudy cierra siempre los ojos cuando me acerco á ella y simula dormitar, á fin de evitar las explicaciones... La encontrará usted despierta... Aquí me quedo.

Hans se aprovechó del permiso y entró sin hacer ruido en el cuarto de la niña.

Gertrudis estaba echada, vestida, en un sofá, y parecía descansar, con los párpados cerrados. El joven se acercó á ella de puntillas y la cogió dulcemente una mano.

—¡Hans!—exclamó ella con espanto.

—Usted está enferma, Trudy, usted delira... ¿Qué significa esto?—dijo sacando una carta de su bolsillo.

—¡Mi carta! No es difícil de comprender, sin embargo.

—Seguramente, es clara y concisa. Ocho palabras nada más: «Príncipe Witterstein, devuelvo á usted su palabra.—Gertrudis.» Pero quería oirlo de sus labios. ¿Por qué me rechaza usted?

Por toda respuesta, Gertrudis se tapó la cara y estalló en sollozos. Desde el día anterior, desde el espantoso instante en que vió á su prometido á los pies de su rival, su llanto corría sin detenerse, como manantial misterioso é inagotable.

—Lo sabe todo—se dijo Hans; después, replicó en alta voz: «Espero su explicación, Gertrudis.»

Ella murmuró tratando de dominar su emoción:

—Usted mismo debía... pedirme... que le devolviera su palabra... Me he adelantado yo... Ayer, me encontraba en el cuarto de Isi... Lo oí todo...

—Y ahora, Trudy, vea usted esto—repuso el joven presentándola otra carta.—Es una línea, una sola línea de la Condesa de Thunen que ha marchado al amanecer: «Príncipe Witterstein, jamás, nunca más...—Isi.» ¿Comprende usted el sentido de estas palabras?

—Sí, la buena Isi me lo ha confiado todo; quiere huir de usted y reconciliarnos. Me ha animado á recoger las migajas de felicidad que usted podía darme todavía, pretendiendo que todos los jóvenes derrochan su corazón y su alma... Pero no me ha convencido. Mi sueño de amor ha terminado... He perdido la fe, he perdido la confianza, he perdido la esperanza... Así es que ya no puedo ser de usted, Hans, y le repito las palabras de Isi: «Jamás, jamás...»

—Piense usted en el escándalo, Gertrudis. Piense usted en los trastornos de una ruptura. Mi tío, su abuela, el mundo...

—¿Son esos sus argumentos? ¿Es eso lo que invoca usted para obligarme á contraer un matrimonio sin amor? ¿Simples consideraciones sociales? No, verdaderamente, no cabe tanta cordura en mi sencillo corazón de diez y siete años. Isi, que conoce la vida, hablaba como usted, y no dudo de su interés hacia mí. Pero importa poco el escándalo, las censuras de su



tío ó los regaños de mi abuela. Sé que usted no me ama, y eso me basta.

—Trudy, demasiado sabe usted que me parece encantadora y que la he elegido á usted...

—Usted me ha elegido para agradar á su tío, para heredar el mayorazgo, para obedecer á esas consideraciones sociales tan importantes á sus ojos. Mi experiencia hace progresos y me dice que el «jamás, nunca más» de Isi no es muy decisivo.

—El sentimiento que me ha inspirado la Condesa de Thunen no se parece á lo que usted ha pensado...

—Sí, ya sé que el honor, tal como lo entiendo yo, no existe más que en las novelas y en la imaginación de las chiquillas... Isi se encargó ayer de explicármelo y he sido testigo del irresistible impulso que la arrojó en brazos de usted. Lo mismo sucederá en la primera ocasión aun cuando fuera su mujer de usted... Desde ayer conozco la vida real y ya estoy hastiada de ella... No quiero casarme con usted, Príncipe Wittersstein. Salga usted, se lo ruego, porque me es penosa su presencia...

Una crisis de sollozos convulsivos ahogó las últimas palabras.

—No quiero molestarla más—dijo Hans compadecido.—Espero que su decisión no es irrevocable. Nos volveremos á ver y volveremos á hablar. Adiós, Gertrudis, ¿no quiere usted darme la mano?

—No.

—Y bien, hijos míos, ¿se han hecho las paces?—preguntó la Condesa de Simmersburg entrando.

—Gertrudis sufre, y tiene necesidad de algunos días de reposo—respondió Hans despidiéndose de la Condesa. Esta se sentó al lado de su nieta, y después de algunos momentos de silencio, comenzó á decir con tono severo:

—Ahora basta de misterios. Quiero saber lo que ha pasado entre ti y Hans. Concluirá por romperse la boda si no intervingo yo en vuestras cosas.

E. M.—*Mayo 1902.*

—Está rota, abuela—replicó Gertrudis levantando la cabeza. He devuelto su palabra al Príncipe Witterstein, y jamás seré su mujer.

—¡Estás loca! Romper semejante boda... Sería una desgracia irreparable y un escándalo inaudito. ¿Qué es lo que has hecho?... ¡Ah! Siempre te recomendé ser amable y seductora... pero eres tan terca... hasta para las cosas más indiferentes... Así, por ejemplo, antes de ayer te empeñaste en ponerte el traje negro, aunque te he dicho mil veces lo mal que te sienta lo negro. ¡Quién sabe si ese traje negro no ha desagradado á Hans y ha comenzado á enfriarle! He aquí lo que resulta cuando las niñas quieren saber más que las personas de edad. Si hubieras sido obediente, si te hubieras mostrado espiritual, atractiva, irresistible, como siempre te lo he aconsejado, no hubiera sucedido nada de esto... Por lo demás, Witterstein no tiene derecho á comprometerte así á los ojos del mundo, y yo no cederé... Tú tampoco, supongo. Un hombre de honor no se vuelve atrás en el último momento. Comprendo tu sentimiento, Trudy; pero hay que revestirse de valor y defender tu derecho... Te ayudaré así como los Kyffausen... Si es preciso, le amenazarás con suicidarte si te deja, le dirás que no puedes vivir sin él... Estas son ideas novelescas que no apruebo; sin embargo, pueden ser empleadas en los casos extremos... Hans no carece de corazón y no querría tener tu muerte sobre su conciencia... Refiéreme todo lo que ha pasado con sus menores detalles.

—Abuela, deja tus preguntas y tus consejos. Todo ha concluído entre nosotros.

La Condesa no pudo obtener nada á pesar de sus ruegos y regaños. La joven tuvo una nueva crisis de lágrimas, y cayó en un mutismo completo.

Witterstein hizo aún algunas tentativas de reconciliación, pero Gertrudis persistió en su negativa. ¿Se hubiera tal vez dejado convencer si Hans hubiese mostrado más ardor en dejarse perdonar?... ¿Hubieran tal vez triunfado de sus últimas

resistencias los sermones de la abuela unidos á los impulsos de su corazón, si el joven se hubiese mostrado más sentido, más enamorado?... Pero Hans, vacilante, inquieto, turbado, no insistió y se encerró en los estrictos límites de la cortesía: abandonó Herrenberg á la semana siguiente para ir al lado de Isi.

Las Condesas de Simmersburg se despidieron también de los Kyffausen y regresaron á Stockan. Gertrudis era desgraciadísima; no solamente tenía que soportar el peso de sus penas, sino que tenía además que escuchar las lamentaciones de su abuela.

—Nadie te querrá. Morirás solterona.

—¡Oh! No quiero casarme.

—Entonces, vete á un convento... hazte monja... Eres la vergüenza de tu familia...

Y la pobre pequeña, llorando, contemplaba tristemente su equipo de novia bordado con las armas de Princesa, cuyos ricos encajes y finas batistas habían absorbido su reducido dote --aquellas galas frágiles y lujosas, imágenes de su felicidad pasada...

## XXII

Niza era, como siempre, el punto de cita del *todo París* artista, *boulevardier* ó galante, de la alta sociedad cosmopolita, del «mundo que se divierte», de la high-life del placer; era, como siempre, la ciudad de la alegría y de las diversiones, compuesta de casinos, de hoteles, de casas de campo, de teatros y de paseos, con su cielo azul, sus aromas suaves, sus bosquecillos siempre verdes, sus violetas, sus rosas, sus naranjos en flor, sus olas de plata, sus rocas románticas, sus selvas de pinos; era, como siempre, una admirable decoración de teatro para una vida de lujo y de alegría perpetua. La estación mundana estaba en su apogeo cuando el duque Emilio y Walgrave se encontraron en aquel país encantado. En la

lista de extranjeros se leían los nombres de una gran Duquesa de Rusia, de un Príncipe bávaro, de la Condesa de Thunen, de la Duquesa de Hohenberg, del Príncipe Witterstein, del Príncipe Diamante, de Adela de Marcy y de Sofía Timofewna.

La aristocracia británica estaba representada por un Par de Escocia, por un Lord inglés y por aquella brillante lady de la que nuestro amigo Hans había hablado un día al duque Emilio, aquella hermosa Hermina Coverland, *countess in her own right*. La *villa* de las Rosas, la más elegante de Niza, cobijaba la luna de miel de una parejita parisiense; él, Príncipe ruso, Oficial de la guardia, veinte años, dueño de un palacio en San Petersburgo y de propiedades á orillas del Volga; ella, hija de un rico industrial, con varios millones de dote y una pedrería, que con sus trajes y tocados habían excitado la admiración general. Los recién casados no escondían su felicidad en la soledad; su *villa* era el lugar de reunión preferido por la colonia extranjera, y sus recepciones eran muy solicitadas. Precisamente aquella noche daban el primer baile de la estación, y lady Coverland era la reina de la fiesta. Una multitud de adoradores la rodeaban, pero sus más dulces sonrisas se dirigían á Witterstein. Este había tenido la alta honra de agradarle en Londres en la última primavera, y al volverle á encontrar en Niza, el capricho de la jóven se había despertado. Conocía la ruptura de la boda de Witterstein y el rumor de la pasión de éste hacia Isi: estas relaciones no impedían que lady Hermina se presentase como rival—tal vez preferida,—y la dificultad de la conquista ofrecía para ello cierto encanto malsano... Adelina de Marcy se encontraba también entre los invitados, y hablaba en un rincón con el Príncipe Arlán, que le hacía entusiastas descripciones del Cáucaso.

—Un paraíso, un verdadero paraíso. Ese país es delicioso, mucho menos pintoresco que nuestras montañas, en las que fue encadenado Prometeo. Quiero transformar en una pequeña Niza una de mis propiedades del mar Negro; la poblaré de *villas*, de casinos, de hoteles, de lugares de diversión...

La Orsakoff se acercó al grupo, exclamando:

—Muy buenas, Marquesa. ¿Usted aquí?... Apenas creo á mis ojos. ¿Cómo ha podido usted decidirse á dejar su querido París?

—El Principe Arlán me ha animado, pero casi siento el viaje. No tardaré en volver á París. ¿Y usted? ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en Niza?

—No, no estoy más que de paso. París me atrae como á usted, es la patria de todos...

—¿Los inteligentes?—dijo Arlán.

—No he dicho eso. Es muy curioso ver cómo nos encontramos todos. No he dado más que algunos pasos por el salón, y ya me he encontrado con una docena de caras conocidas procedentes de los cuatro puntos del globo... He visto á esas dos señoras austriacas que conoció usted en mi casa. ¿Se acuerda usted, Adela?

—Sí, y su acompañante no las deja —replicó la Marquesa.—Dijeron que iba á casarse.

—Dicen que su boda se ha roto—repuso la Orsakoff.—Por lo demás, el marido de la Condesa ha vuelto. Mírele usted allí abajo, cerca de la puerta, aquel arrogante rubio de elegante apostura.

—¿Es el Conde de Thunen?

—Sí, un perfecto gentilhombre, el mejor tirador de pichones, un atrevido jugador...

—Y un completo Don Juan —añadió el Príncipe de Abcasia.

—Está perdidamente enamorado de Coralina Ducasse.

—¿Quién es esa Coralina Ducasse?—preguntó la Marquesa.

—Pues una que se tiñe los cabellos de amarillo y que posee un hermoso hotel en el Parque Monceau—respondió Sofía Timofewna.

El conde de Thunen se encontraba, en efecto, en el umbral de una puerta y miraba pasar las parejas de bailarines, entre las cuales se encontraba su mujer, que valsaba con el

amo de la casa. El Conde la seguía con los ojos sin admiración ni celos, porque después del primer año de su matrimonio, ella no tenía para él atractivo alguno. Era un hombre de placer, guiado únicamente por sus sentidos, dedicado á los amores fáciles; su vanidad le hacía que buscara las actrices en boga ó las horizontales de moda. Una modistilla le había cautivado en Viena; la dama joven del teatro Miguel en San Petersburgo le había conquistado, y en la actualidad se arrastraba á los pies de Coralina Ducasse, una belleza en su ocaso, conocida por sus excentricidades. No hacía misterio de su conducta.

Lady Herminia bailaba con Witterstein.

—¿Por qué no ha venido usted este otoño á la granja de Coverland?—preguntó ella durante un descanso. Hemos sido muchos, y hemos pasado una temporada deliciosa. Hemos representado el *Mercader de Venecia*. Yo he desempeñado el papel de Postia... El Príncipe de Gales asistió á la representación. Espero verle á usted en Londres en el mes de Mayo.

—Seguramente, señora, y me permitiré ir á hacerla una visita á su castillo si de aquí á entonces no le ha dado usted un dueño.

—Es cosa á la que no me resolveré fácilmente...

\*  
\* \*

—Le aseguro á usted, querido Duque, que Niza no me agrada. Casi estoy enfadada con usted por haberme impulsado á este nuevo viaje. El de París era suficiente, pero el primer paso es el que cuesta...

—¿No le gusta á usted este rincón del paraíso?

—Todo lo paraíso que usted quiera... La sociedad aquí está horriblemente mezclada; me creo siempre en pleno Carnaval.

—Sin embargo, se encuentra usted en medio de la aristocracia de todos los países.

—¡De todos los países! Eso es precisamente lo que me

choca. Por de pronto debe haber aquí mucho contrabando, y reina una confusión babilónica de lenguas y de maneras. En fin, tengo muchos deseos de volver á mi casa.

—No corre por sus venas de usted, Cari, la sangre de los bohemios del lujo.

—Llámeme usted Princesa, ¿qué quieren decir esas familiaridades comprometedoras? No, no tengo sangre bohemia en las venas, á Dios gracias, sino la sangre pura y tranquila...

—¡Ay!

—... De una patricia, y toda esta bohemia, esta high-life llena de cabezas de Príncipes ó de Condes exóticos, me hace el efecto de una mascarada. Saldré de aquí como se sale de un circo, con el recuerdo de un espectáculo bastante divertido.

—Es usted severa al comparar á los hombres con clowns y á las mujeres con amazonas, pero su observación es justa. Esta perpetua excursión en busca del placer, esta mezcla de nacionalidades, hace que esta sociedad se asemeje á una compañía de titiriteros ambulantes; los carros están reemplazados por un hotel lujoso y confortable.

En otro extremo del salón:

—¿Cómo es que le encuentro á usted aquí, señor Walgrave?

—¡Sofía Timofewna! ¡Qué sorpresa! Yo la creía á usted en París.

—Pienso ir muy pronto. ¿Vendrá usted?

—Es usted muy amable. ¿Por qué no se queda usted aquí?

—Hay demasiados rusos.

—¿No le gustan á usted sus compatriotas?

—Sí, cuando están en su país. Detesto á los que viven en el extranjero y pierden todo carácter nacional. El verdadero ruso no abandona su santa patria, y acabo de ver algunos ejemplares magníficos allí, en mis estepas... Pero ya le he descrito á usted...

—Sus cartas contenían descripciones muy interesantes del país y de sus habitantes, rasgos de costumbres muy curiosos, contados con mucha gracia...

Isi y Hans no tuvieron más que una sola vez ocasión de cambiar algunas palabras durante la noche. Fue en el comedor, mientras el joven ofrecía un helado á la Condesa de Thunen.

—¡Qué encantadora velada!—dijo él en voz baja.

—Sí, muy animada... Lady Coverland, sobre todo, parecía muy complacida.

—¿Irá usted mañana á las regatas?—murmuró él al oído.

—No; mi marido irá seguramente, y yo me quedaré en casa. Hágame usted el favor de darme un vaso de agua.

—Aquí tiene usted, Condesa. Mañana á las doce, añadió en voz muy baja.

Ella hizo un signo afirmativo y volvió la cabeza.

### XXIII

Fiel á sus principios, el duque Emilio dedicaba sus cuatro horas cada mañana á sus trabajos favoritos, en medio de los placeres de Niza. No se dejaba tentar por ninguna expedición terrestre ó marítima, á caballo ó en coche, y permanecía trabajando en su gabinete.

Unicamente Walgrave tenía acceso en el santuario, cuya paz se cuidaba de respetar. Cuando su amigo estaba ocupado, cogía un libro y leía en silencio, ó llevaba algunos artículos de Revista para pasto de conversación.

Aquel día había transcurrido el tiempo consagrado al estudio y los dos amigos almorzaban mano á mano como en el castillejo perdido en el fondo de los bosques.

—La existencia febril que se lleva aquí—dijo el Duque—es la enemiga declarada del bienestar; esta fiesta perpetua, en medio de las rosas y las violetas, mecida por una música de opereta, bajo un cielo eternamente azul, concluye por cansar: es una existencia tonta, inútil, vacía y sonora. Es imposible entrar en un casino, franquear el umbral de un *restaurant* ó



dar una vuelta por un paseo sin verse asaltado por las mismas gentes, que dicen las mismas frases y repiten las mismas cosas.

—Usted no ha venido á buscar en Niza, entre este torbellino mundano, el ideal de una vida pacífica y sosegada.

—Por eso espero con impaciencia el momento de marcharme. ¿Cuándo nos embarcamos? La perspectiva de un viaje alrededor del mundo me llena de alegría.

—¿No experimenta usted ningún sentimiento al dejar Europa? ¿Le es á usted indiferente abandonar sus costumbres, sus amistades?...

—Ya sé lo que usted quiere decir. Me cree usted retenido por algún asunto del corazón.

Walgrave hizo un signo afirmativo.

—También usted se engaña. No tengo amores; los lazos que me ligan son muy ligeros y muy fáciles de romper. Mi pasión por los viajes los quebrará sin ningún trabajo.

—Pero un lazo suele unir siempre á dos personas. ¿No sufrirá una de ellas con esta separación?

—Al contrario, se libraré más bien de una sujeción enojosa.

—¿De verdad? Entonces, tanto mejor. Hablemos de otra cosa. ¿Podría usted decirme, querido amigo, lo que se ha hecho de la encantadora joven que fue novia de Witterstein?

—¿La condesita de Simmersburg? ¿Le interesa á usted esa pobre niña?

—Sí. Pocas veces me ha encantado tanto una muchacha. Si no hubiera estado comprometida con otro, hubiese tal vez renunciado á mi resolución de no casarme más que con una americana, y me hubiera decidido á pedir su mano. Sin duda hubiera recibido una negativa, porque la abuela me consideraría como un sér indigno de respirar el mismo aire que su noble persona... ¿Sabe usted lo que se ha hecho de esa preciosa Trudy?

—Continúa en Stockan con su abuela, que está un poco mal y hace la vida muy pesada á su nieta. No hace más que

hablarla de la proximidad de la muerte y quiere arrancarla la promesa de tomar el velo... Pudiera ser, en efecto, que fuera lo mejor para la pobre Trudy, porque no tiene dote.

—Es vergonzoso obligar á esa niña á que se entierre en vida porque es pobre. ¡Y siendo tan bonita!

—Después de la ruptura con Witterstein le será muy difícil encontrar otro partido.

—¿No hay, pues, entre ustedes otra alternativa que la del convento ó el matrimonio para una huérfana pobre? ¿No hay ningún trabajo ó carrera posible?

—¡Qué ilusiones! Nosotros no hemos llegado aún á permitir que las jóvenes puedan ser abogados, médicos ó diputados. ¿El trabajo manual? ¿Qué sabe hacer una condesita? ¿En qué puede emplear sus finas y blancas manos? No, amigo mío; la independencia de las mujeres no se encuentra aún en vías de realización entre nosotros... ¡Ah!

—¿Por qué dice usted ¡ah!?

—Ya sabe usted, Walgrave, que considero la libertad como el bien más precioso y que todas mis simpatías están con los que reivindicán el derecho al trabajo... Pero, volviendo á nuestra amiguita, le diré á usted que me interesa mucho: ha dado pruebas de carácter, porque Witterstein seguía decidido á darle su nombre, y ella lo ha rechazado resueltamente, sabiendo que amaba á otra.

—¡Pobre pequeña! ¡Debe sufrir mucho!

—De todos modos, tiene el corazón altivo y el alma grande.

## XXIV

Isi se encontraba sola en su casa, porque su marido había ido á Monte Carlo. Releía una carta de Gertrudis que acababa de recibir. He aquí lo que decía la carta:

«No tengo más que á ti en el mundo, á quien pueda decir la espantosa soledad de mi corazón. Mi abuela no me com-

prende; no me ha comprendido en la felicidad y me comprende menos todavía en la desgracia. Cuando yo era dichosa, confiaba mis pensamientos al papel en una serie de cartas destinadas á mi futuro marido, cartas que he arrojado al fuego. Eres la única persona á quien puedo hablar libremente.

»Si mi abuela supiera que me confío á ti se indignaría, porque te odia. Ha sabido—no por mí—la verdadera razón de mi ruptura con Hans; no ignora que te ha seguido á Niza, y me ha dicho: «Se ha marchado á ese país de aventureros en pos de la coqueta Isi.»

»¿Así, pues, Hans está á tu lado? Bien segura estaba yo de que tú «jamás» no resistirías la ausencia. ¿Le amas? ¿Eres feliz? Perdona mi curiosidad y no respondas á mis preguntas si lo juzgas oportuno. Te escribo para aliviar mi corazón oprimido. Sé que me quieres y que compartes mi pena. Así, pues, quiero someterte á un caso de conciencia y decirte lo que me turba.

»Estoy á punto de contraer otras nupcias, eternas éstas, mis desposorios con Cristo. Voy á entrar en un convento. Mi abuela me repite desde la mañana hasta la noche que es mi único recurso, y me siento tan cansada de la vida, tan abandonada y tan sola, que no tengo fuerzas para resistir á las voluntades que me imponen; sin embargo, considero, aparte de mi caso, que la toma de hábito es más bien un entierro que una boda.

»¿Hay que renunciar al mundo para conocer la dicha? ¿No es una falta el consagrarse á Dios sin vocación? ¿No seré yo una mala religiosa? ¿Podré olvidar jamás mi pasada vida, mis sueños, mis esperanzas, mis alegrías? ¿Debo resistir, Isi? ¡Ah! siento que no tengo fuerzas para ello y no hago más que llorar.

»¿No es espantoso el ser encerrada para siempre en un convento, sin que se puedan arrancar del corazón las tristezas de una felicidad perdida?

»Aconséjame, Isi; pero escíbeme á la lista de correos, á fin de que tu carta no caiga en manos de mi abuela, que no

me perdonaría el haberme dirigido á ti en mi abandono moral.

»Tristemente tuya, *Trudy*.»

—¡Pobre pequeña!—dijo Isi en alta voz, suspirando.—Después sacó un pliego y comenzó la respuesta. Estaba en la segunda carilla, cuando Vitterstein entró y depositó un prolongado beso en sus delgados dedos.

—¿Estamos solos?—preguntó él.

—Sí, y tengo que hablar á usted, mi querido amigo.

—La escucho... ¿Pero por qué esta frialdad? ¿Por qué ese «usted»?

—Quiero decir á usted sencillamente que es preciso separarnos... Ya no nos amamos.

—Hable usted en singular, se lo ruego.

—No, he dicho «nosotros» con intención, porque leo en usted como usted en mí. Los amantes están siempre de acuerdo, para dejarse como para unirse...

—¿Qué es lo que le ha hecho á usted creer que se hayan enfriado mis sentimientos?

—Lo ignoro... Es una sensación... Por lo demás, no es justo el decir que hayamos cesado de amarnos; creo que no nos hemos amado nunca. Pero es inútil discutir estos detalles: lo que era ya no es. Hasta tengo que hacer á usted una confesión: no solamente no le amo á usted ya, sino que amo á otro; ya vé usted si soy clara.

Hans se levantó bruscamente:

—¿A otro? ¿Quién es?, se lo ruego.

—Siéntese usted y tenga calma, sin lo cual no le diré nada.

—¿Quiere usted decirme el nombre de mi rival?

—Con mucho gusto, es el Conde de Thunen.

—¿Su marido de usted? Es verdaderamente original—dijo el joven riendo amargamente.—Debo advertir que va usted á sufrir una decepción. La señorita Ducasse, la de los cabellos rojos...

—Me veo obligada á luchar con ella. En todo caso, quiero hacer la prueba. Y usted me hará un favor si...

—¿Si la dejo el campo libre?

—Exactamente.

—¿Qué debo hacer? ¿Debo marcharme, quedarme, viajar, ocultarme ó arrojarme al mar sencillamente?

—Cásese usted.

—¿Con lady Coverland?

—¡Valiente idea! ¿Estaría usted enamorado de ella?

—¡Nunca en la vida!

—Le destino á usted otra mujer. Tenga usted, Hans; lea esto.

Y entregó á Witterstein la carta de Gertrudis, que él leyó con visible emoción.

—Pero Trudy ya no me quiere—dijo él, después de haber acabado la lectura.

—Haga usted una nueva tentativa, Hans. Llévela usted mi respuesta, y estoy convencida de que no persistirá en su negativa. Los malos tratos de su abuela, su aislamiento, la perspectiva del claustro la hacen tan desgraciada, que será usted para ella un mensajero del cielo.

—¿Lo cree usted?

—Estoy segura... Ya vé usted que no dice que no; tenía yo razón hace poco.

—¿Usted quiere ponerme á prueba, Isi?

—No, la prueba sería inútil. No nos amamos, y lo tengo observado desde el primer día de nuestra pretendida «felicidad». Sí, comprendí que se había roto el encanto. Yo experimentaba remordimientos, usted algún asombro; pero la fiebre del deseo que tan profundamente nos había turbado había desaparecido. Después, ha llegado mi marido y he comprendido que mi amor hacia él no estaba apagado. Engañarle es un tormento para los dos, porque usted es amigo suyo y él le demuestra gran afección. Observo también que somos muy vigilados, y si llegáramos á ser descubiertos habría un drama espantoso. Es preciso romper, amigo mío; es necesario para usted y para mí. Puede usted estar seguro de que hablo seriamente, al leer mi respuesta á Trudy.

Witterstein tomó la carta comenzada y leyó:

«Mi querida amiga:

»No te escribo á la lista de correos como tú deseas, porque confío mi carta á un mensajero. Es más seguro. Deseo ardientemente que sigas mi consejo respecto á que no entres jamás en el convento. No has nacido para la vida religiosa y sería un sacrilegio el enclaustrarte.

»¿Me preguntas si soy feliz? No, querida mía, no hay alegría posible en la mentira y en la traición, y mi «cómplice» es de mi parecer. Quiere probarlo aceptando cerca de ti el papel de cartero. Conoce el contenido de esta carta, que es la expresión exacta de mi pensamiento y del suyo. Te suplico que seas indulgente con él, olvides el error pasado y consientas en la dicha legítima, digna...»

Hasta aquí la carta. Hans la volvió á poner en la mesa y dijo:

—Eres una mujer inteligente y buena, Isi.

—¿De manera que quieres encargarte de mi comisión?— preguntó ella estrechándole la mano.

—De todo corazón.

—¿Cuándo marchas?

—Mañana. Pero antes es preciso que yo...

La entrada de varias visitas interrumpió al joven, que tomó su sombrero, se inclinó en silencio y salió.

Isi le siguió con triste mirada. ¿Era aquella su despedida? Ella había dicho la verdad: su amor había muerto y Hans no era otra cosa que un remordimiento viviente, un pesar, un temor. Y sin embargo, ante aquella brusca marcha experimentaba ella cierta ternura, una emoción, algo infinitamente dulce y lánguido; hubiera querido darle un afectuoso beso y decirle: «¡Sé feliz!» Hans experimentaba el mismo sentimiento y sufría con aquella brutal separación. Así fue, que envió una carta á Isi rogándole que le concediese una última cita. Se presentaba una ocasión favorable: Isi debía ir por la noche á un baile de máscaras que se celebraba en el teatro de Niza.

Durante la fiesta, se perdería ella entre la gente, saldría del baile, se dirigiría á la habitación de Witterstein, y una hora después, tapada siempre con su dominó, podía estar de vuelta sin que nadie hubiera observado su ausencia.

La exposición del plan iba seguida de tres páginas de ruegos y súplicas.

El joven añadía que aquella entrevista suprema era la condición de su obediencia.

Este deseo respondía á las más secretas aspiraciones de la Condesa de Thunen, que quería ver á su amigo por última vez. Las tres páginas eran, pues, completamente inútiles, y ella se preparó á poner en práctica el proyecto. La cosa era tanto más fácil cuanto que las señoras de Orsakoff y de Marcy debían acompañarla á la fiesta, bajo la protección del Príncipe Diamante. El Conde de Thunen no debía volver de Monte Carlo sino al día siguiente por la mañana, y además no acostumbraba á impedir los placeres mundanos de su mujer.

Cari se negó enérgicamente á unirse á la alegre banda, y aun trató de retener á su hermana, la cual no cedió; aquella última cita tenía para ella un encanto extraño, el encanto del recuerdo, el encanto de la renuncia...

## XXV

El teatro se había transformado en salón de baile y presentaba, en aquella noche, una animación extraordinaria. Toda la high-life se había congregado llenando los palcos, los pasillos y la sala de descanso.

La orquesta tocaba sus valeses más insinuantes, en medio de las risas y los gritos; las gentes se buscaban, se encontraban, se daban bromas, cambiaban palabras de amor... La atmósfera, saturada de efluvios magnéticos y de perfumes, em-

briagaba á las parejas tiernamente enlazadas; en el fondo de los palcos, los taponazos de champaña parecían tenues detonaciones; al través de las caretas lucían los ojos, radiantes de alegría; la fiesta, la gran fiesta del placer seguía su curso, ardiente, loca, fascinadora...

Isi estaba distraída: todo su pensamiento estaba concentrado en la hora que iba á pasar al lado de Witterstein... Se había quedado á la puerta del palco, buscando un pretexto para esquivarse.

—Veo allí al Vizconde de Serigny, voy á embromarle un poco—dijo á la de Marcy dirigiéndose hacia el joven francés.

Conocía muy poco al Vizconde, y no tenía la menor intención de excitar su curiosidad; su único fin era encubrir su ausencia. Serigny le había sido presentado recientemente en el paseo de los Ingleses, por su marido, que le había conocido en San Petersburgo. Se habían cambiado algunas palabras de cortesía, y ella no tenía miedo de ser reconocida por el joven. Le provocó con algunas bromas, como se hace en semejantes casos; después de un rápido coloquio, exclamó él:

—Gracias, hermosa. Esa gentileza, ese espíritu endiablado, no puede pertenecer más que á Coralina Ducasse.

—Sobre todo, no me descubras—dijo ella riéndose. Después se perdió entre las máscaras.

Encontró á Witterstein en el *foyer*, y se colgó de su brazo murmurando:

—Aquí estoy, he traído la carta que debes entregar á Trudy.

--¿Y te dignas darme un último adiós?... Gracias... Ven. Ella vaciló un momento.

—¿Por qué no quedarnos aquí?

Él la arrastró sin responder, la condujo al peristilo, la metió en un coche y subió detrás. Cinco minutos después, llegaban á casa de Witterstein. El corazón de Isi palpitaba bajo la seda del dominó, y sus mejillas ardían bajo la careta negra, cuando entró en la habitación del joven; no era la primera



vez, pero debía ser la última, y experimentaba una emoción desconocida...

Mientras tanto continuaba el baile.

\*  
\* \*

—¡Cómo! ¿es usted, Thunen? Yo le creía en Monte Carlo.

—He venido hace una hora, mi querido Serigny. Mi «buena amiga» se ha empeñado en asistir á este baile, y yo he hecho lo mismo.

—Entonces ha venido usted atraído por los hermosos ojos de Coralina...

—¿Coralina? Esa es una historia antigua. Desde ayer estoy locamente enamorado de una personita que he encontrado en el tren, y busco el medio de romper con Coralina... ¡Si pudiera hacerme una infidelidad! ¡Qué buena excusa! Pero las queridas, de las que uno quiere desembarazarse, son de una constancia inquebrantable.

—¿De manera que Coralina le prestaría á usted un servicio dándole á usted un rival?

—¡Un servicio inmenso! Pero habría que sorprenderla...

—Pues bien, querido amigo, voy á facilitar á usted la cosa... Le estoy reconocido á usted porque no he olvidado aquel asunto de San Petersburgo, en el que me sirvió usted tan amistosamente...

—¡Ah, sí! El duelo con el marido de la hermosa Condesa de Arleff... Fui padrino de usted, no hice más. Usted hirió al marido ofendido... En suma, el duelo es una cosa horrible cuando se piensa en ello. ¿La herida del hombre engañado afecta en algo á su deshonor?

—Tiene usted razón; pero después del descubrimiento de las cartas, no le quedaba más remedio que batirse.

—Evidentemente.

—En fin, lo que yo quería decir á usted es que me sirvió usted muy bien en aquella ocasión, y que me alegraría mucho

E. M.—*Mayo 1902.*

corresponderle. Si lo desea usted, puedo probar la traición de Coralina.

—¿De veras? Me asombraría... ¿Sería usted por casualidad?...

—No, porque la discreción me impediría desempeñar semejante papel; se trata de otro...

—He aquí la historia. Coralina estaba aquí hace un momento y ha querido intrigarme. La conocí en seguida y no trató de negar su identidad. Se alejó, y la vi tomar el brazo del Príncipe Witterstein, bajar la escalera, salir del teatro... Me encontraba precisamente detrás de Witterstein cuando subió al coche con la bella y le oí dar al cochero la dirección de su morada... ¿Le basta á usted esta prueba?

—¿De modo que es Witterstein?... La noticia me proporciona un doble contento, porque le suponía otra intriga que me era muy desagradable... ¿Cree usted que encontremos juntos á los tórtolos?... Vamos á sorprenderlos...

—Iba á proponérselo. Nos es imposible entrar en casa del Príncipe; pero podemos apostarnos á la puerta, y cuando Coralina salga caerá en la red. ¿Le ocasionará á usted esto algún disgusto con Witterstein?

—¡Jamás! Coralina no teme comprometerse. Además, no deseo otra cosa que traspasarla á su nuevo favorito... Busco motivo para una ruptura, y nada hay mejor que un flagrante delito de ese género... Todo terminará con una alegre cena, á la que convidaré á mi nueva conquista, á mi antigua amante, á Witterstein y á usted... ¿Usted con quién?

—Con Georgina.

—Con Georgina; convenido. Vamos.

Algunos minutos después los dos amigos llegaban ante la *villa* aislada que ocupaba Witterstein. Aquella noche había despedido á sus criados, y el vestíbulo y la escalera estaban desiertos; una lámpara iluminaba débilmente el recibimiento, y la única puerta de la habitación estaba cerrada con llave.

—Esperemos aquí—dijo Serigny entrando sin cumplidos en el vestíbulo.

—¿Pero si estamos de plantón hasta la mañana?

—¡Bah! Coralina querrá volver al baile. Tengamos paciencia.

—¡Sea! Esta manera de pasar una noche de Carnaval carece de alegría—dijo Thunen sentándose en una banqueta de terciopelo.—Esperaré un cuarto de hora nada más.

No habían transcurrido diez minutos cuando se vió recompensada la paciencia de ambos. Oyéronse voces y pasos. Thunen se levantó un poco conmovido á pesar suyo. La puerta de la habitación se abrió é Isi apareció en plena luz con la careta en la mano. Dió un grito de espanto y quiso taparse la cara, pero era demasiado tarde. Thunen la apretaba las muñecas. Witterstein, que se había quedado atrás, palideció, y Serigny deseó que la tierra se abriera para tragarle; comprendía que acababa de cometer la mayor atrocidad de su vida.

Los cuatro actores de aquella trágica escena permanecieron mudos algunos segundos. Por fin Thunen, ofreciendo el brazo á su mujer, dijo con voz apagada:

—Permítame usted, Condesa, que la conduzca á su casa. Príncipe Witterstein, mañana recibirá usted mis padrinos.

Hans se inclinó.

—Estoy á sus órdenes... Tal vez la Condesa de Thunen preferiría permanecer bajo mi protección... Después de lo que acaba de pasar, me declaro dispuesto á consagrarle mi vida entera.

Isi hizo un movimiento negativo con la cabeza y murmuró:

—No, se lo agradezco; debo seguir á mi marido.

Al día siguiente, el Vizconde de Serigny y el Príncipe de Abcasia fueron á ver á Witterstein de parte del Conde de Thunen. Después se vieron con el duque Emilio y con Walgrave. Los padrinos juzgaron el encuentro inevitable, y se concertó el lance á pistola.

Los adversarios se resignaron á las condiciones del código social y fueron al terreno sin odio profundo, sin ardor belico-

so, sin deseo de venganza, únicamente por no derogar los usos convencionales. Todo sucedió conforme á las reglas. Se cambiaron los saludos, se contaron los pasos, probáronse las armas, se sortearon los puestos; después dispararon á la voz de mando y Witterstein cayó muerto.

## XXVI

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«Niza, Febrero 189...

»Estoy aún completamente trastornado por el acontecimiento de ayer. «No matarás», dice el mandamiento del Decálogo, y los que afirman su fe de cristianos se ven obligados á matar para lavar su honor. ¡Qué barbarie es la guerra y horrible absurdo el duelo...! Experimento ira ante estos sangrientos anacronismos.

»La superstición y el prejuicio subsisten aún en nuestra época de razón naciente. La protesta del individuo aislado es impotente, y se ve obligado á obedecer al mismo prejuicio que desaprueba. El duelo tiene su origen en una superstición, ha largo tiempo abolida: el juicio de Dios. ¡Pero continúan batiéndose! Sin embargo, el duelo es menos frecuente que antes y va quedando reservado á las clases aristocráticas. ¡Esperemos que tan cruel manía desaparezca pronto por completo! Oigo aún la detonación de la pistola que ha concluído con un sér lleno de vida y de ardor, un sér destinado sin duda á ser feliz... Veo aún el cadáver de aquel hermoso y arrogante joven, yaciendo en tierra y bañado en sangre.

»Semejante muerte no satisfacía á nadie, ni siquiera al adversario; pero el honor estaba á salvo, como lo dijo uno de los padrinos con un suspiro. Y si el ofendido hubiera caído en lugar del ofensor, ó si el combate no hubiera tenido un fatal desenlace, igualmente se hubiera salvado el honor... ¡Qué importa el resultado con tal de batirse!

»Pero no te he contado lo sucedido. ¿Te acuerdas de mis frecuentes alusiones á una intriga de amor entre el apuesto Witterstein y una hermosa Condesa de ojos negros...? Pues bien; el marido de esta última la sorprendió una noche en casa del Príncipe. Siguió una provocación, el encuentro se verificó el día siguiente, y el Conde mató á su adversario de un tiro. El desenlace puede ser considerado como «un juicio de Dios», puesto que la víctima era el culpable; pero si hubiera sucedido lo contrario, el código del honor declararíá también que todo estaba zanjado... Este contrasentido me exaspera.

»Y, en este caso, el contrasentido es aún más irritante. ¿No es contrario á toda justicia ver que un hombre ligero como Thunen—ese héroe de *boudoirs* de mujeres alegres—tenga derecho á exigir de su mujer una constancia absoluta? ¿No es esencialmente ilógico hacer que el honor del marido dependa de la fidelidad de la infeliz abandonada? ¿No hay una contradicción palmaria entre la ligereza con la cual se tratan las historias galantes en el mundo y el trágico fin de su expiación?

»¿Mas para qué indignarme? La sociedad es así, y tal como debe ser... esos absurdos se explican por un estado de espíritu anterior; el pasado penetra en el presente y produce inevitables conflictos.

»Por lo demás, los acontecimientos dramáticos no detienen el movimiento de la high-life. Hoy los restos del Príncipe Witterstein serán trasladados á Moravia; el Conde de Thunen ha marchado á Roma; la Condesa y su hermana han vuelto á Viena; el tercer baile de la estación se celebrará mañana en la *Villa de las Rosas*; este desgraciado duelo es asunto de todas las conversaciones, lo que no detiene los flirts... Dentro de algunos días otro escándalo ocupará la crónica mundana y quedará olvidado éste. Se tendría verdaderamente mucho que hacer, si fuera preciso acordarse de estas bagatelas.

»También yo medito una locura. Conozco á una pobre niña, bella como un ángel, á la que quieren obligar á entrar

en un convento. Voy á ofrecerme á ella como el último recurso. La existencia en Austria se le ha hecho imposible... El que fue su prometido ha muerto... Quiero proponerla comenzar una vida nueva al otro lado de los mares. Yo me había prometido no casarme más que con una americana, pero ¿dónde están las nieves de antaño?

»Dicha joven me interesaba ya mucho cuando estaba prometida á otro; me deleitaba en ver cómo se reflejaba en su lindo rostro su alma pura y ardiente—un alma sincera y franca. Ahora que la sé libre, absolutamente libre, espantada ante la idea de ir á enterrarse á un claustro, tengo la intención de hacerla dichosa... ¿Me rechazará tal vez? ¿No me querrá? Su suerte es espantosa, y yo no soy muy de desdeñar después de todo... Mi fortuna no influye en ella, pero la amistad del duque Emilio es, á sus ojos, la mejor garantía de mi valor y dignidad... El Duque debe acompañarme cuando haga la petición de mano.. . . . .  
 . . . . .

*Cablegrama de Bremerhaven.*

*Walter Sydney, Boston-Massachussets.*

Mayo, 189...

Entre los pasajeros del *Hanske* se han hecho inscribir hoy: el duque Emilio de Volmar, y el señor y la señora de Walgrave.—*Tu dichoso John.*

BARONESA DE SUTTNER.

# POETAS AMERICANOS

---

## INVIERNO

Húndense entre las nieblas las montañas:  
De las sonantes cañas  
Sólo quedan en pie secos rastrojos:  
Los campos, antes de verdor cubiertos,  
Desolados y yertos,  
De la vida de ayer son hoy despojos.

Silba el viento en los árboles desnudos;  
De los pájaros mudos  
Ninguno el vuelo á levantar se atreve;  
Y los calientes, amorosos nidos,  
Del tronco desprendidos,  
Ruedan entre carámbanos de nieve.

El sol cruza el inmenso firmamento;  
Tibio y amarillento  
Quiebra su luz en el cristal del río,  
Y del monte los valles y cañadas,  
Las hojas arrancadas  
Son juguete del viento en el vacío...

BIBLIOTECA DEL  
MUSEO BARCELONÉS

Da el toque de oraciones misterioso  
El templo majestuoso,  
Y el alma con su Dios se reconcilia;  
Y en todas las cabañas de la aldea  
Arde la chimenea  
Anunciando un hogar y una familia.

Arrecian del invierno los rigores:  
No hay pájaros, no hay flores;  
Todo es silencio, soledad, congojas:  
Neblinas en los montes y vallados;  
Neblinas en los prados.  
Blancas escarchas y amarillas hojas.

Mas volverá la alegre primavera  
Y otra vez la pradera  
De galas cubrirá su fértil suelo.  
Tendrá el arroyo límpidos rumores,  
El bosque ruisñores,  
Frutos la tierra y arrebol el cielo.

Pero ¡ay! que el corazón atribulado  
Tiene su invierno helado  
Y la alegre estación en vano espera;  
Que para el alma que sus duelos llora  
No hay iris, no hay aurora,  
No hay celajes, no hay sol, no hay primavera.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.



# EL CONGRESO PANAMERICANO EN MÉJICO

(22 OCTUBRE 1901.—31 ENERO 1902)

---

Apenas clausurado el Congreso Panamericano, que, en virtud de la excitación hecha en su Mensaje constitucional de Enero de 1901 por el Presidente Mac-Kinley, al inaugurarse la nueva legislatura y por iniciativa consiguiente del Gobierno de la Casa Blanca, se convocó en Méjico para el 22 de Octubre del año próximo pasado, puede decirse que se ha extinguido el eco de sus debates y acuerdos. Yo no me he equivocado. Le auguré el mismo fracaso que ha sufrido la Exposición Panamericana de Búffalo, que le precedió para allanarle el camino, y ya, lo mismo en la América del Norte que en la del Sur, no hay quien dude de que el objeto fundamental de la gran conferencia política y económica internacional se ha frustrado, con caracteres más visibles todavía que los que habían determinado el fracaso del Congreso de Washington de 1889-90.

Todavía en los últimos días del año anterior, tratando de reanimar el fuego platónico que se extinguía del panamericanismo yanqui, única gente de aquel hemisferio entre la que el panamericanismo es una pasión, porque el panamericanismo en los Estados Unidos arguye un sueño ó de incorporación ó de conquista, el publicista norteamericano John Vavasour Noël prometía un libro sobre el hecho que tan premiosamente

se estaba realizando en Méjico, con la síntesis panegírica de su espíritu y sus resultados. El anuncio del libro de Vavasour Noël se había hecho para el plazo de un mes después de terminada la Conferencia, y el libro, después de transcurridos tres meses, no ha aparecido. La Secretaría general del Congreso, que estuvo desempeñada brillantemente por el esclarecido Licenciado D. Joaquín D. Casasús, ha adelantado una publicación documental, la de las *Recomendaciones, Resoluciones, Convenciones y Tratados de la Conferencia*, que incluye el *Protocolo de adhesión á las tres Convenciones de la Haya*, único acuerdo definitivo de toda la Conferencia, y esta publicación y la de este mismo documento ya ha sido, si no impugnado, sometido al menos á notas de esclarecimiento por la representación diplomática que Chile ha acreditado en Méjico cerca del Presidente Porfirio Díaz, en la ilustre persona del señor D. Emilio Bello Codecido, que en las sesiones del Congreso tanto se hizo notar por la fe de sus opiniones, su cultura y su habilidad. Falta que dar á luz el libro de *Actas* y el *Diario de los debates de la Conferencia*, y aunque la exquisita escrupulosidad de la Cancillería mejicana merece los honores que son debidos á su alta justificación, no será extraño que en algunos puntos, aun sin contener estos documentos de oficio la multitud importantísima de los detalles que no se certifican, dé lugar á otras rectificaciones, como la que el Sr. Bello Codecido ha solicitado acerca de la firma del Protocolo de adhesión á las conclusiones del Congreso de la Haya.

En realidad, no está en estas minucias el fondo sustancial de los resultados de la segunda Conferencia panamericana. A caso se me tache de apresurado en verter los juicios que han de acompañar á la narración de los actos que en Méjico se han verificado desde la primera reunión de los Delegados, no estando publicados todos los documentos oficiales y habiendo habido deficiencias de gran monta en la información de la Prensa periódica, único archivo que hasta ahora es posible consultar, pues, como es sabido, en los primeros pasos de la

Conferencia se negó la admisión de *reporters* á las deliberaciones de los Congresistas. Pero así y todo, los hechos sustanciales han trascendido á uno y otro hemisferio, y conocidas como eran las intenciones promovedoras del acto solemne, fácil es concordar con los datos de común conciencia si esas intenciones han quedado satisfechas.

¿Cuál era el objeto público de la promoción de esta Conferencia internacional á que habían de concurrir todos los pueblos de América de las dos sangres, constituídos en Repúblicas independientes? Políticamente el Gobierno de Washington, lo mismo en el Congreso de Méjico que en el anterior de aquella capital, parecía propender á la estabilidad de la concordia de las naciones americanas entre sí, no sólo por el influjo de principios comunes de derecho público garantes de la paz legal, asegurada por la justicia arbitral, sino por el tácito consentimiento de una autoridad superior que implícitamente había de residir en la República mayor del Norte, en cuyas manos, concentrado aquel poder moral suficiente para erigirla en una pública hegemonía, se concentraran las facultades con que quedaría consagrado cierto espíritu de fiscalización, de inspección, de intervención, que equivaldría á una reconocida subordinación, ó casi una tolerada dependencia. Económicamente, las miras de los políticos americanos que concibieron y concertaron el Congreso de 1889, del que el de Méjico no ha sido más que una nueva pulsación, exclusivamente se dirigían á vincular comercialmente el Norte y Sur del Nuevo Mundo mediante acuerdos de varia índole en el régimen aduanero, monetario, etc., y con las perspectivas de mejoramientos hasta hiperbólicos de las vías y de los medios de comunicación. ¿Han sido satisfechas en el Congreso de Méjico las miras políticas y las miras económicas que, formuladas hace más de doce años por Blaine para la Conferencia de Washington, han sido reproducidas con algunas amplificaciones más en 1901 por John Hay? Puede decirse que el resultado positivo que han dado los dos Congresos Panamericanos hasta ahora celebrados se re-

suelve en la prueba de la imposibilidad de la inteligencia de los pueblos de las tres Américas en los puntos fundamentales que afectan á su política diplomática y á su política comercial. Si fracaso de aquellas intenciones fue el Congreso de 1889, fracaso repetido es el del Congreso de 1901; y si los sucesivos han de reproducir la obra de los precedentes, la eficacia de estos Congresos habrá de calificarse de absolutamente negativa. En algunas de las Repúblicas de nuestra sangre, sobre todo en la Argentina, ya se ha pedido por importantes órganos de la opinión que, si se promueven en el porvenir nuevas invitaciones para nuevas Conferencias, como la de Washington y Méjico, se conteste con una rotunda negativa (1).

Verdad es que esta resolución no puede tampoco producir los fines deseados mientras cerca del Gobierno de Washington subsista una *Oficina internacional de las Repúblicas americanas*, cuyos gastos se sufragan proporcionalmente á su población por todas estas Repúblicas, que se hacen representar en ella por los Vocales diplomáticos de su Junta Directiva; y mientras entre los trabajos de estas periódicas Conferencias se delibere sobre su reorganización, dejando siempre en poder del Gobierno de los Estados Unidos y domiciliado en su capital, un mecanismo que implica el reconocimiento tácito de la subordinación, contra la cual se han revelado en el último Congreso la *doctrina de Porfirio Díaz*, opuesta á la *doctrina de Monroy*, el brindis del General colombiano Rafael Reyes en honor de España, cuyo espíritu entrañaba el derecho de las razas, opuesto á la política de la concentración, y los mismos términos en que la cuestión del arbitraje ha sido resuelta, que, en la opinión de muchos, arguye un retroceso en lo adelantado en el mismo Congreso anterior de Washington, y sobre todo que consagra la libre personalidad de cada una de las Repúblicas congregadas enfrente del espíritu de supremacía, intervención y absorción de la mayor del Norte. Rechazado el

---

(1) *La Prensa*, de Buenos Aires: editorial del 1.º de Febrero de 1902.

*monroísmo*, erigidos en principios incommovibles los de *raza y patria*, establecidas las líneas entre lo que mantiene firme la fe del llamado *iberoamericanismo* en oposición á la tendencia *panamericana*, preconizada la *unidad en la variedad* y elevado el *arbitraje* á regla de conducta voluntaria dentro del círculo del derecho privativo de cada uno y de la práctica de una jurisprudencia universal, ¿qué queda en sustancia del espíritu exclusivo de los Congresos Panamericanos ideados y organizados en las Cancillerías de los Estados Unidos? El fracaso de 1889 y el fracaso de 1902.

\*  
\* \*

Mientras la Cancillería de Washington ponía todo su empeño, como materias esenciales del Congreso convocado en Méjico para el 22 de Octubre pasado, en la resurrección de los puntos estudiados en la Conferencia de 1889; en las nuevas proposiciones acerca de los medios de protección á la Industria, la Agricultura y el Comercio, el desarrollo de comunicaciones entre los países *de la Unión* y la redacción de nuevos reglamentos consulares, de puertos y Aduanas y de estadísticas, y sobre todo en la reorganización de la Oficina Internacional de las Repúblicas americanas, los demás Estados invitados al Congreso interesaban toda su alma en la cuestión del arbitraje y su modo de funcionar. Unas le proponían obligatorio y con carácter retroactivo; otras, lo limitaban á los litigios futuros y fundado en la libertad. El modo de apreciar estas cuestiones; la necesidad de adquirir plena conciencia sobre los deberes que en el concurso á la Conferencia se habían de contraer, y el deseo de dejar previamente y bien esclarecidas ciertas actitudes, fueron causa de que á las invitaciones circuladas por el Ministerio de Relaciones Extranjeras en Méjico sólo hubieran enviado contestaciones de adhesión diez de las Repúblicas del Centro y del Sur hasta el final del año 1900. De Enero á Mayo de 1901 lo hicieron cinco más, y al mediar Agosto

aún faltaba la aceptación de Chile, el Paraguay y el Ecuador. El clavo del arbitraje para Chile era no sólo el carácter obligatorio que se trataba de darle, sino el retroactivo, que de ser por esta República admitido, la comprometería á poner en manos de un tribunal extraño las cuestiones pendientes por las resultancias del tratado de Ancon entre Chile y el Perú y Chile y Bolivia. Su representación diplomática en Washington trató de obtener las seguridades apetecidas para poder concurrir, aunque á costa del texto circulado por Méjico sobre el programa del Congreso. Hubo un momento en que pareció que habría que desistir de su reunión, pues habiendo declarado el Gobierno norteamericano que de excusar su concurrencia una sola República el Congreso no se celebraría, puso el negocio en términos que ó Chile renunciaría á asistir, ó se obligaría á la misma abstención á la Argentina, que se había aliado con el Perú, Bolivia y otras Repúblicas, entre ellas el Brasil, que después retrocedió. En Washington, por no renunciar á la presencia de Chile en el Congreso, se había querido modificar el texto del programa en el sentido de salvar las repugnancias que había opuesto; pero la Cancillería mejicana obró con mayor habilidad y lealtad, hallando la fórmula y haciendo las declaraciones solemnes, en cuya virtud ningún derecho quedó lesionado ni ninguna prevención desconfiada. Este fue el primer triunfo de la lealtad iberoamericana frente á la política astuta, utilitaria y condescendiente de la Cancillería mayor del Norte.

Ofreció á poco un cuadro interesante el de las nutridas Delegaciones que los países iberoamericanos enviaron á la Conferencia de Méjico, en comparación con la numerosísima y variada que llegó de Washington. Las Repúblicas iberoamericanas, más que hombres técnicos, enviaron grandes personificaciones de la política y de la diplomacia. El Perú delegó al propio Vicepresidente de la República D. Isaac Alzamora. Casi honores de Presidente podía ostentar el representante de Colombia, General D. Rafael Reyes, el cual no sólo había sido ya candida-

to á la Presidencia de su país, sino que, en las tristes vicisitudes por que Colombia ha atravesado durante la celebración del Congreso, fue buscado en Méjico mismo para ser elevado á aquella magistratura. Las Repúblicas rivales, Chile y la Argentina, delegaron sus más hábiles diplomáticos y estadistas: Chile, á D. Alberto Blest Gana y á D. Emilio Bello Codecido, auxiliados por D. Joaquín Walter Martínez y D. Augusto Matte; la Argentina, á D. Martín García Merou, secretario particular del General Julio A. Roca, con D. Antonio Bermejo y D. Lorenzo Anadon, todos políticos muy perspicuos. Hasta el Uruguay invistió de su representación al propio hijo del Presidente Cuestas. La delegación norteamericana ni era tan fluída en notabilidades del derecho internacional, ni tan abundante en personajes de altos nepotismos. El Presidente Henry C. Davis, que había sido senador por West, en el Estado de Virginia, había dirigido varias compañías ferrocarrileras, carboníferas y bancarias. El delegado Charles M. Pepper, escritor y periodista afamado en Chicago y en Washington, después de la guerra con España, había viajado mucho por Cuba y Puerto Rico. Otro delegado, Volney W. Foster, de Viscoussin, era en su país á la vez profesor, industrial y contratista de obras públicas. En la actualidad es Presidente del *Club League*, de Chicago, y ha viajado mucho por Méjico, cuyos Estados todos conoce. John Barret era antiguo periodista y diplomático. Profesaba con pasión las ideas de la expansión imperialista y era un furioso panamericano. Por invitación de Dewey visitó las islas Filipinas antes de hacerse la paz de París, informó sobre la conveniencia de que los Estados Unidos se las apropiase y está destinado á misiones de propaganda en Australia y Asia, que debe desempeñar hasta 1903. El Secretario J. C. Williams era redactor de *The New York Herald*. De agregado *comercial* iba el Dr. W. P. Wilson, Director del Museo comercial de Filadelfia, y como representante de la Unión Internacional de las Repúblicas americanas el secretario de la misma, Sr. William Charles Fox. Los agregados á éstos eran innumerables: J. V.

Noch, periodista del *Leshe's Werkly*, que ha hecho un estudio profundo de las llamadas *cuestiones panamericanas*; H. H. Mac-Gee, representante de la Compañía Pullman; Geo L. Taysler, representante del ferrocarril de Missouri á Kansas, y otra multitud de representantes de intereses mercantiles é industriales, aunque no estadistas ni diplomáticos. En una correspondencia de Méjico, para un periódico de Europa, se llama irónicamente á esta Delegación yanqui, *la legión conquistadora* (1).

Aun en presencia de ella, la representación de las Repúblicas iberoamericanas apareció en Méjico agrupada en partidos. La República Argentina con el Perú, Bolivia, el Paraguay y Venezuela, constituía una especie de liga para hacer triunfar el arbitraje obligatorio. Con esta liga simpatizaban, pero sin compromisos contraídos, el Brasil, Guatemala y el Uruguay, y con más tibieza el Salvador y Honduras. En el opuesto bando, Chile estaba acompañado de Nicaragua, Costa Rica y el Ecuador. La República Dominicana estaba representada por dos Delegados, cuyos contrarios pareceres no eran un misterio. Haití y Colombia guardaban una actitud expectante, y la Delegación norteamericana no acababa de descubrirse, notando los que observaban sus actos y procedimientos que, mientras que con los argentinos y peruanos no dejaba de mostrarse inclinada á optar por el arbitraje obligatorio, con los chilenos se la veía girar en otro cuadrante. Estas actitudes marcaban la fisonomía especial del Congreso y de los

---

(1) *El Diario de Buenos Aires* (28 Octubre) así hacía la silueta de los delegados yanquis:

«La composición del Congreso deja mucho que desear. La delegación yanqui, que sin duda atrae todas las miradas, por el país que representa y la suma de prestigio real que se le atribuye en las declaraciones esperadas, no cuenta en su seno á ningún hombre superior por su significación política, social ó intelectual; un millonario con intereses en Méjico, dos comerciantes y algún político común, un antiguo periodista y otros caballeros que á simple vista denuncian su insignificante condición.»



iberoamericanos que en él tomaban asiento; pues al paso que ninguno se preocupaba de ninguna otra de las grandes cuestiones que envolvía el programa, para que desde luego se nombraron diez y ocho comisiones, ni del *Informe que la Delegación de Méjico presentó, referente á lo que los Estados Unidos mejicanos habían hecho en obsequio de las Recomendaciones de la primera Conferencia panamericana de 1889*, el arbitraje se les impuso desde el primer momento como el *Palladium* del actual.

¿Qué significaba en realidad esta obsesión? ¿Era, como muchos han pensado y escrito, que América entera, en acto tan solemne, había de estar pendiente exclusivamente de los intereses controvertidos tan largamente entre Chile y el Perú, á consecuencia de los tristes resultados de la pasada guerra del Pacífico, de la imposición violenta del ominoso tratado de Ancon y de la situación anormal que desde entonces han corrido y en que se encuentran las provincias peruanas de Tacna y Arica, cautivas ó en hipoteca de Chile, en tanto se cumplía en su plazo determinado las condiciones imperiosas de dicho tratado acerca de su devolución, condiciones que, después de dicho plazo, permanecen sin cumplir? Respetables son todos estos intereses; pero no tanto que á ellos habrían de venir supeditadas al Congreso de Méjico todas las Repúblicas de nuestra sangre.

La Delegación mejicana quiso convertir el arbitraje en garantía para la paz de aquel inmenso continente, y apoyada en los principios de Martens, el *juez de las naciones*, presentó su proyecto, que no era sino la adhesión al tratado de arbitraje elaborado en la Haya y considerado como la panacea jurídica internacional que suministra á los que seriamente aspiran á evitar la guerra un medio de alcanzar este objeto, valiéndose del sistema para ello ideado por la Conferencia de la Paz. Pero ¿es la Paz lo único de que se sentían con necesidad urgente las Repúblicas menores de América congregadas en la Conferencia de Méjico y para lo que trataban que canonizar

el arbitraje? ¡La paz! ¡La paz! Durante las sesiones en que el Congreso se ha verificado, todos los Delegados á él asistentes sabían bien qué manos ocultas movían contemporáneamente una revolución en Venezuela y otra en Colombia; que además, azuzaban á estas dos Repúblicas á otra guerra entre sí, en la que procuraban enredar al Ecuador y Costa Rica; que con estos pretextos se prevenía una intervención armada en el Istmo, entretanto que en Washington se activaban las negociaciones para la adquisición del canal de Panamá; que aborridos los efectos de estas combinaciones maquiavélicas en el centro, se arrimaban palancas á ver si surgía una guerra de rivalidad y supremacía entre la Argentina y Chile, y se encendía otra revolución en el Paraguay. ¡La paz! ¡La paz! Contemporáneamente con las deliberaciones del Congreso panamericano de Méjico, se otorgaba á Cuba una independencia imaginaria que es una irrisión. Contemporáneamente se apuraban las negociaciones con Dinamarca para despojarla de su archipiélago de San Thomas, y la política de absorción, que ha dado su tinte más fatídico al programa del imperialismo, continuaba sus avances temerarios á la consecución de un fin que arredra á las pequeñas Repúblicas iberoamericanas, y de cuyo siniestro augurio el segundo Congreso panamericano y su flagrante programa político-económico no es más que una nueva pulsación. ¡No es *la paz* del porvenir entre las Repúblicas latinas lo que las Repúblicas latinas de América habían ido á buscar en el fondo del arbitraje, bajo cualquier fórmula que se codificase, al segundo Congreso Panamericano de Méjico. Para las nacientes nacionalidades iberoamericanas que á ese Congreso han concurrido, el arbitraje debía ser algo más que la garantía de la paz; el arbitraje debía ser la garantía de su seguridad y de su independencia nacional. De no ser así, ¿á qué esa obsesión por el arbitraje? ¿Por las provincias de Tacna y Arica, ya reviertan alguna vez al Perú, ya Chile se las incorpore de una manera definitiva? Esto es simplemente inadmisibile.

Leído con atención el discurso inaugural de la Conferencia, pronunciado por el Sr. D. Ignacio Mariscal, el Ministro perpetuo de Relaciones Extranjeras de Méjico durante la continua magistratura presidencial del General Porfirio Díaz, y uno de los hombres de Estado de mayor perspicacia y penetración de la América que fue española, sólo se hallan matices medios sobre la oportunidad, el beneficio y los resultados problemáticos de la Conferencia, que envuelven la duda de su eficacia. «Estos Congresos—así se resume la síntesis de su discurso—siempre son útiles. Los pueblos que se acercan, siempre crean vínculos de importancia. No se han visto aún los resultados prácticos de la primera Conferencia panamericana; pero así esta Asamblea, como el Congreso de la Haya y el Congreso hispanoamericano de Madrid, han acercado á las nuevas nacionalidades de la América emancipada, ya entre sí, ya con las nacionalidades viejas de Europa, ya con la madre de nuestra lengua y de nuestra sangre. Los sentimientos de amistad y simpatía cultivados de un modo tan espléndido, el cambio de recíprocas y afectuosas emociones, el trabajo común ante problemas que siempre arguyen el progreso de los intereses humanos, no son, en realidad, vanos esfuerzos para afianzar quimeras. El movimiento que nos aproxima periódicamente para realizar adelantos del derecho, cuyos sazonados frutos se sumarán en grandes beneficios jurídicos, morales y materiales para todos los pueblos, si en Europa ha partido del Czar de todas las Rusias, que representa una formidable potencia militar y en América de los Estados Unidos, la nación más populosa y de mayor poderío de nuestro Continente, en el seno de nuestra lengua partió de la España que entregó á la corriente civilizadora este mundo revelado por Colón. Este movimiento, por lo tanto, es de una seriedad incontestable y no puede menos de ser estimado como impulsado por la oleada poderosa de ideas pacíficas y engrandecedoras que se hace en todo el planeta general é irresistible. *La adhesión á la patria, nuestra absoluta identificación con ella, es sin duda virtud obligato-*

ria y uno de nuestros más sagrados é ineludibles deberes; mas no por eso, bien lo sabéis, debe cegarnos hasta el punto de desconocer los derechos de los demás, aun de los que consideremos como extraños, si extraños puede haber entre los hombres que la naturaleza ha ligado por comunes intereses en la dilatada extensión de América. Desde que Méjico aceptó la honra que se le hizo con elegir su capital para la segunda reunión de esta Conferencia, no vió en ella sino una amigable cita á los delegados de naciones hermanas, deseosas de tratar asuntos para todas agradables, para todas de indiscutible provecho, con la mira de llegar á soluciones tranquilas y aprobadas, al menos por muy grande mayoría de sus representantes. *La expectativa de esta simpática Asamblea, cuyo resultado había de ser, cuando no la adopción de medios prácticos para la paz y el progreso á que aspiramos todos, siquiera el aumento siempre apetecido de mutuas simpatías, y el desvanecimiento de prejuicios engendrados tal vez por la falta de una comunicación franca y cordial; esa expectativa en que hemos estado los mejicanos durante varios meses, terminada hoy con el halagüeño espectáculo de vuestra presencia, nos ha llenado algunos días de placer, causándonos en otro—debo decirlo—cierta ansiedad, por el temor de que faltasen algunas de nuestras hermanas del Sur. Felizmente ya se encuentran aquí representadas, y tan dignamente como pudiera desearse, estándolo asimismo casi todas las que hemos invitado. La falta voluntaria de cualquiera de ellas hubiera sido para nosotros una contrariedad igualmente grande, ya se tratase de la más ó de la menos rica ó populosa; porque si todas descansan en la base de una perfecta igualdad, si van á ser iguales al votar ó discutir, iguales son también en nuestro afecto. No debemos desconfiar por lo poco que hasta aquí se ha logrado de estas Conferencias, si comparamos las grandes aspiraciones de los Congresos anteriores con el que hoy se inaugura. Lo que se ha obtenido hasta aquí no es de importancia, y no hay razón para creer que este Congreso no logre avanzar sobre lo ya asegurado».*

Todavía estas medias tintas habían de ser más diluidas en el discurso del Presidente Porfirio Díaz en el acto de la presentación oficial de los Delegados en el salón amarillo del Palacio de la Presidencia; y aun en el mismo banquete ofrecido por la municipalidad de Méjico en su residencia oficial, las sumas conveniencias del noble asilo que daba la segunda en categoría de las Repúblicas americanas á sus distinguidos huéspedes de las dos lenguas, hubiera sumido todas las manifestaciones de la palabra en los mismos medios colores, sin el brindis del Delegado colombiano General D. Rafael Reyes. Este no quiso, como el Vicepresidente del Perú, D. Isaac Alzamora, en el acto de la inauguración del Congreso, ceñir su palabra á la simple glosa del brindis del Licenciado D. José Algara, Presidente del Ayuntamiento de la capital, al tributar á la hermosa Asamblea allí reunida, así de los Delegados á la Conferencia como del cuerpo diplomático extranjero acreditado cerca del General Porfirio Díaz y del alto mundo oficial y social de la República, el obsequio del ostentoso agasajo; sino que, llevando la voz en él delegada *de todo el mundo de Colón que se hallaba en aquel recinto*, tuvo notas de suma trascendencia, pues con una sola palabra dejó allí bien establecida la línea indeleble diferencial que existirá siempre para individualizar en dos personalidades políticas distintas, la raza descubridora, conquistadora, civilizadora que, después del heroísmo de Colón, allí estableció sus raíces perdurables y sus caracteres inextinguibles sobre la sublime sanción del derecho, y la raza allí ocupante por la acción exclusiva de conquistas irregulares. En el brindis del edil Algara no faltaron las notas de importancia: «Las *libres* Repúblicas americanas, decía, se encuentran aquí congregadas, para procurar, *no ya su bienestar propio, sino el de todos los pueblos de buena voluntad*»; y aunque ceñía bajo una misma corona los nombres de Mac-Kinley y de Díaz, como iniciador el uno y como cooperator el otro al acto de la Conferencia, la expresión suprema de su discurso se encerraba en esta frase: «Brindo por que el

siglo xx se conozca en la Historia como el siglo de la paz.»

El hasta entonces Presidente accidental de la Asamblea Internacional y Delegado por Méjico, D. Jenaro Raigosa, había designado para contestar á este brindis al Delegado de Colombia, General D. Rafael Reyes. La nota esencial de su discurso, que hería la pretendida supremacía anglosajona en la América allí congregada, volvía con el nombre mágico de España por los fueros de nuestra raza, y enfrente al exclusivismo panamericano yanqui opuso el interés humano universal ante el recuerdo de aquella Europa, cuyos representantes diplomáticos presentes en el acto, acababan de ser respetuosamente saludados por el Sr. Algara, se cifró en los siguientes párrafos, que han tenido el honroso privilegio de dar la vuelta al mundo, en todos los idiomas cultos que habla el hombre sobre el planeta: «La acogida regia y al mismo tiempo franca y cariñosa, dijo el General Reyes, con que Méjico ha recibido á los pueblos del continente descubierto por Colón, y representados aquí por nosotros, demuestra elocuentemente que el aislamiento en que hemos vivido hasta hoy no ha borrado los sentimientos de amor propios de una madre común que nos dió su lengua, su religión, sus glorias y su sangre: España, que hoy, fatigada con sus glorias, sentirá que sus descendientes no somos ingratos y que la primera vez que nos congregamos en este suelo hospitalario, reunidos á los representantes de la gran República del Norte y á los del Brasil y Haití, le enviamos un entusiasta saludo, el cual va también á Portugal, el descubridor de la India y de las costas meridionales del Africa. Saludo es este al que estoy seguro se unirán gustosos los delegados de la Gran República del Norte, en donde tiene generosa acogida todo lo que es grande y noble, porque su programa es progreso, civilización y justicia, conducido é impuesto á los pueblos por el riel que hace que los lazos que unen á las naciones sean más fuertes que el acero. La Conferencia panamericana se ocupará de los grandes intereses de este joven Continente, y debemos esperar que sus trabajos se-

rán fructuosos, no solamente para sus nuevos Estados, sino también para Europa.»

Presente allí el Sr. Marqués de Prat de Nantouillet, Ministro de España en Méjico, no podía dejar de responder á moción tan elevada, y España, ante el concurso de los delegados panamericanos de las dos lenguas y la asamblea de los representantes diplomáticos de Europa, declaró por la voz de su Ministro, no sólo su entrañable afecto de madre para todos aquellos pueblos formados de su sangre, sino su orgullo por verlos adelantar valientemente por el camino del derecho, de la independendencia y de la prosperidad.

Después de este acto, ¿cómo no habían de considerarse diestramente marcadas las dos fronteras intangibles que determinarán á perpetuidad la personalidad política, los destinos independientes y la acción civilizadora de las dos razas, cuyos intereses jamás se podrán confundir? En una frase el General Reyes, antes de iniciarse las tareas congresistas, había deshecho de todo punto el carácter exclusivista que se había pretendido imprimir desde su primer concepción á la Asamblea internacional de toda América. Las intenciones recónditas de los iniciadores del Congreso no pudieron esconderse más, á pesar de la gran moderación de que se hizo alarde en los círculos de la Casa Blanca, en Washigton, después que la *Prensa Asociada*, por medio de su servicio telegráfico, transmitió el día 27 á *El Mundo* y *El Imparcial*, de Méjico, la viva contrariedad y los variados comentarios que el discurso del General Reyes había provocado en todos los círculos políticos de la Gran República. Los periódicos norteamericanos *The New York Herald* y *The Sun* no ocultaron que la peregrina ocurrencia de recordar la procedencia de la lengua al brindar ante los padres sajones y latinos de la libertad y de la fraternidad americana, les había parecido inconveniente; y aunque los despachos de la capital federal de los Estados Unidos prometían que aquellas declaraciones no crearían dificultades de ningún género, ni harían que el Gobierno de la

Casa Blanca llamase de una manera oficial la atención sobre ellas, el General Reyes no dejó de ser inquietado un día y otro día. Así fue que en *El Imparcial*, de Méjico, del día 29 de Octubre se publicó otra declaración suya hecha á uno de los infinitos *reporters* que le asediaban sin descanso, y al cual dijo: «Nada tengo que modificar en mi discurso. Me pareció natural que estando reunidos los representantes de todas las naciones latinoamericanas, rindiera un cariñoso recuerdo á España, madre común de nuestras Repúblicas, por el origen, y creí que los delegados de los Estados Unidos, como representantes de un pueblo generoso, se unirían á esta manifestación. También dije que la misión de los Estados Unidos era de progreso, de libertad y de civilización que extendían sobre todo el Continente, llevando sus rieles y su industria. Yo no veo incompatibilidad entre estas categorías de ideas y de sentimientos.»

No bastaron estas manifestaciones. La presión sobre el ánimo del General Reyes era cada día más apremiante, al propio tiempo que el telégrafo agravaba las noticias que se recibían, así de la insurrección promovida en su país por el antioqueño Rafael Uribe y de la intervención del istmo por los marinos yanquis, como de los actos agresivos de Venezuela. Al cabo, el 4 de Noviembre, Reyes se vió compelido á hacer una nueva aclaración sobre el sentido de su brindis ante la Asamblea internacional de los Delegados panamericanos. En esta ocasión dijo: «Mi saludo á España significaba que los pueblos que le deben su existencia, al reunirse por primera vez en este suelo hospitalario, después de cuatro siglos de existencia, y teniendo *como huéspedes* á los americanos del Norte, debían de nuestra parte á éstos una presentación, de la misma manera que el dueño de una casa, al introducir huéspedes en ella, les dice: *Esta es mi madre; saludadla*. Mi saludo á España significaba que los pueblos de la América latina no reniegan de su raza ni de su sangre. Mi saludo significaba que yo deseo que no revivan las causas que produjeron las tinieblas en nuestro Con-



tinente. Mi saludo significaba que al reconocer el poder civilizador del pueblo norteamericano, no le temo como conquistador ó como expoliador. Mi saludo significaba el reconocimiento franco y claro de que los otros pueblos del Continente aceptan gustosos el concurso del del Norte para desarrollar su progreso moral y material, bajo los amplios principios de absoluta independencia y de justicia. Esto es lo que significaba mi saludo á España, y ruego que se pregunte á los Delegados si aceptan las gracias que España nos ha enviado por él.»

Aunque en esta declaración el General Reyes había introducido algunos párrafos de exageradas alabanzas á los Estados Unidos, el sentido recto de su aclaración se encerraba en los términos textuales apuntados y sacados de la verbosa broza de su discurso. Con todo, esta declaración fue mal recibida: de parte de la América de nuestra sangre, por parecerle innecesaria y oficiosa; de parte de la América de sangre anglosajona, porque no envolvía la satisfacción que se deseaba, que era tanto como la declaración explícita de la supremacía moral de la gran República del Norte, adicionada por un movimiento expreso de sumisión á ella de parte de las Repúblicas latinas.

Los efectos de esta desestimación inmediatamente se tocaron. En la capital misma de Méjico, los periódicos americanos de lengua española, *El Tiempo* y *El País*, y el de lengua inglesa *The Mexican Herald*, no ocultaron su crítica al acto segundo del General Reyes, y con idéntica rectitud salieron á la defensa de España. *El Tiempo*, del día 6 de Noviembre, escribía en un artículo titulado *El anverso y el reverso*, después de censurar la inoportuna apología de los Estados Unidos, incluída en la peroración del Delegado de Colombia: «¿Esto equivale á aceptar de la manera más omnímota el programa de rapacidad internacional del imperialismo yanqui, en parte llevado á cabo por Mac-Kinley? Esto se llama, y perdónese lo duro de la imagen, en gracia de la exactitud, *lamer la coyunda*. Si los demás Delegados que hoy se congregan en

el antiguo Palacio de los Virreyes Españoles fueran, que no lo son, partícipes de los sentimientos vertidos por el de Colombia en la glorificación de las tendencias de los Estados Unidos, ya podrían todos los Gobiernos de las Repúblicas de América prepararse á resignar, más tarde ó más temprano, sus poderes en favor del Gabinete de Washigton y borrar para siempre de su corazón y de su cerebro todos los iberoamericanos el concepto y sentimiento de la patria. A la cultura de los americanos del Norte, la América que fue española no ha debido hasta ahora ningún adelanto. Méjico, la República más inmediata á los Estados Unidos, debe toda su ilustración y sus progresos á sus relaciones con España y el resto de Europa. De Europa, y sobre todo de España, nos llegan los libros que nos educan y nos deleitan. Todos nuestros adelantos científicos son europeos. De Europa son nuestras artes y nuestras costumbres civilizadas. Y es extraño que el General Reyes no tema á los Estados Unidos como poder conquistador ó expoliador, pues si no le bastaran para instruir su ánimo los ejemplos de Tejas, California y Nueva Méjico, arrebatados violentamente á nuestro país, y de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, arrebatados inicualemente á España, pudiera volver los ojos á su misma patria y explorar qué mano oculta es el *Deus ex machina* de las revoluciones interiores y de la guerra exterior en que está sumergida Colombia.»

El lenguaje de *El País* no fue menos vivo. Su artículo se titulaba *La retractación de un brindis*: «Concedemos, decía, que el salón de sesiones de la Conferencia Internacional Americana no es el lugar á propósito para condenar los actos del imperialismo angloamericano. Concederemos, también, que no corresponde el condenarlos importunamente, ni á un delegado á esa Conferencia, ni menos al Vicepresidente de una República amiga. Pero ¿habría alguna necesidad de aplaudir la acción, que el señor General Reyes tiene por libérrima, del Gobierno de los Estados Unidos en Cuba, forzosamente tutelada, en Puerto Rico conquistado, y en Filipinas,

cuyos naturales sostienen, y acaso con mejor derecho, la lucha que sostuvieran Bolívar y San Martín en el Sur, Hidalgo y Morelos en el Centro y en Méjico, y Washington en el Norte? Permitásenos dudarlo. ¡Que no teme el General Reyes el poder conquistador ó expoliador de los Estados Unidos! ¿En qué planeta vive el General Reyes que no conoce el rumbo de la Historia? ¿No es una verdad de todos conocida que, sin preceder una de esas crisis capaces de poner á prueba la fe de los pueblos en su forma de gobierno, en los Estados Unidos está iniciada una verdadera reacción contra algunos de los principios fundamentales de las antiguas instituciones de la República? ¿Es una realidad innegable que se halla entablada la lucha entre los restos fieles de la democracia de Tomás Jefferson y el imperialismo iniciado por Mac-Kinley y sancionado por el pueblo en la última elección presidencial? ¿Cuál de esos dos principios alcanzará al fin, definitivamente, la victoria? ¡Quién sabe! Pero mientras esta cuestión no se decida de modo victorioso para el antiguo credo político de los Estados Unidos—y eso en el día parece muy improbable,—no podrá creerse en la América latina que la sajona puede ser para ella la columna de fuego que ha de guiarnos á la tierra prometida de una civilización más perfecta que la que nosotros, siguiendo el impulso de nuestro propio desarrollo, podríamos alcanzar.» Por último, el día 9 de Noviembre, *The Mexican Herald* escribía, siguiendo el ejemplo, ya iniciado con rápida reacción, así en *The Sun*, de Nueva York, como en *The Republican*, de Springfield: «Las Repúblicas hispanoamericanas, hijas de España, fragmentos del un tiempo poderoso Imperio de Carlos V, no pueden menos de sentir que tienen intereses y tradiciones comunes. España semeja añoso árbol con muchas ramas. Su magna época colonizadora la dió posesiones que la colocaron, por lo que respecta á territorio, á mucha más altura que el antiguo imperio universal de Roma. Brillante y maravillosa época fue aquella en que España conquistaba casi un mundo y en él plantaba sus instituciones tan firmemente, que aun hoy

se deja sentir su influencia y se habla su idioma en su más vasta extensión de territorio. Es inútil decir que España sabía conquistar, pero no sabía gobernar. Nada de eso: España gobernó, en general, con admirable sabiduría. A Méjico, su colonia mimada, dióle paz no interrumpida durante trescientos años. En todo este país existen hoy grandes haciendas que datan de los primeros años de la conquista. Durante tres siglos, bajo la protección de España, rindieron abundantes frutos, enriqueciendo á varias generaciones de propietarios. La paz de España no era una ficción: fue una asombrosa realidad y una manifestación elocuente de lo que fue su gobierno paternal y benigno. El General Reyes hizo muy bien en recordar al Congreso Panamericano la deuda que la América latina ha contraído con la nación realizadora de poderosos hechos en el hemisferio occidental. En la conquista española se mezclaron lo bueno y lo malo, pero lo bueno predominó. Aquí, en Méjico, los primeros españoles, casi inmediatamente después de su llegada, fundaron establecimientos de enseñanza, fomentaron el saber y se dedicaron con diligencia á enseñar á los hijos de las nobles familias aztecas. El misionero y el maestro seguían al ejército de Cortés. La antigua España no volverá á tener vestigios de su dominio en América española; las naciones jóvenes que de ella descienden son más modernas, tienen nuevos ideales, pero es imposible que olviden á la Madre Patria. Serían ingratas si así sucediera.»

A la voz de Méjico, que incluía el voto y las opiniones de toda la América de nuestra sangre, se unieron en los mismos Estados Unidos, reaccionados, las inspiraciones del Presidente Rosevelt, acaso en divorcio de opinión con John Hay. El órgano de las manifestaciones de Rosevelt fue *The Philadelphia Press*, cuyo editor en jefe, Charles Emory Smith, es Director general de Correos en el Gabinete presidencial, y á cuyas declaraciones políticas se da siempre el alcance de aquella elevada presidencia. «Los Estados Unidos—decía este periódico—han dejado siempre libre á su propia población mixta

conservar y expresar y mantener, por hechos positivos y públicos, su filial cariño á los países de su origen. Los hispanoamericanos reunidos en el Congreso de Méjico tienen todavía una razón más fuerte para acordarse de la tierra que les dió su existencia colonial. Nada sería tan desastroso como la imposición sobre estas tierras de los ideales, fines y manera de ser de la raza que habla inglés, con exclusión de los de esas tierras. Si el mundo no desarrollara sino un tipo, no conociera sino una lengua y solamente aceptara una manera de apreciar la vida y sus responsabilidades, sería un lugar bien triste. Esto no es imperialismo; es solamente un espíritu de tolerancia y de confraternidad internacional. Es un buen augurio para *continuar la paz* entre los Estados Unidos y sus vecinas del Sur.

Nuestros vecinos hispanoamericanos deben cultivar la gran literatura que han heredado, y deben estar orgullosos del arte español y levantar al más alto punto el carácter español. Lo único que deseamos es que el desarrollo de la vida hispanoamericana se desenvuelva, como ya acontece en Méjico, en la Argentina, en Chile y otras Repúblicas, con las garantías políticas y sociales que exige la vida contemporánea. Si todo esto se puede hacer á la sombra de la civilización y de las influencias é impulsos que España representa en su contacto con la América de su sangre y que el General Reyes ha alabado en sus discursos, los Estados Unidos *no piden más*. Cada nación independiente americana, si quiere conservar su independencia fuera de todo temor, debe probar que su política da seguridad al comercio, protección al capital, que está libre de desórdenes, de embarazosa deuda ó de bullangueras alianzas. *Ninguna nación en estos días de íntimas relaciones y de responsabilidades internacionales, podrá conservar más largo tiempo su independencia, libre de intervención extranjera, ni siquiera la autonomía de sus propios intereses, si su Gobierno es inestable, la vida insegura y el comercio está sujeto á imposiciones revolucionarias bajo su bandera.»*

Aunque el último párrafo de lo transcrito deja asomar lo bastante la oreja imperialista y las instituciones de supremacía, inspección é intervención que los Estados Unidos han llevado al Congreso Panamericano, *La Prensa*, de Buenos Aires, *El Chileno* y *La Tarde*, de Santiago de Chile, y *El Tiempo*, de Lima, glosaban este artículo en sentido satisfactorio. *El Tiempo*, de la capital del Perú, escribía comentando al *The Philadelphia Press*: «A no dudarlo, estas ideas son las que profesa el Presidente Rosevelt. Cuando el cable transmitió la noticia de que el brindis del General Reyes había causado cierta impresión de desagrado en los Estados Unidos por el saludo que él dirigía á España, no pudimos menos de extrañar que hasta ese grado llevasen su arrogancia los norteamericanos. ¿A qué ni por qué molestarse—nos dijimos—porque un hispanoamericano dedique frases de cariño á la madre España, á la que nos dió todo lo que tenía y dejó huellas gloriosas en la hoy independiente tierra americana? Por fortuna, periódicos serios como *The Sun*, y en general los hombres sensatos, no tardaron en proclamar que el brindis del General Reyes en nada desagradaba á los Estados Unidos, ni había motivo para ello; y ahora vemos que dicho brindis ha dado motivo para que se repita esa declaración, ampliándola aún más con juiciosos conceptos que se relacionan con la política del Gobierno actual de aquella nación, para con las Repúblicas independientes de América, siendo altamente significativo que un periódico que puede considerarse como el eco del Presidente Rosevelt, manifieste esas ideas de respeto á lo que sienten y piensan las naciones que descienden de España, y declare que un espíritu de tolerancia y fraternidad internacional será una garantía de paz entre las Repúblicas de toda la América. Si no estamos equivocados, pocas veces ó nunca han aparecido en la prensa de allende el Bravo, declaraciones tan terminantes y explícitas como la anterior, y si tan sano y elevado principio de política internacional se lleva á la práctica, podríamos felicitar nos los países hispanoamericanos, pues así nos consideraríamos

á cubierto de peligros: más aún, desaparecería todo temor de futuros y graves conflictos.»

En medio de tan varios juicos, el General Reyes debía hacer oír su última palabra. Esta expresión, á la vez de ratificación y de defensa, fue delegada por él en el publicista colombiano D. Juan Coronel, que no sólo las hizo conocer en la prensa de Méjico, sino en las de Bogotá, Cartagena y Panamá, donde las comunicó por medio de cartas á los principales periódicos que en dichas ciudades se publican. *El Porvenir*, de Cartagena, uno de los que han insertado este documento, así escribía en su número del 12 de Noviembre: «Los que conocemos bien al General Reyes, dice, no tenemos dudas sobre su valor y su carácter. Durante toda su vida, con el primero ha sabido abarcar todos los problemas que en América atañen á la raza descendiente de la hidalga cuanto noble España. Con el segundo ha mantenido sus pensamientos de amor por esa madre bendita y por estos nuestros pueblos de América, que son carne de la carne española, porque la suya nos dió España, como dicen que da el pelícano su sangre á los hijos amados, para alimentar la existencia de que le son deudores. Bien merecida ha sido, pues, la resonancia universal que tuvo el discurso del Delegado colombiano, en contestación hecha á nombre del Congreso Internacional, al brindis en que le fue ofrecido al mismo Congreso el banquete del Ayuntamiento de la hermosa Méjico. El General Reyes, en ese discurso en que no usó una palabra mortificante para nadie, cumplió con un deber sagrado. Fue éste hacer saludar á España, en acto y ocasión tan solemne, no solamente por los que nos gloriamos en llamarnos descendientes suyos, sino también por los más caracterizados representantes de los Estados Unidos, puesto que, por la imposición de los hechos, los americanos del Norte han venido á ser los usufructuarios más dichosos de la obra exclusivamente española del descubrimiento de América. En el segundo discurso del mismo General, dicho en la sesión de la Conferencia celebrada el día 4 del presente, confirmó el

Delegado de Colombia los sentimientos de su devoción filial á España. Quiso concentrar lo que hay por ella en su pensamiento y en su corazón, y se sirvió de esta palabra: ¡*Madre! ¡Madre* y muy querida, que es lo que para nosotros es y será siempre la inmortal España! Detrás de las palabras del brindis, detrás de las palabras de amor á la *madre* España, ¡justo es que el mundo lo sepa!, *están el corazón y el pensamiento de toda la América Española!*» Esas palabras constituyen la afirmación de lo que somos, y en el momento en que nos uníamos á los angloamericanos para emprender en su compañía larga jornada de progreso, era necesario, era indefectible dejar constancia de esa rotunda afirmación.

«El brindis del General Reyes proclamó la unidad y la fuerza de nuestra raza latinoamericana, y el peligro de su absorción ó destrucción por el gigante del Norte no existiría para ella, si supiera levantarse como aquél por el trabajo, que es la cima radiante de donde cuelgan su nido las águilas de la civilización. Dígase lo que se quiera, está conseguido el objeto que el General Reyes se propuso; es decir, que los pueblos reunidos en la segunda Conferencia Internacional enviaran un cordial saludo á España, como descubridora y conquistadora de este continente, saludo al que se ha unido oficialmente el Congreso Panamericano en su telegrama de contestación á las Cámaras españolas. Este saludo equivalía además á una barrera. Lo que su saludo significaba, en ninguna parte se ha entendido mejor que del lado allá de las márgenes del río Bravo. Bajo el éxito de este saludo, antes de comenzar las funciones del Congreso, quedó bien determinado que, aunque en sus dos continentes América es una geográficamente, considerada en la esfera de la vida y del derecho, en ella existen dos razas, dos orígenes, dos lenguas, dos personalidades y dos independencias.»

\* \* \*



No hay que decir que la República de Méjico había preparado un espléndido programa de fiestas para agasajar á sus huéspedes y hermanos de todas las partes de aquel hemisferio. Estos obsequios no eran solamente una expresión de la fina cortesía de los altos poderes y del pueblo mejicano y su abrazo de estrecha cordialidad, principalmente á las bulliciosas hermanas en origen, lengua y destinos, que venían cariñosas á sentarse en el banquete de su hogar. Entre aquellos huéspedes fraternales había extraños opulentos y poderosos que tienen lleno el mundo de la ponderación de sus adelantos, y Méjico tenía el deber de revelar al mundo que, acabadas las luchas interiores de asiento y equilibrio político y social, realizada la laboriosa evolución de los sentimientos y costumbres heredadas del antiguo coloniaje, sobre la base de las pródidas garantías constitucionales, esta República, del mismo modo que otras felices hermanas de sangre ibérica, había iniciado fértilmente el movimiento de sus progresos morales y materiales, no sólo explotando los muníficos dones de la naturaleza, sino difundiendo la instrucción, penetrando en los altos secretos de la ciencia y del arte, promoviendo las empresas de la industria y multiplicando por estos medios los veneros fecundos de la prosperidad de aquella nación.

Es justo hacer constar que la expedición y visita principalmente de las Repúblicas latinas á la capital del antiguo imperio de los aztecas, reorganizado en sociedad de costumbres cultas con que penetró desde el primer momento de la conquista de Hernán Cortés en el ancho círculo de la civilización que aún informa la moral inmortal del Mártir del Gólgota, por todas partes inspiró los más ingenuos entusiasmos. Inspirado por ellos el viaje de cada una de las Delegaciones, aun las llegadas del extremo austral de los dos mares, puede definirse como la accesión á una gran fiesta, cuyos caminos inundaba el torbellino de la curiosidad y blasonaban las galas de la alegría. Así el 18 de Octubre la mayor parte de los Delegados pisaron la frontera mejicana. Un gran número de ellos venían acompa-

ñados de sus mujeres y de sus hijos, y siendo todas las Delegaciones nombradas por todo extremo numerosas, Méjico sufrió una invasión, cuya animación aumentaba el bullicio de las gentes venidas á festejar sus huéspedes de todos los Estados de la República. El día 20 se consagró á las visitas de cortesía, y siendo tantas, la función empezó desde las diez de la mañana. A las seis y media de la tarde comenzaron á reunirse en el Salón de Conferencias que se les había dispuesto en el mismo Palacio de los antiguos Virreyes Españoles, donde se habían de celebrar las sesiones, á fin de conocerse unos á otros y empezar también el cambio de impresiones. El día 23, designado para la inauguración solemne de la Conferencia internacional, fue declarado de fiesta, y habiendo aparecido embanderados desde las primeras horas de la mañana todos los edificios públicos de la ciudad, el Ministro de España hizo izar la bandera española en el de la Legación y á su ejemplo todo el cuerpo diplomático extranjero allí residente. El Casino español no sólo embanderó sus balcones, sino que adornó espléndidamente su fachada. A las once y media de la mañana se celebró la Junta preparatoria, y después de los acuerdos que en ella se tomaron, los Delegados fueron invitados á pasar al salón del *lunch*, que fue servido en vajillas de porcelana de Sèvres y vasos de cristal veneciano labrado y cristal *bacarat*. La apertura solemne se verificó á las cuatro de la tarde, y desde el salón de la Conferencia los Delegados en masa se trasladaron al de la Presidencia de la República, para ser presentados al General Porfirio Díaz. Aquella noche la ciudad estuvo profusamente iluminada, y á las diez, en la plaza de Palacio, se quemaron unos hermosos artificios pirotécnicos, entre los que, con llamas de colores, se inscribió un cordial saludo á los congresistas. En la noche del jueves 24 tuvo lugar el suntuoso banquete ofrecido á las Delegaciones americanas y al cuerpo diplomático extranjero por la Municipalidad mejicana, por su Presidente el Sr. Algara, á cuya terminación, cerca de la media noche, los asistentes fueron aún obsequiados con sendos

ejemplares de un libro titulado *Revista histórica y descriptiva de la ciudad de Méjico*, escrita para este objeto por el Ingeniero D. Jesús Galindo y Villa. Y aunque de este banquete y de los brindis que en él se pronunciaron surgió el incidente del General Reyes de que antes se ha hablado, la discusión que promovió, principalmente en la prensa y el telégrafo norteamericano, como es natural, ninguna influencia ejerció en el sucesivo desarrollo de las fiestas preparadas.

El domingo siguiente, día 27, fue solemnizado con una gran recepción y concierto en el local del Ministerio de Relaciones Extranjeras. Se tributó en él homenaje á los grandes maestros en boga: Bemberg, Mozart, Boito, Meyerbeer, y el Sr. Saloma fue el ídolo de la noche en la interpretación de los *Aires bohemos* del genial español Sarasate. El banquete del lunes 28, dado en el Palacio Presidencial por el General Porfirio Díaz, asistido del Ministro de Relaciones Exteriores don Ignacio Mariscal, tuvo otra nota saliente en el brindis del primero; en el cual, dirigiéndose á las jóvenes naciones allí representadas, brindaba *porque nada interrumpa la creciente prosperidad, que, como merecido premio, corresponde á la varonil é inteligente iniciativa de cada una de las que brotaron del espíritu de Washington é Hidalgo, de Bolívar y San Martín*. El Presidente de la Delegación mejicana, D. Jenaro Raigosa, constituido en Presidente provisorio de la Conferencia Internacional, designado por sus demás compañeros, fue el encargado de contestar el brindis de Porfirio Díaz. En sus palabras se encuentra el complemento de las ideas del alto magistrado: «Bien hacéis, Sr. Presidente, decía, en esperar confiadamente que los resultados de las deliberaciones de esta Gran Asamblea Continental sean fecundos en beneficios para las nacionalidades que han acudido unánimes á vuestro llamamiento; porque de una parte la cordura, la ilustración y el patriotismo de sus Delegados así lo prometen y aseguran; y de la otra, el medio en que se verifican sus debates es tan propicio como fuera de desearse, para adunar á una tranquilidad

perfecta del ánimo, la convicción de que el pueblo y el Gobierno de Méjico, estando en paz con todos los del nuevo y antiguo mundo, no abriga otras tendencias que las de contribuir á afirmar el respeto de la soberanía de cada uno, dentro de sus límites territoriales, y á favorecer el libre y progresivo desenvolvimiento de las instituciones democráticas en América, bajo la base de la más completa garantía del derecho ajeno.»

Preciso es confesar que todas estas manifestaciones, como preámbulos del Congreso, eran bastante expresivas, aunque para ser bien entendidas debían ser leídas entre líneas. Pero en los primeros días de Noviembre la opinión sobre el Congreso Panamericano estaba bien perturbada en los Estados Unidos, con motivo del saludo del General Reyes á *la madre* España, de las manifestaciones con que fueron recibidas por el Cuerpo legislativo español en sus dos Cámaras, senatorial y de los diputados, y de la contestación afectuosa que la Conferencia de los Delegados en pleno acordó transmitir á las Cámaras y al Gobierno de España por medio de nuestro Ministro el Marqués de Prat de Nantouillet; y aunque al General Reyes se le compelió á hacer la segunda declaración del 4 de Noviembre, que á vuelta de mil elogios hiperbólicos sobre la misión de los Estados Unidos sólo contenía una ratificación de las hondas intenciones que encarnó el brindis del banquete municipal, cuatro días después hubo que disponer en el edificio de la Biblioteca Nacional un gran festival artístico, casi exclusivamente consagrado á los Delegados norteamericanos, como en desagravio del parentesco de la lengua proclamado por el Delegado colombiano en su saludo á España, y, por lo tanto, reducido á hacer la apología de las letras angloamericanas. Estando Méjico en funciones rigurosas de etiqueta para con todos sus huéspedes, no hay que decir que á este festival fueron invitadas todas las asociaciones literarias, científicas y artísticas de la capital y todas las personalidades de mayor prestigio en todas las esferas de la cultura intelectual. La fiesta estuvo presidida por los miembros que formaban la Dele-

gación mejicana para el Congreso, es decir, los Sres. Raigosa, Chavero, Sánchez Mármol y Macedo, y el Secretario de Fomento D. Leandro Fernández, en representación del Gobierno. Las piezas musicales con que se inauguró la velada fueron *La Trucha*, de Schubert; los dos *Quintetos*, de Tchaikowsky y de Christian Ginding, y *El capricho*, de Saint-Saenz, y á continuación comenzaron los discursos por el del Dr. D. Balbino Dávalos, que disertó sobre las bellezas que han producido los más esclarecidos literatos de Norte-América, terminando con la lectura de la traducción de la poesía *To Hell* de Edgardo Poë. Otro discurso hubo del licenciado D. Jesús Llerenta, y por último, una poesía de D. José Jesús Tablada en honor de los poetas norteamericanos, y lectura de traducciones de algunos de éstos hechas por Casasús y Mariscal y dadas á conocer al público asistente por la voz del periodista D. Luis G. Urbina, redactor de *El Imparcial* mejicano. La poesía de Tablada está escrita en el doble gongorismo de la escuela que ha fundado Ruben Darío, y tiene estrofas como las siguientes:

«Esfinge de azabache con ojos de topacio,  
Guarda la torva Musa de Edgard Poë el palacio;  
Pero llegan los ecos de súbitos clamores  
Y al son de los clarines y de los atambores  
Conmuévase con épicos ruidos el espacio...

¡Es Whitman que aparece! Sus líricas legiones  
No lucen áureos cascos como los mirmidones,  
Pues nunca ensangrentaron las tierras ni las aguas;  
Su amor llenó de mieses los áridos terrones,  
Su afán forjó los hierros en las ardientes fraguas.

¡Es Whitman el humano y el lírico poeta!  
El que miró en sus claras videncias de profeta,  
Un águila triunfando sobre una flor de lis.  
Es él el demagogo que toca su retreta;  
¡Honor á las legiones del buen poeta gris!»

Con este festival empalmaron otros dos sucesos literarios importantes: el primero la constitución oficial de la *Academia de la Historia mejicana*, correspondiente de la *Real Academia*

*de la Historia* de Madrid, y un artículo del ilustre publicista, también colombiano como el General Reyes, D. Santiago Pérez Triana, que publicado en la *Anglo-Saxon Review*, y comentado por el *The New York Herald*, se reproducía en Méjico por *The Mexican Herald*. De la importancia del primero de estos dos hechos no hay para qué debatir (1). Pérez Triana, en su artículo de la *Anglo Saxon Review*, demostraba que los hispanoamericanos nada tienen que temer de las tan cacareadas ambiciones territoriales de Europa en el Nuevo Mundo, y en cuanto á la doctrina de Monroe, decía que si puede aceptarse por lo que sirva para proteger á los países de aquella parte del mundo de agresiones extranjeras, lastima los legítimos sentimientos de aquellos mismos países, desde el punto en que se la quiere dar un significado que entraña tutelaje y hegemonía sobre la América latina, entrañando secretos desig-nios de protectorado yanqui en todo el continente Sur. Probaba, además, como una verdad evidente, que las jóvenes Repúblicas hispanoamericanas no podían abrigar tanto afecto hacia los Estados Unidos como antes de la guerra con España, que ha tenido por resultado el establecimiento de colonias *yanquis* con menoscabo de los preceptos constitucionales de aquella República, y prometía que de la Conferencia Internacional que se celebraba en Méjico, por iniciativa exclusiva de los Estados Unidos, no había nada práctico que esperar, sino negaciones de gran monta para los Estados de la Unión; pues

---

(1) La Junta de la Academia de la Historia Mejicana, correspondiente de la de Madrid, en su primera reunión, quedó así constituida: *Presidente*, Sr. Lic. Ignacio Mariscal; *Vicepresidente honorario*, Ilmo. Sr. Ignacio Montes de Oca; *Secretario*, Sr. Manuel Agreda; *Tesorero*, Sr. José M. Roa Bárcena; *Bibliotecario*, Sr. José M. Vigil, y *Anticuuario*, el Sr. Dr. Peña-fiel. Antes de levantarse la sesión se acordó enviar por el digno conducto del Sr. Marqués de Prat una comunicación á S. M. la Reina Regente de España y otra al Sr. Marqués de la Vega de Armijo, participándoles que quedaba instalada en Méjico la Academia de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid.

habiéndose demostrado en el Congreso recientemente celebrado en Madrid que toda la América de sangre española, sin abrir á España caminos nuevos para ninguna dominación territorial en aquel hemisferio, había buscado en ella el tierno regazo de la ilustre madre para confundirse en él en un estrecho abrazo de fraternidad y unión, de esta unión y de esta fraternidad de raza, que cada día se ha de apretar más en nuevos vínculos de aproximación é inteligencia, no había de salir otra cosa que rayos dirigidos á destruir el monroismo, la ambicionada supremacía anglosajona, el aislamiento de Europa y las delirantes tentativas de absorción, de incorporación y de conquista.

Las fiestas de la capital de Méjico, en tanto que la Conferencia se constituía definitivamente, nombraba sus cargos y comisiones y proponía y discutía y aprobaba su propio reglamento, continuaron por la visita de los Congresistas á los Establecimientos militares, á la Casa de la Moneda y á otros edificios é instituciones públicas de aquel Estado Federal. Entre los primeros, fueron dignos de la atención de todos los adelantos y se elogió con entusiasmo la organización excelente con que encontraron establecidos, bajo la última palabra del arte y de la ciencia militar, el Museo de Artillería, la Maestranza Nacional, el Parque de Artillería y la Fábrica de armas; y en la Casa de la Moneda vieron troquelar una medalla en su honor, en cuyo anverso, la América latina, que estrecha la mano de la sajona, la enseña en la otra *la oliva de paz*, y en cuyo reverso se lee: *Segunda Conferencia Panamericana: Noviembre de 1901.—Visita de los Delegados á la Casa de la Moneda de Méjico*. No hay que decir que á cada Delegado, al salir, le fue entregada una de estas medallas, de plata oxidada, dentro de un elegante estuche.

El último acto de estas festividades, antes de que los Delegados saliesen de la capital para la excursión con que se les había brindado por los Estados de Puebla, Veracruz, etc., fue el banquete que la Delegación Mejicana ofreció en Chapultepec

en honor de los congresistas el jueves 14 de Noviembre. Llevó en los brindis la palabra, por Méjico, el Delegado D. Alfredo Chavero; por Ibero-América, el Delegado del Brasil D. Higinio Duarte Pereyra, y por Norte-América, el antiguo Ministro de los Estados Unidos en la Argentina y árbitro en la cuestión de la Puna de Atacama, mister Williams I. Buchanan. El Sr. Chavero, en su grandilocuente discurso, decía á los latinos de su mismo origen ibérico: «Habéis venido á nuestra Patria á una obra meritoria: á formar el derecho internacional americano, sobre el triple é indestructible cimiento de la justicia, del progreso y de la libertad. Méjico está orgulloso de ver reunidos en su capital á los Delegados de todas las Repúblicas de este Continente: suceso trascendental é importantísimo, no registrado antes en los anales de América. Sin duda os ha traído el deseo, el anhelo de estrechar los lazos de la confraternidad americana, de mancomunar intereses mutuos y alcanzar por la unión la prosperidad y la fuerza; pero creo que también os ha impulsado otro sentimiento más grato para nosotros: la buena voluntad hacia Méjico de las Repúblicas por vosotros tan dignamente representadas. Y esto nos enorgullece más; porque vosotros, unidos, sois un mundo.

»Esta buena voluntad se explica, naturalmente, por la igualdad de origen y la identidad de habla, en las naciones de Centro y Sud-América. Tenemos las mismas costumbres, los mismos ideales de raza, y á la latina pertenecen también los idiomas del Brasil y de Haití. Sentimos lo mismo, pensamos lo mismo y á lo mismo aspiramos. Y si la lengua es la prueba más patente de la autonomía de un pueblo, nuestra lengua común determina *una autonomía solidaria*.» Volvíase después á los americanos del Norte, y añadía: «Con los Estados Unidos nos unen la igualdad de instituciones y la comunidad de intereses.» Y por último, elevándose al verbo supremo de la América de nuestra sangre, así exponía el credo de su porvenir, como doctrina que en ocasión tan solemne les legaba el jefe ilustre del Estado en cuyos dominios se verificaba el gran



acto: «Pero si estas razones, decía, parecen suficientes para explicar la reunión en Méjico de los representantes de todas las Repúblicas americanas, no debemos olvidar cómo en los últimos momentos surgieron dificultades, bastantes á hacer fracasar tan noble proyecto, si no hubiera venido en ayuda un nuevo elemento para allanarlas: este elemento fue el prestigio y el ejemplo de nuestro Presidente, el Sr. General Porfirio Díaz. No nos toca hablar de su prestigio: el mundo lo reconoce. Diré sólo algunas frases referentes á su ejemplo. El señor General Díaz ha hecho patente cómo de un pueblo débil, pobre, desangrado por las guerras civiles, se puede hacer una nación por medio de la paz. El Sr. General Díaz ha extendido su doctrina de paz á las relaciones internacionales de Méjico; y es gran satisfacción para nosotros decir que no tenemos la menor dificultad con ninguna de las naciones de la tierra. Y el Sr. General Díaz os ha llamado con su doctrina de paz, para que la aceptéis en todo el Continente; y habéis venido nobles y generosos, y de vuestra conferencia surgirá la doctrina Díaz, como la conciencia de la América. Ya teníamos la doctrina Monroe, salvaguardia del Nuevo Mundo: ahora viene á completarla la doctrina Díaz, la cual se puede concretar en este apotegma: *El derecho internacional americano se basa en la paz, fundada en el respeto á la soberanía, independencia é integridad de todas y cada una de las Repúblicas de América.* Pero estos sentimientos de confraternidad no son egoístas. *El Nuevo Mundo tiende la mano al viejo; y á las naciones que comulgan con nosotros en el credo de la civilización, América les dice: Paz á los pueblos de buena voluntad.* Señores Delegados: que vuestra obra fructifique en este siglo xx, en el cual entráis por puertas de oro; y fructifique de tal manera, que la historia, al referirse á vuestras labores, escriba en páginas de bronce las siguientes palabras: *América dijo: Hágase la paz, y la paz fue hecha.*»

La contestación de Duarte Pereyra fue un himno más de armonía con las manifestaciones que Chavero acababa de ha-

cer. El mismo norteamericano Buchanam, no pudo menos que declarar que «los Delegados de los Estados Unidos habían venido á Méjico con los mismos fines que los de las demás naciones americanas»; porque el pensamiento de Chavero, magistralmente expuesto, había logrado electrizar allí todas las almas. Chavero había claveteado el principio de la soberanía y de la independencia de las Repúblicas constituídas en América con autonomía perfecta é inviolable, y Duarte Pereyra limitó el objeto de la Conferencia á la consagración del principio jurídico internacional que garantiza cada una de estas individualidades autónomas y la paz entre sí; y en aquel hermoso torneo de la habilidad y de la elocuencia quedaron enterradas para siempre las intenciones sugestivas de los Estados Unidos al provocar la reunión del Congreso, creyendo que de este acto saldría impuesto por una lógica inflexible el camino inevitable, no ya de su supremacía, sino de su soñada absorción. El eco de estos discursos no fue tan comentado por la prensa de los Estados Unidos como el eco del brindis del General Reyes. Mas al perderse en las aspiraciones del Gabinete de Washington también esta trincherá, ya no se contestó, como á las declaraciones del General Reyes con los artículos de la *The Phyladelphia Press*, sino con declaraciones más solemnes, como las que más adelante veremos hacer en el mismo restaurant de Chapultepec al honorable Senador y Delegado Davis, en otro banquete ofrecido á los congresistas panamericanos por la Delegación de los Estados Unidos, precisamente para brindarles garantías, que si Mac-Kinley hubiera vivido y las hubiera escuchado, habríalas recibido en su corazón como las balas del revólver de Czolgosz.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(Concluirá.)

# MAESE PEDRO

---

## NOTAS SOBRE CARLYLE

No hace mucho que he corregido las pruebas del tercero y último volumen de mi traducción de la «Historia de la Revolución francesa» (*The French Revolution; a History*) de Tomás Carlyle; todavía me retintinan en los oídos las frases del retórico inglés.

No es labor llevadera y fácil la de traducir á Carlyle, pues ó se opta por *interpretarle*, glosándole más que traduciéndole, con lo que no se da ni leve remedo de la sensación que la lectura directa produce, ó se violenta el castellano —y quien dice el castellano, dice respectivamente otro idioma cualquiera— como él violentaba el inglés, para reproducir en lo posible su expresión interrumpida, desmenuzada, llena del expediente tipográfico del punto y coma y su especial sintaxis en que á cada momento se sacrifica el orden que llamamos lógico al de la asociación de ideas, y en que con tanta frecuencia precede el consiguiente al antecedente, y la apódosis á la prótasis.

En casos tales, antes me decido por violentar el castellano que por violentar el estilo propio del autor á que traduzco.

La dificultad mayor que el lenguaje de Carlyle presenta, es que parece un lenguaje dictado y no escrito por el autor

mismo, y dictado á trozos y con tono á las veces sibilítico. Es el estilo de un conversacionista, que al conversar predica.

\*  
\* \*

La primera noticia que de Carlyle tuve, fue por el librito de Taine *L'Idealisme anglais, Etude sur Carlyle*, librito sacado de su «Historia de la literatura inglesa», y debo confesar que el gran falsificador francés me engañó una vez más en esto. He aquí cómo empieza su estudio sobre Carlyle:

«Cuando se pregunta á los ingleses, sobre todo á los que no han llegado á los cuarenta, quiénes son entre ellos los hombres que piensan, citan ante todo á Carlyle; pero á la vez os aconsejan que no le leais, advirtiéndoos que no le entenderéis palabra. A esto apresúrase uno, como es natural, á coger los veinte volúmenes de Carlyle, crítica, historia, folletos, fantasías, filosofía; se los lee con emociones muy extrañas, y desmintiendo cada mañana el juicio que se formó la víspera. Descúbrese al fin que se está ante un animal extraordinario, residuo de una raza perdida, especie de mastodonte descarriado en un mundo que no está hecho para él. Alégrase uno por esta buena fortuna zoológica, y se le disecciona con una curiosidad minuciosa, diciéndose que no se encontrará acaso otro como él.»

Excusado es decir que fuí al punto en busca del mastodonte, y me encontré con que se le entiende perfectamente y sin gran esfuerzo, con que es un escritor muy de su país y muy de su tiempo, y con que no tienen la mayor novedad sus ideas. Es, sencillamente, un retórico puritano, una especie de Víctor Hugo que amontona metáforas, apóstrofes, epifonemas y prosopopeyas para hablarnos de la caducidad de las cosas y de cómo el río del Tiempo fluye sin descanso á perderse en el mar de la Eternidad. El Tiempo y la Eternidad—que los escribía así, con letra mayúscula—son sus dos preocupaciones. La mayor parte de la obra carlylesca es un comentario al tema encerrado en la primera de las coplas de nuestro Jorge

Manrique. Cuando se le lee mucho, como á mí me ha sucedido en algún tiempo, acaba por encontrársele monótono, y gracias á que escribiendo mucho de historia la materia le imponía forzosamente cierta variedad.

Nada me sorprende que Taine me engañara, pues no conozco escritor más hábil para falsificar la realidad con datos exactos y verdaderos. Cada una de las noticias que da está escrupulosamente compulsada, certificados los hechos que aduce, los detalles son exactos; pero están noticias, hechos y detalles de tal modo seleccionados y agrupados, se da tal maña en la perspectiva, que el conjunto resulta casi siempre la justificación de una tesis previa. Es un caso típico de falsificación con noticias verdaderas, caso tan común en la historia.

Más verídico que Taine me parece Carlyle mismo, porque en éste la filosofía es algo sobrepuesto y como pegadizo, y no algo que encarne en el relato. Su extraordinaria visualidad, su afición á lo pintoresco, su gusto por la historia como mero arte, como espectáculo, le salva de tergiversar los hechos más de lo que los tergiversa. Hay un fondo homérico en este predicador puritano; la fantasía le domina, y describe la fiesta al Sér Supremo con la mayor objetividad. Mas de ordinario no puede resistir al deseo de meterse entre los muñecos que maneja y de salir á su escenario, y he aquí por qué le llamo Maese Pedro.

\*  
\* \*

La «Historia de la Revolución francesa», de Tomás Carlyle, me recuerda, en efecto, la titerera de Maese Pedro, ó en general, un teatro Guiñol. Arma su tinglado, monta las figuras, se coloca él, Carlyle, dentro, y empieza á traerlas y llevarlas y hacerlas accionar, viéndosele no pocas veces las manos, y á hablar por ellas remedando voces. De vez en cuando interrumpe la representación, y asomando la cabeza por detrás del tinglado suelta á los espectadores un sermón en que hay mucho de «lúgubre», «sombrió», «preternatural», «limbo», «misterio»

fuliginoso», «Orco», «Tártaro», «Caos», «negruras sulfurosas de eternas tinieblas», «monstruo», «prodigio», «frenesí», «terror», «horror», «pavor», «rumor», y sobre todo, «TIEMPO», escrito así, en letras mayúsculas todo él, y «Eternidad» ó la «eterna noche». Y vuelve á meter la cabeza para continuar su cuento.

Cuando retira para siempre á alguno de sus muñecos, no deja de decirnos que «se desvanece volviendo á la nativa noche», ó algo así por el estilo, y le dirige unas cuantas palabras de despedida, porque acostumbra á hablar con sus títeres y no sólo por ellos. Cuando cogen preso á Mr. de Cazotte, le dice: «¿Por qué, oh Cazotte, abandonaste el noveleo y el *Diable amoureux* por una realidad como ésta?» (Vol. II, lib. I, capítulo II.)

A cada momento se dirige á sus muñecos para animarles, consolarles, reprenderles ó prevenirles, ejerciendo de profeta *à posteriori*. «¡Oh, despierto Dumouriez Polimetis, el de la fecunda cabeza, que los dioses te sean propicios!» (Vol. III, lib. I, cap. III.) A Maillard, el guión de las ménadas, como le llama: «Esperaba uno, oh Estanislao, encontrarte en otro sitio que no aquí, astuto Ujier montado, con tinte de ley! Tienes que llevar á cabo esta obra, y luego... desaparecer para siempre de nuestra vista.» (Vol. III, lib. I, cap. IV.) Cuando al representar el asedio de Lille, saca al barbero aquel que al estallar una bomba cogió un casco de ella, metió en él jabón y espuma, y gritando: *voilà mon plat à barbe*, «he aquí mi bacía», afeitó en el sitio á catorce personas, no puede menos que decirle: «¡Bravo, buen rapista, digno de afeitar al viejo y espectral Caparroja y de hallar tesoros!» (Vol. III, lib. I, cap. VIII.) Después de haber puesto en escena la muerte de Marat á manos de Carlota Corday, exclama: «¡Oh vosotros dos, desdichados, que os extinguisteis mutuamente, la hermosa y el escuálido, dormid en paz, en el seno de la madre que os parió á ambos!» (Vol. III, lib. IV, cap. I.) «¡A esta conclusión has venido, desgraciado Luis!» le dice á Luis XVI, ó Capeto

Veto, como gusta llamarle, cuando queda votada su muerte.

Agréguese que juega Maese Pedro con los pronombres personales hasta tal punto, que no se sabe á punto fijo quiénes somos *nosotros*, quiénes sois *vosotros* y quiénes *ellos*. Pónese unas veces de parte de los unos, y fingiéndose de ellos, dice: «Vamos á hacer esto ó lo otro, apresurémonos, tomemos tal ó cual resolución», y al poco rato ya está de la otra parte, y los hasta aquí *vosotros* hanse convertido en *nosotros*. Veces hay en que se le ocurre fingirse uno de sus muñecos, y decir por boca de éste lo que respecto á él se le ocurre, como cuando hace decir á Desmoulins: «Casi llego á conjeturar que yo, Camilo mismo, soy un conspirador y muñeco con hilos.»

Se ha visto que á Maillard le llama el «guión de las ménadas», á Dumouriez «Dumouriez Polimetis», á Luis XVI «Capeto Veto». El poner motes es, en efecto, una de sus gracias; apenas hay muñeco á quien no le conozca por algún alias ó motajo. A Beaumarchais le llama «Caron de Beaumarchais», á Roland «el veto de los bribones»; rara vez nombra á Robespierre como no sea llamándole «el cetrino incorruptible», á Marat «el Amigo del Pueblo», á Clootz «el orador de la Humanidad», etc., etc. No debe, pues, extrañar que, aplicándole su propia medida, le llame yo Maese Pedro. Los nombres propios le parecen algo incoloro é insignificativo, algo convencional (véase lo que acerca de los nombres dice en el cap. I del lib. II del *Sartor Resartus*), y prefiere los motes puestos en vista de alguna cualidad del personaje ó en recuerdo de alguna de sus hazañas ú ocurrencias.

Persigue siempre lo pintoresco; en la escena de su Guiñol la *mise en scène*, las decoraciones, el *attrezzo*, son de grandísima importancia. Siente como pocos la importancia de los más menudos detalles. Cuando representa en su titerera la fiesta del Sér Supremo, de Mumbo-Jumbo (así se titula el cap. IV del lib. VI en que la describe), no deja de presentarnos á «Mahoma Robespierre con chupa azul celeste y calzones negros, rizado y empolvado á perfección, llevando en la mano un rami-

llete de flores y espigas de trigo»; y cuando saca á Luis XVI para llevarle al patíbulo, no olvida vestirle como se debe, con «chupa oscura, calzones grises y medias blancas.» Es un excelente director de escena; no descuida gesto, mueca, *tic*, peculiaridad alguna de vestido, porte ó lenguaje. En tal respecto es un historiador artista, interesado en su relato por el relato mismo. La filosofía que extrae de los hechos es una filosofía que parece, ya lo he dicho, sobrepuesta á ellos; el relato mismo y las enseñanzas que de él saca son dos cosas distintas, no siempre bien ligadas. De aquí su constante digresionar.

Las digresiones son, en efecto, frecuentísimas; á cada momento interrumpe la representación para enjaretarlo alguna de ellas. Algunas veces son de carácter concreto, se refieren á alguna circunstancia que la asociación de ideas le trae á las mientes. Así, al dar cuenta de los nobles ancianos á quienes se llevaba á la guillotina en los cajones, al anciano Malesherbes, con sus parientes, hijas, hijos y nietos, sus Lamoignons y Chateaubriands, acuérdase del autor de las *Memorias de Ultratumba* y exclama: «Sólo un joven Chateaubriand queda viajando entre los Nachez, junto al rugir de las cataratas del Niágara, al gemir de las inmensas selvas. ¡Salud, gran Naturaleza, salvaje pero no falsa, no mala ni inmaternal; tú no eres fórmula ni rabiosa disputa de hipótesis, de elocuencia parlamentaria, de construcción de constituciones y de guillotina! ¡Háblame tú, Madre, y canta á mi corazón enfermo tu mística y eterna canción de cuna y quede lo demás lejos!» (Vol. III, libro VI. cap. III.)

Mas de ordinario sus digresiones son de un género más general y abstracto y se reducen á glosas y comentarios de unos cuantos temas, entre ellos el de la caducidad de las cosas y la vanidad de las fórmulas.

Y así exclama, v. gr., al hablar de los debates de la Convención y recordando las tumultuosas asambleas de los antiguos galos:

«Reñían en lengua céltica aquellos Brenos y no eran sans-



culotes, sino más bien eran las bragas (*bracae*, de fieltro ó cuero crudo, se dice), lo único que tenían, estando, como atestigua Tito Livio, desnudos hasta los muslos; ¡y ved que son todavía la misma especie de obra y de hombres, ahora que se han hecho con trajes y hablan nasalmente una especie de latín corrompido! Pero, en resolución, ¿no envuelve el TIEMPO á esta Convención Nacional presente, como envolvió á aquellos Brenos y antiguos Senados au gustos, de bragas de fieltro? El Tiempo, sí, y también la Eternidad. Sombrío crepúsculo del Tiempo—ó medio día que se hará crepúsculo,—y luego noche y silencio; y el Tiempo con sus vanos ruidos todos es tragado en el tranquilo mar. Compadécete de tu hermano, hijo de Adán. ¡La más irritada y vana jerga de que se sirve no es propiamente más que el llanto de un niño que no puede *decir* lo que le molesta, pero que se siente mal por dentro, y ha de seguir llorando y berreando hasta que le coja su madre y le lleve á dormir!» (Vol. III, lib. II, cap. I.) Por este estilo son las más de sus digresiones.

Otro de sus temas favoritos es convencernos de que todo lo que en su tinglado nos presenta es representación de realidad y no de ficción, de positiva y sólida realidad en el más hondo sentido de la palabra. Jamás he podido comprender cómo Taine llamó idealismo y hasta ultra-idealismo á la especie de filosofía que para comentar sus historias gastaba Carlyle, pues yo la llamaría más bien ultra-realismo. Verdad es que nada hay más confuso é incierto que esa distinción entre idealismo y realismo, á tal punto, que para muchos es Berkeley el representante del más genuino realismo, y acaso tengan razón en ello.

Todo puede atribuírsele á Carlyle menos propensión al fenomenismo; más bien se le podría suponer adepto de cierto realismo un tanto tosco, en que se siente con fuerza la personalidad concreta, el hombre de carne y hueso que ha de salvarse ó perderse para siempre, y no en la memoria de los demás hombres tan sólo. El idealismo trascendente germánico

no era en el espíritu de Carlyle más que superficial; por debajo latía el alma misma de Bunyan, la de los sombríos puritanos obsesionados por el problema de su propia justificación personal y de la salvación eterna de su alma. Teniendo en escena á Marat y á los que en la Convención le acusan, exclama: «Gritad, vosotros, los setecientos cuarenta y nueve; es Marat, él y no otro. No es Marat un fantasma del cerebro ó mero impreso de tipos de imprenta, sino una cierta cosa material, de carne y hueso, de baja estatura. Ahí le tenéis en su negrura, en su sombría escualidez, viviente fracción del Caos y de la vieja Noche, en carne visible, deseoso de hablar.» (Vol. III, libro II, cap. I.) Y para recalcar más esto de que era Marat un hombre de carne y hueso como los demás, con su historia, al contarnos cómo una vez muerto á manos de Carlota Corday, llegó de Neuchâtel un hermano suyo á pedir á la Convención el mosquete del difunto Juan Pablo Marat, nos dice: «Porque Marat tenía también un hermano y afectos naturales, y estuvo alguna vez envuelto en mantillas y durmió tranquilo en una cuna como el resto de nosotros.» (Vol. III, lib. IV, cap. I.)

Y tan fuerte es su realismo que llega á la más aguda expresión de lo que en filosofía escolástica se llamaba realismo, contraponiéndolo al nominalismo. Es uno de los más frecuentes artificios de Maese Pedro el de emplear el abstracto por lo colectivo, proceso que las lenguas lo cumplen naturalmente. Para él «la respetabilidad» son las personas respetables, «el patriotismo» los patriotas, «el realismo» los realistas (partidarios del rey). Su realismo no excluye nada; tan palpable le parece una idea como un hombre, ya que en su escenario han de tomar las ideas forma concreta. El teatro no admite entidades abstractas, y en Carlyle todo es teatral.

Se ha dicho que el teatro es el arte de las preparaciones, y lo cierto es que Maese Pedro se preocupa de preparar las escenas que han de venir. Y uno de sus procedimientos es el de la profecía. Creo que ha sido D. Juan Valera quien ha dicho que la filosofía de la historia es el arte de vaticinar lo pa-

sado, y la frase es muy feliz y muy graciosa. Maese Pedro acostumbra, cuando saca á escena á alguno de sus muñecos, á decirnos: «éste va á acabar mal», para añadir más tarde: «¡ya os dije que no podía acabar bien este sujeto!» Cuando el rico Lepelletier Saint-Fargeau tiene que pronunciar su voto respecto al castigo á Luis, y exclama: «¡muerte!», añade Maese Pedro por su cuenta: «palabra que puede costarle cara», porque ve en el papel que Lepelletier morirá asesinado: cuando presenta á Chalier, de Marsella, añade: «un hombre que no es probable que acabe bien»; y cuando el tribunal le sentencia á muerte, dice Carlyle desde detrás de su tinglado: «ya dijimos que no podía acabar bien».

Entre este chaparrón de metáforas, prosopopeyas, epifonemas, vaticinios y digresiones, no faltan patochadas que podrían haber ido á la colección de Flaubert. Una vez exclama solemnemente: «Hoy no es ayer, ni para el hombre ni para las cosas» (vol. II, lib. III, cap. I). En esto de las patochadas y solemnidades perogrullescas dudo que se le encuentre rival más digno que Víctor Hugo, que es acaso el escritor al que más se parece, aunque Carlyle con alguna más metafísica que éste.

Hay ocasiones, sin embargo, en que el mismo Carlyle comprende lo enfático, falso y absurdo de su posición, adoptando entonces el cómodo artificio de poner en boca de algún supuesto personaje lo que de propia cuenta dice. Tiene un muñeco que le representa en tablas, cuando no se atreve á hablar por sí desde su escondrijo. En una de estas ocasiones, al final de su *Historia de la Revolución Francesa*—obra á que se contraen estas notas—cuando quiere cerrar el drama con una especie de epílogo, se cita á sí mismo, reproduciendo un pasaje de su *Collar de diamantes* (en las *Misceláneas*), y al citarlo dice: «En resumen, ¿no se ha cumplido lo que había profetizado *ex post-facto*, es cierto, el archicharlatán Cagliostro ú otro?» Y aquí sigue una larga cita, que no reproduzco, pero que debe leerse como de lo más típico carlylesco, una cita en

que entran ángeles, Uriel, Anaquiel, el Pentágono de Rejuvenecimiento, el Pecado Original, la Tierra, los Cielos, el Limbo Exterior (todo con letra mayúscula), la Impostura, los Tronos, las Mitras, el Carro de Faraón, el Mar de Fuego, el Rey, la Reina, Iscariote Egalité (Felipe de Orleans), De Lannay, la Bastilla... y qué se yo qué más. De todo esto habló «en arrebatada visión y asombro» (*in rapt vision and amazement*) el archicharlatán Cagliostro ú otro. ¡Archicharlatán! ¡Archquack!

¡Archquack! ¡Archicharlatán! He aquí la calificación que mejor cuadra á Maese Pedro y la que se dió á sí mismo. Y con todo y con esto, ¡qué fuente de sugerencias, de enseñanzas, de emociones y de ideas, una obra de Carlyle! ¡Cómo entretiene y cómo enseña la titerera de Maese Pedro! Momentos hay en que el muñeco se agranda á nuestros ojos, cobra vida, se anima y vemos, no á un perfecto actor que representa á Danton, verbi gracia, sino á Danton mismo, en cuanto nos sea dado verlo. Y por otra parte, esta manera de presentarnos la historia, imaginada, rompe á las veces la serie temporal en que de ordinario la vemos presa, y parece que la sucesión se convierte en simultaneidad y el tiempo en espacio, y que conviven y obran y reobran unos sobre otros los hombres de todos los tiempos. Pocos historiadores han sentido más vivamente lo de que la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto del ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que éstos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en el tiempo y en la realidad se nos muestran; tal era la filosofía toda de Maese Pedro Carlyle, filosofía á que llegó en fuerza de visión de lo temporal y concreto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

# NOTICIAS HISTÓRICAS ACERCA DE LA SEDA

---

## I

No deja de ofrecer alguna curiosidad el conocimiento del origen y vicisitudes de la seda, por lo mismo que con tanta frecuencia se usa y constituye un objeto que, aun cuando entra de lleno en los dominios del lujo, se halla tan generalizado, que su empleo está ya al alcance de modestas fortunas y en ocasiones presta servicios de tal valía, que merece fijar la atención, lo mismo del hombre de ciencia que de aquel que sigue y medita el curso de las sociales costumbres sólo por curiosidad ó pasatiempo.

Derivada la palabra del nombre latino *seta*, cerda, se conoce con ese nombre el conjunto de hilos delicados y brillantes de que forman su capullo algunos gusanos de insectos lepidópteros del género *Bombix*, con los que se producen diferentes tejidos y cuya materia la segregan dos glándulas que tienen el aspecto de largos canales replegados sobre sí mismos y colocados por bajo del tubo digestivo. La usada en la industria la produce el *Bombix* de la morera, científicamente conocido con la denominación de *Bombix* ó *Phalæna mori*.

Ese hilo sutil, delicadísimo, suave y flexible, producido por el insecto en el primer período de su vida, ha llegado después

de múltiples y variados trabajos á constituir el riquísimo y lujoso tejido que forma el adorno y las preciadas galas de una dama ó el artístico y costoso mueble que decora un aristocrático salón, dando á conocer en todas partes esa superioridad que enaltece cuando van unidos el capital, el arte, el trabajo y el buen gusto.

Estudiar la historia de la seda vale tanto como indagar una parte de la historia de las costumbres de la humanidad, fundadas en los datos que suministra el conocimiento de un cuerpo, que si bien la determinación de su naturaleza íntima corresponde á la esfera de la ciencia, en cuanto atañe á sus ulteriores detalles, entra por completo en el terreno de lo concerniente á la vida social con todas sus complicaciones y variados aspectos.

Conocida la naturaleza de la seda por el químico, ha determinado de un modo exacto su composición, la manera de conducirse con los diversos reactivos, el papel que desempeña al unirse á ciertos cuerpos y las aplicaciones prácticas á que es susceptible de prestarse con arreglo á su naturaleza, todo lo cual no es más que la proclamación de las conquistas de la ciencia y el veredicto más solemne que el Jurado de la opinión y el Archivo de la historia consagran á los progresos de uno de los conocimientos más útiles de la época actual.

El gusano elabora con su incesante y silencioso trabajo la cubierta del capullo, que debe protegerle desde que se encierra y oculta á las miradas de todos hasta que sale transformado en brillante mariposa con distinta forma y mayor belleza que antes poseía. Para conseguir la seda, que por su brillo, finura, aspecto, resistencia, belleza de colores y diversidad de matices que puede adquirir constituye la más preciada y de mejores condiciones de todas las fibras textiles, hay que proceder á una verdadera y paciente educación de las orugas productoras, que comienza en los diminutos huevecillos, sigue después con la alimentación de la oruga y continúa con otros detalles que no son propios de este lugar, pero que revelan in-

dudablemente las lecciones de la experiencia, ya de larga fecha adquirida y que desde remota época se conocen, por lo cual entran también en los dominios de la historia de esta substancia. La mariposa del gusano de seda es de las llamadas nocturnas, y sus alas son de un color blanco sucio ó amarillento. La oruga está sujeta á cuatro mudas, que establecen cinco edades en la vida de estos insectos. La primera dura hasta el séptimo día de su vida; después aparecen dormidos ó como inmóviles y cambian de piel, lo cual dura tres ó cuatro días. Las otras tres mudas se suceden con el intervalo de ocho días, contándose la quinta desde que salen de la última muda hasta que fabrican la seda. Son necesarios múltiples y minuciosos cuidados para la cría, en los que no podemos detenernos por ser la índole de este trabajo exclusivamente histórica.

No es, pues, nuestro propósito hacer una monografía de la seda que pudiera interesar en el concepto agrícola é industrial. Sólo aspiramos á conocer algunos hechos referentes á su historia, y en esa esfera es donde gira el móvil de las presentes líneas, pues en otro caso habría sobrado motivo no sólo para un breve artículo, sino para llenar las páginas de voluminoso libro, describiendo la serie de minuciosas operaciones que hay que practicar para conseguir esta substancia.

Laboulaye dijo que la seda es á las demás materias textiles conocidas y estudiadas lo que el oro al resto de los metales.

## II

La industria sedera existe de tiempo inmemorial en China y en el Japón, desde cuyos sitios se propagó á los demás puntos del Asia. Aristóteles describió con gran exactitud las curiosas metamorfosis del gusano de seda y la manera de separar el hilo de los capullos devanándolo en carretes, y refiere que una mujer de Cos, llamada Pamphilia, fue la primera que aplicó la seda á los tejidos. Esto permite creer que algunos si-

glos antes del Cristianismo, hubiera en Cos manufacturas de seda traída del interior del Asia.

Los chinos, parece ser que se dedicaron á la fabricación de los tejidos de seda desde la antigüedad más remota. De la China pasó la industria á la India, la Persia, Fenicia y Grecia.

En tiempo de Justiniano, fue cuando adquirió mayor importancia el comercio de la seda entre los romanos. Entonces se extendió por toda la Grecia, principalmente por el Peloponeso, que tomó el nombre de Morea á causa de la multitud de moreras que allí había, destinadas á la alimentación de los gusanos de seda.

En tiempo del Imperio romano, aparecieron las primeras sederías propiamente tales, y ya se conocían ligeras y vaporosas gasas, que las damas romanas buscaban con ansia y que los poetas de la época ensalzaban en inspirados versos la suavidad, transparencia y brillo de aquellos tejidos. Más tarde, las conquistas de los romanos en el país de los partos facilitaron la importación en Roma de las producciones asiáticas, y desaparecieron las sederías de Cos. La seda se usaba principalmente por las mujeres, y en tiempo de Tiberio se promulgó un edicto senatorial prohibiendo á los hombres su empleo.

El Emperador Heliogábalo fue el primero que vistió una túnica de seda en el año 220. En la época de Aureliano, en el siglo III, se pagaba la seda á un precio igual á su peso de oro.

Los persas, durante muchos años, surtieron al Imperio romano de sedas extraídas de la China. Pero dos monjes que habían residido en China durante mucho tiempo, aprendieron todo lo relativo á la cría de gusanos de seda y fabricación de esta substancia, y explicaron después en Constantinopla esta fabricación. Rogerio, Rey de Sicilia, llevó en 1030 á Palermo obreros griegos que enseñaron la cría de los gusanos y la fabricación de las telas.

César, en una ocasión, trató de cubrir su teatro con telas



de seda y se amotinaron los soldados, porque temieron que ese gasto produjera la ruina del erario público. El Emperador Claudio fue también muy censurado, porque coronó bajo un pabellón de seda á dos reyes del Asia.

Los cristianos, perseguidos en los primeros siglos de la Iglesia, ó tolerados difícilmente, mostraban en sus trajes gran sencillez, protestando con sus costumbres severas del lujo con que se adornaban los pueblos de aquella época y que merecieron las censuras de la opinión sensata y las sátiras de los poetas festivos, por lo cual apenas usaban la seda.

En Bizancio se usaron los tejidos de seda á partir del siglo IV, y se destinaron principalmente á la fabricación de ornamentos sagrados, que se pagaban á precios muy elevados. En la Europa occidental, después de las Cruzadas, es cuando se generalizó la seda en las clases elevadas de la Sociedad.

Olivier de Serres consideró que la seda podía ser de gran provecho para la agricultura.

En Europa se desconoció la naturaleza de la seda hasta el siglo VI, en la época del Emperador Justiniano.

### III

Nuestro país se distinguió sobremanera y adquirió gran celebridad en la fabricación de la seda en los siglos XI y XII, en que fueron solicitadísimas las sedas fabricadas en Granada y Almería. Consigna César Cantú que en aquella época, sólo en Sevilla trabajaban sesenta mil telares de seda. De consiguiente, es también un dato histórico que pone de manifiesto la grandeza española en la Edad Media y que atestigua el esplendor de nuestra industria en dicho período.

Cuando en 1274 obtuvo Gregorio X la cesión que del Condado Veneciano le hizo Felipe el Atrevido, ordenó la plantación de moreras y la cría de gusanos, cuya industria adquirió bastante desarrollo, en términos que los damascos de Avi-

ñón rivalizaron en hermosura con las más ricas sedas de Italia.

Según Andrés Potier, poseía Rouen, á principios del siglo xvi, grandes fábricas de seda. Se refiere que Enrique II fue el primero que llevó medias de seda cuando se realizó el matrimonio de su hermana con el Duque de Saboya.

Enrique IV, imitando á los Valois, favoreció la cría de gusanos de seda en Orleans, Fontainebleau, en los alrededores de París y hasta en las Tullerías.

En el siglo xvi existían en el Condado Veneciano algunos que se dedicaban á la fabricación de tejidos de seda. Otros se establecieron en Lyon, en 1450, y en Tours, en 1470, y los operarios eran, por lo general, italianos que habían aprendido su oficio en Génova, en Florencia y en Venecia. Mientras que en Lyon adquiría la industria de la seda un gran desarrollo, las demás naciones de Europa ensayaban también esta fabricación. Inglaterra no había realizado en tal concepto más que ligeros ensayos, y cuando la revocación del Edicto de Nantes, llevó á su país más de 50.000 emigrados, entre los que había muy buenos operarios y habilísimos fabricantes.

En España era en 1579 tan abundante la cosecha de la seda, que en los reinos de Valencia y Murcia se extraían un año con otro más de 200.000 libras de seda sin labrar. En muchos puntos de Galicia se fomentó en aquella época este cultivo, y las sedas de Granada adquirieron, como hemos dicho, grandísima fama.

Pocos países, en efecto, hay en Europa que puedan competir con el nuestro en elementos indispensables para la producción de la seda, y es preciso no perder de vista esta circunstancia para que, con la vista en la historia, puedan lograrse las ventajas de que en tal concepto se carece hoy.

Las primeras fábricas de seda de Lyon datan de 1466; después se establecieron en Tours, luego en Aviñón, Nîmes, etc.

Enrique II fue, como ya hemos dicho, el primero que vistió

en Francia la seda, y acto continuo le imitaron los personajes de la corte, prolongándose la moda, que, como es consiguiente, sólo estaba entonces reservada á los magnates favorecidos por la fortuna.

Después de Inglaterra, fue Suiza la que realizó grandes adelantos en la fabricación de tejidos de seda.

En Francia adquirió esta industria gran desarrollo desde mediados del siglo XIX, de tal suerte que en 1859 alcanzó un valor que se calcula en 640 millones de francos. Hoy día las manufacturas francesas producen cantidades enormes de tejidos de seda. Para formar aproximada idea del grado de esplendor á que ha llegado, bastará decir que se calculaba en 1864 el número de operarios dedicados á estos trabajos en 250.000, desde cuya fecha ha aumentado considerablemente esta cifra.

Las aplicaciones de la seda en medicina no han dejado también de ofrecer algún interés histórico. Se dijo, hace ya cerca de un siglo, que los vestidos de seda retenían el fluido eléctrico y prevenían y aun curaban algunas enfermedades. En muchas señoras que padecían de la garganta, el uso perenne de las corbatas de seda se vió que produjo resultados satisfactorios, así como en otras varias dolencias, por lo cual ocupa un lugar importante en la historia de la higiene y de la terapéutica.

El medicamento, ya caído en desuso, llamado *Gotas de Inglaterra*, es el producto resultante de la destilación de la seda en un aparato convenientemente dispuesto. Goddard fue su inventor, cuyo procedimiento vendió á muy alto precio al Rey Carlos II de Inglaterra. La seda cruda, teñida de color carmesí, se empleó en algunas dolencias propias del sexo femenino.

Esta es, muy á grandes rasgos, la historia de la seda. Su porvenir está llamado también indudablemente á grandes consideraciones. Ya la química ha ideado procedimientos de transformación de la celulosa en seda, mediante largos procedimientos que aunque todavía no han salido de los límites

de ensayos de laboratorio, es probable que en no lejano día tengan carácter práctico.

De todos modos, la tan conocida y vulgarizada décima que sintetiza con la sublime inspiración poética de su autor el origen y uso de la seda, puede servirnos su recuerdo para terminar estas breves consideraciones. Porque al decir

Esa seda que rebaja  
Tus procederes cristianos,  
Es obra de unos gusanos  
Que labraron su mortaja.  
También en la región baja  
La tuya han de devorar.  
¿De qué, pues, te has de jactar,  
Ni en qué tus glorias consisten,  
Si unos gusanos te visten  
Y otros te han de desnudar?

se expresa lo deleznable y mezquino de los objetos más preciados que se desvanecen y destruyen como se difuminan y borran las imágenes de un sueño.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,  
Académico de la Real de Medicina y Correspondiente  
de la de la Historia.

## CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS <sup>(1)</sup>

---

Hemos visto ya que es errónea la creencia que abriga el autor del *Carácter de la conquista española en América*, de que no se había, antes que él lo hiciera, aprovechado la luz que derraman en sus obras los escritores primitivos, para decir la verdad y sólo la verdad en esa materia, y queda demostrado también que el procedimiento *novísimo*—en el sentir del Sr. García — de escribir la historia presentando los sucesos nada más que en su aspecto repugnante, no se aviene á las necesidades de la época actual, ni se informa en los principios filosóficos de esta misma época.

Veamos ahora cómo contrastan las tendencias que sin esfuerzo descubre el menos perspicaz en la obra del Sr. García, con las marcadísimas tendencias de los que, dejando á un lado ajenos odios, procuran estrechar los vínculos formados por las corrientes de las nuevas ideas, respecto á las relaciones de pueblo á pueblo, por grandes que hubiesen sido los males que, aun en no lejanos días, se hubiesen derivado de injustas agresiones y de irritantes despojos.

Viven todavía no pocos de los mejicanos que en 1847 y 48 pelearon denodadamente en defensa de la patria, inicua-mente invadida por los ejércitos norteamericanos; la genera-

---

(1) Véase el número de LA ESPAÑA MODERNA correspondiente al mes de Abril.

ción presente conoce en toda su amarga verdad la historia del arbitrario despojo de una porción grandísima de nuestro territorio, tan grande, que casi representa una extensión mayor que la que hoy poseemos; pues bien, en la tribuna y en la prensa periódica evítase hoy con tenaz empeño revivir los justísimos enojos provocados por aquella invasión y por aquel despojo. Y no es esto solo, sino que hay quienes finjan conmoverse ante el espectáculo de un Embajador americano que, con la cabeza descubierta en señal de respeto, coloca anualmente una corona de flores de nuestro valle sobre el monumento que la gratitud y la admiración nacionales alzaron en Chapultepec para perpetuar la gloriosa memoria de los niños héroes, alumnos del Colegio Militar, que dieron su sangre unos y su vida otros en magnífico holocausto á la más santa y noble de las causas...

Alientan, por dicha, centenares de valientes defensores de la Independencia y de la autonomía de Méjico, en la lucha contra la invasión francesa, y para derrocar el trono por ella erigido á un Príncipe infortunado que pagó con la vida, en el Cerro de las Campanas, sus sueños de ambición y de grandeza; de un extremo á otro de la República hay millares de testigos presenciales, de víctimas de los atentados de los Dupin y de otros émulos de Cortés y de Pedro de Alvarado, y sin embargo, proclámase en todos los tonos que no fué la Francia, sino Napoleón III, el que intentó destruir la República que salvó Juárez; que no fueron los franceses, sino los seides del humillado en Sedán, los que sembraron luto y desolación por donde quiera, y hasta las clases menos cultas ven con respeto el monumento erigido en Puebla para guardar las cenizas de franceses y mejicanos muertos en tan opuestos campos.

Y cuando Texas, fuente y origen de nuestros desastres al mediar el siglo XIX, convoca á una Exposición, á Texas van los industriales mejicanos; no se desaira su invitación, sino que se contribuye á que el certamen no fracase; nadie dice que al pisar tierra, que en no lejanos días fue tierra mejicana,

se sentirá algo así como un cauterio doloroso aplicado á las plantas; como un golpe eléctrico recibido en el cerebro. y á cuyo choque resurge un pasado de indignidades y miserias. Y así también, obedeciendo á sugerencias del cosmopolitismo imperante y seducidos por el brillo de cruces y medallas que entre nosotros no se acuerdan, cruces y medallas concedidas en París, constelan en los trajes de gran número de mejicanos.

Recordar esta conducta no es reprobarla. Bien sabemos, cuantos profesamos los principios de la ciencia social, que el pueblo que mantiene vivos sus resentimientos, se aísla y renuncia, por su mal, á los beneficios que de las relaciones internacionales se obtienen; bien sabemos que el individuo que en vez de dejar cicatrizar una herida, la hace sangrar y la renueva con furor insano, jamás se verá libre de ella. Pero por eso mismo no se encuentra satisfactoria explicación que dar al encarnizamiento con que el Sr. García estudia la Conquista consumada hace muy cerca de cuatro siglos, en tanto que los pensadores borran con el agua lustral del olvido y del perdón, injurias recibidas ayer puede decirse, asaltos á nuestros bienes patrimoniales y á nuestra soberanía y á nuestra independencia.

Pues que, porque intereses y conveniencias de orden económico son la causa principal y determinante así de las disensiones como de la fraternidad de las sociedades, y porque Norte América y Francia ocupan hoy tan prominente lugar, la una por su maravillosa riqueza y la otra por su primacía en punto á cultura intelectual, y porque España ha perdido el rango que en otros siglos ocupara, ¿sobre esta última hemos de acumular acusaciones, odios y rencores? Porque no es ya rica ni fuerte; porque sangran aún sus recién abiertas heridas; porque no tememos que nos invada, ni esperamos que contribuya á nuestro progreso, ¿debemos inculcar á las nuevas generaciones desprecio y odio á la nación de que partieron los aventureros conquistadores de América?

Al llegar aquí me detengo, siquiera sea por breves instantes, á hacer notar al Sr. González Obregón, que para pedir al

Sr. García que no alimente malas pasiones, no hago la menor alusión á esos tópicos que por manoseados detesta: de raza, lengua y religión.

Pasemos adelante.

El carácter de la Conquista española en América, no ofrece al historiador ni al filósofo ningún signo especial que lo diversifique del carácter de cuantas conquistas se han efectuado desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Para demostrarlo, no hay necesidad de hacer vanidoso alarde de erudición histórica, poniendo á saco la inmensa colección de autores antiguos y modernos; en el más vulgar de los compendios que sirven de texto en las escuelas para dar un barniz de conocimientos históricos, me sería fácil tomar armas como en bien provisto arsenal, para destruir el pseudo-fantasma con que quiere aterrorizarnos el Sr. García.

Lisa y llanamente diré, por lo mismo, que la Conquista española no fue sino una de las infinitas reproducciones que los pueblos hacen de las obras de sus antecesores, y que en el suelo mejicano habían, antes de la invasión de los hombres blancos y barbudos, paseándose, conquistadores con su infernal acompañamiento de fanatismos, de crueldades y de despojos. Precisamente los odios y venganzas que engendraron las conquistas del imperio de Anáhuac para extender sus dominios, fueron las que determinaron la alianza con Cortés de los reinos y señoríos indígenas; alianza sin la cual, como en otro lugar queda consignado, desde el esforzado capitán hasta el último de sus soldados, únicamente habrían logrado abonar con sus cadáveres la tierra mejicana.

«La guerra, y muchas veces su consecuencia inmediata—ha dicho el ilustre Orozco y Berra, á quien no me canso de citar,—es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado, se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que la dirige, el tiempo en que



se ejecuta, ni la nación que la emprende y la que lo resiste. Siempre y en todos casos, según la valiente expresión de Grady, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!»

Empero hay una teoría de la que no puedo prescindir de tratar, porque, ó mucho me equivoco, ó es en ella en donde radica la tesis del Sr. García, por más que no la proclame franca y desembozadamente.

Si hombres de otra raza que no fuese la española, hubieran conquistado el Anáhuac—dicen muchos de los que lamentan llevar una gota siquiera de sangre ibérica en sus venas,—otro carácter habría revestido la Conquista, y otros también habrían sido los frutos de ella.

Pues bien, hoy que está de moda preconizar las excelencias y la superioridad de la raza anglosajona, conviene recordar cómo y de qué manera ha llevado sus pendones esta raza cuando, ya no en muy remotos tiempos, sino á nuestra vista, puede decirse, ha sido conquistadora. Así, al que le plazca hacer paralelos, se le facilitará el poner frente al demonio español el ángel anglosajón.

Gran suerte es para mí el poder fundar la refutación de la teoría á que acabo de hacer referencia, en las sabias reflexiones de un publicista al cual se deben varias obras históricas; sazonados frutos de una inteligencia superior y de profundos estudios, publicista de quien se diría con justicia lo que de Tácito, uno de los polígrafos más renombrados de los tiempos modernos: que «enemigo de toda pompa, nos da más ideas que palabras; mérito el más grande y raro de un escritor».

Refiérome al historiador y diplomático argentino Dr. D. Vicente G. Quesada, conocido y estimado en Méjico por haber representado aquí á la nación que se ufana en contarle entre sus más preclaros ciudadanos.

En un opúsculo impreso en 1893 con el título de *La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*, opúsculo formado con la Introducción de una obra inédita del mismo se-

ñor Quesada sobre la sociedad americana, dice lo siguiente el publicista argentino:

«El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispanoamericanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, á mi juicio, á tener completa y profunda fe en sus destinos, desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas y mejorándolas por el medio ambiente en que se encuentran.

»En consecuencia, haré lógicas comparaciones entre los Estados Unidos del Norte y las naciones situadas al Sur. He vivido muchos años en aquel país; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido á circunstancias naturales é inevitables, sea originado por superioridad de raza ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia. He de comparar esos antecedentes, he de estudiarlos sin preocupación, y he de decir la verdad sin cobardías ni temores. Tal cual yo comprendo los sucesos he de exponerlos, fundándolos con arreglo á mi criterio y prescindiendo en absoluto de si en ello contrarío ambiciones é intereses próximos ó remotos.

»Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias que sufrieron, es verdad, la suerte de los pueblos vencidos; por el contrario, la legislación colonial les fue benévola y tendió á civilizarlos y conservarlos.

»En efecto, la mayoría de la población de Méjico, Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia, es de indios más ó menos cultos, aun cuando hay todavía algunos indómitos que resisten al predominio de los blancos y que viven como salvajes y nómadas.

»Por el contrario, *la conquista inglesa los destruyó*. Las tribus que aún sobreviven, moran en terrenos que les han sido

reservados; sin embargo, están fatalmente condenados á extinguirse, á medida que los blancos avanzan, obligando á los Pielas Rojas á venderles los territorios que ocupan. Ultimamente, en 1891, el Gobierno compró en la parte Este del territorio de Oklahoma á los indios Sax, Sioux, Kiowa y Pottawatomie, una extensión de... 226.343 acres, y miles de colonos blancos, en el día y hora que señaló el Presidente de los Estados Unidos, invadieron como desbordado torrente aquel territorio.

«No transcurrirá mucho tiempo—decía el diario *Las Novedades*—sin que pase á manos de los blancos la tierra escasa que se han reservado los indígenas. Se les echa de las comarcas, se van muriendo, estrechados por la invasión de la raza conquistadora.»

«Todas las turbulencias de los indios pueden ser explicadas—decía una carta del Padre Craff hablando de los Sioux—considerándolas en todos sus aspectos por sus únicas y verdaderas causas, á saber: *el hambre, la abyecta miseria y la desesperación*. El origen de todo ha sido, durante muchos años, *la ultrajante conducta del Departamento de Indios*, evidenciándose en los últimos *despropósitos y crueldades* del actual comisionado Morgan.»

«Cuando adquirieron los norteamericanos por las armas ó por tratados *más de la mitad del territorio de Méjico*, en California y Tejas, la población se componía de indios é hispanoamericanos; hoy de los indios sólo queda la etnografía gráfica; *ó han huído despojados de las tierras que poseían, ó los han matado*.

»Aquella gran tribulación ha sido descrita con ternura y colorido por la escritora norteamericana Mrs. Helen Hunt Jackson; esa conquista arrojó sin piedad de aquel suelo la raza que lo habitaba.

»Los fundadores de la efímera República de Tejas la sometieron al protectorado extranjero, traicionando á su patria, y recibieron como castigo merecido ser arrojados del suelo donde habían nacido.

»La lengua española ha sido sustituida por la inglesa.

»El senador Worhees dijo en la sesión del Senado, en Diciembre de 1890, estas palabras: «*El proceder de este Gobierno para con los aborígenes, es un crimen repugnante á Dios y á los hombres. Dos años hace que vienen padeciendo hambre, según las palabras del General Milles. La necesidad los devora, y famélicos y desesperados, antes quieren morir con las armas en la mano que de desesperación y de miseria.*»

»*The Tribune* publicó una correspondencia, en la cual dice: «*Las tribus indias que presenciaron la colonización de Jamestown, Manattha, Pylmouth, Rock, han desaparecido de la superficie de la tierra. Los indios que encontró Cortés en Yucatán y en Méjico siguen allí, y su trabajo, con ser tosco é incierto, contribuye á la riqueza del país, que llena las necesidades del comercio.*»

Hasta aquí el Dr. Quesada; y aunque la elocuencia de los párrafos copiados hace inútil todo comentario, juzgo pertinente hacer notar que acrece la responsabilidad moral de los anglosajones la circunstancia de que sus despojos y sus crueldades han sido perpetrados y siguen perpetrándose cuatrocientos años después de los que cometieron los conquistadores españoles. Cabe entonces preguntar: ¿la raza española, por serlo, es culpable y merece ser castigada sin misericordia; y la anglosajona es inocente, pura, sin mancha; nada más que por ser distinta de aquélla? El incesante progreso de la humanidad, ¿no resulta un mito, una de tantas *mentiras convencionales de la civilización* hoy tan decantada? Por último, en presencia de las conquistas modernas, ¿se puede establecer una diferenciación entre éstas y las antiguas?

Ensayemos una respuesta, apuntando algunos, nada más que algunos hechos de los conquistadores modernos, tan ennoblecidos y preconizados por los que execran á los antiguos españoles, y todo lo esperan de los modernos anglosajones.

Las felonías de que en más de una ocasión se sirvió Cortés

han sido empleadas, reproducidas con creces por los anglosajones, así en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Mediaba el siglo XVIII, cuando en el país conocido hoy con el nombre de la Nueva Escocia, del que fueron primitivos colonos los franceses, y en donde los ingleses comenzaron á fundar establecimientos después; mediaba, digo, el siglo XVIII, cuando comenzaron á surgir celos entre los colonos ingleses y franceses, y tras los celos agrias controversias sobre cuestión de límites. Los indígenas, es decir, los acadianos, simpatizaban con los primeros, á quienes estaban unidos por estrechos vínculos; pero en la controversia reclamaban nada más que el derecho de permanecer neutrales, y pedían que los ingleses se lo reconocieran. No se les otorgó á los acadianos, á los dueños de la tierra, lo poco que pedían; y como los intereses ingleses aumentaban sin cesar y se enardecían por eso mismo las rivalidades entre los colonos de Francia y los de Inglaterra, y como éstos temían que los acadianos, aun llamándose neutrales dieran su apoyo á aquéllos, para cortar de raíz el mal, tomaron una resolución inicua: trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos de tal manera, que *no pudiese haber ningún concierto entre las familias así esparcidas*. Se hicieron con tal fin todos los aprestos militares que preceden al abuso de la fuerza bruta, y se sugirió á los ejecutores la *estratagema*, digamos mejor la felonía, cuya relación nos ha sido hecha por numerosos autores norteamericanos.

Hela aquí, siguiendo el texto de uno de ellos:

«El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los jóvenes como á los viejos y á los muchachos», intimando á todos los varones para que lo esperasen en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para *oir una comunicación que el Gobernador había enviado*. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad y se había discutido mucho acerca de la retirada de

los acadianos del país, *aunque nada se había hablado de su traslación y dispersión*, entendiéndose que se trataba de una reunión importante, y el día señalado, 418 hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo que Su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

»La iglesia se convirtió en cárcel, y todos los *prisioneros* fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaron en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chigneto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los transportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas, y trasladar á ellos á los hombres bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques en el puerto hasta la llegada de los transportes; y haciéndose uso de éstos, CERCA DE 3.000 PERSONAS fueron desterradas del país y enviadas á la Colonia del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Conneticut y Massachusetts. En la *confusión y precipitación de la partida*, precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea y confusión, que era mayor por la diversidad de idiomas, *muchas familias se separaron y algunas nunca volvieron á reunirse.*»

Hasta aquí el benigno historiador anglosajón. El lector—sea cual fuere su raza—dirá, si es honrado y si atesora nobles sentimientos, si puede creerse que no fue meditada ni intencional esa separación de familias de las que *algunas, no todas*, nunca llegaron á reunirse. Por lo que á mí respecta, hago mío el siguiente magnífico y honrado juicio del insigne Altamirano, que lo consignó en el prólogo de la hermosa versión castellana *Evangelina*, de Longfellow, versión que nuestra lite-

ratura debe al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús desde hace diez y seis años, como le debe desde hace dos la de las *Odas de Horacio*, que ha aumentado su justo renombre. «De tan dolorosa historia, dice, pues, Altamirano, y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aún hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.»

Mas no sólo hago mías las generosas palabras del egregio hijo de Tixtla, sino que llamo la atención del Sr. García sobre que las matanzas de Cholula y del Templo Mayor, sangrientas como fueron, parecen hasta cierto punto atenuadas, porque la felonía y el crimen fueron perpetrados en pleno estado de guerra, mientras que á los apacibles acadianos se les disgregó en días de paz, y, lo que es peor, la muerte sembrada por los conquistadores del siglo xvi es, á mi parecer, menos dolorosa que esa inhumana disgregación de familias. Porque con la muerte acaba todo tormento, y con la separación de los seres que se aman se condena á éstos al mayor y más duradero de los suplicios. La muerte no arredra sino en cuanto que significa la eterna separación de los que formaban parte de nuestro sér; no es el apego á la tierra de su cuna y á los objetos que en ella poseía el que hace amar la existencia y tortura al moribundo en la postrera hora, y por lo mismo no habrá habido uno entre cada millar de los acadianos diseminados aquí y allí por los ingleses, que no hubiese preferido ser asesinado y no condenado á llorar sin consuelo ni esperanza la inicua separación de los suyos. Llamen esto los precursores del moderno conquistador, sentimentalismos trasnochados y vanas retóricas de estultos platónicos; no importa: la conciencia humana colocará á cada uno en el lugar que le corresponde.

Los presidiarios condenados al último suplicio, los hombres de la peor ralea, aventureros, avaros y codiciosos que en el siglo xvi emigraron de España, según el Sr. García,

para venir á robar las fabulosas riquezas de los indios, nos parecen también menos codiciosos y menos avaros que los nobilísimos lores que á Irlanda y á la India han ido á saciar siglos después apetitos desordenados de la misma índole.

Conoce el Sr. García la historia de esos pueblos sacrificados á la voracidad inglesa, y no he menester recordarla con todos sus negros pormenores. Basta á mi propósito reproducir algunos pasajes que tomo del estudio de Lord Macauley sobre la vida de Lord Clive. La autoridad no parecerá sospechosa á nadie.

«La riqueza de Clive—dice Macauley—le permitía rivalizar con los grandes personajes de Inglaterra. Se sabe que antes de salir de la India remesó á su patria *más de ciento ochenta mil libras esterlinas* por conducto de la Compañía Holandesa, y *más de cuarenta mil* por la Inglesa, á parte de otras considerables sumas enviadas por casas particulares. Además, poseía joyas de gran precio, medio muy generalizado entonces de traer valores á Europa—á cuyo fin compró solamente en Madrás por valor de *veinticinco mil libras esterlinas*,—y en la India era dueño de propiedades cuyas rentas estimaba él mismo en *veintisiete mil libras*: de modo que sus ingresos anuales, según la opinión de Sir John Malcolm, pasaban de *cuarenta mil libras*; rentas en aquella época tan pingües y raras como lo son en la nuestra las de cien mil libras. Así que podemos afirmar, sin temor de incurrir en exageración, que ningún inglés que comenzara la vida sin bienes de fortuna, ha llegado como Clive á encontrarse á los treinta y tres años poseedor de tan inmensas riquezas.»

Como se acaba de ver, en brevísimo espacio de tiempo hizo colosal fortuna un empleado de la Compañía inglesa explotadora de la India, un empleado, que eso era no más Clive, no un conquistador que había expuesto su vida como Cortés, peleando día y noche con heroico brío. Pero es preciso ser justos y no apuntar nada más en la cuenta de aquél el feo vicio de obtener por cualquier medio, aunque no fuera honesto, la am-



bicionada riqueza. Si Clive todo lo atropelló por lograr ese fin, en cambio hizo el mejor uso de su hacienda, envió diez mil libras á sus hermanos, distribuyó otras diez mil entre parientes, pobres y amigos; por conducto de un agente dedicó ochocientas libras anuales á sus padres, exigiéndoles que tuvieran carruaje, y, por último, instituyó una pensión de quinientas libras en favor de su antiguo jefe Laurence, cuya fortuna era menos que mediana. ¿Cómo desconocer entonces que era caritativo con la caridad bien entendida, es decir, con la que comienza en casa? Fundar hospitales ú otros establecimientos benéficos en el mismo suelo en que recogió sus tesoros, le habría puesto al nivel de los seres inferiores que juzgan lavar ciertas manchas con buenas obras en provecho de míseros indígenas...

Abandonemos el siglo XVIII y presentemos casos ocurridos al mediar el XIX y en días más próximos, en los albores mismos del XX.

No hay que insistir en lo pasado en California y Tejas. Lo que más arriba estampamos, valiéndonos del testimonio del Dr. Quesada, es demasiado elocuente para que se necesite ampliarlo, y lo que pasa aún á los indígenas de las reservaciones americanas nadie lo ignora. Pero de lo que no puedo prescindir es de referirme á la guerra anglo-boer que hoy tiene en suspenso á todo el mundo civilizado; porque esa guerra, que demanda para ser narrada un nuevo léxico, toda vez que los que ahora poseen las naciones cultas no encierran vocablos que basten al historiador para condenar al moderno y potentísimo conquistador anglosajón, ni mucho menos para decir cuanto decir cabe en loor y gloria de la débil pero sobre-humanamente heroica y patriota nación por él invadida, para adueñarse de sus minas de oro y de diamantes; porque esa guerra, digo, por los caracteres que reviste y porque se desarrolla en nuestros días, es el testimonio irrecusable y único que necesito presentar en apoyo y comprobación de lo que antes he sentado como principio: que todas las conquistas son igual-

mente condenables; las antiguas, como las modernas; las determinadas por fanatismos religiosos, como las que lleva á cabo la sórdida ambición, por más que á las últimas se les encubra por hipocresía con el nombre de imperialismo y se pretenda justificarlas con argucias y sofismas sobre la necesidad de expansión de ciertas potencias, sobre los intereses comerciales, sobre la superioridad de una raza, sobre las demás, y por último, sobre el destino manifiesto del débil que está condenado por la naturaleza, llámese planta, animal, hombre, nación, á ser pasto del fuerte.

Pues bien, las conquistas españolas del siglo XVI no revisitaron ni con mucho, aun teniendo por historiador al Sr. D. Jenaro García, el carácter odioso, inicuo de las hazañas del imperialismo anglosajón en Sud Africa.

El mundo entero las conoce y las condena; solamente los Gobiernos que son reos de igual crimen por sus conquistas en otras regiones del globo, se cruzan de brazos y se hacen sordos al universal clamor; ninguno de ellos se atreve á poner el hasta aquí á aquellos atentados sin nombre; no quieren unirse para obtener ese resultado, ya que ninguno puede por sí solo encararse á Albión sin riesgo de verse envuelto en costosa y sangrienta guerra; recélanse unos de otros y... la más repugnante de las violaciones del derecho ajeno parece que llegará á verse consumada. ¡Y cómo!

No hablemos de las batallas libradas desde que comenzó la guerra; batallas en que los boers, si hemos de atenernos á los partes de los Generales ingleses, sucumben por centenares, en tanto que no mueren ni por decenas los anglosajones. Eso nos llevaría muy lejos, y, por lo tanto, fijémonos nada más que en el horrendo castigo que los invasores extranjeros infligen á los que defienden su hogar y sus granjas, su honra y la independencia de su patria. Fijémonos nada más que en los horrores de la concentración de los campesinos en los campamentos británicos.

Según los datos oficiales expuestos en la Cámara de los Co-

munes, el número de hombres, mujeres y niños reclusos en estos campos, alcanza las cifras siguientes:

En el Transvaal, 37.739; en el Orange, 24.800; en el Natal, 2.524, y en la Colonia del Cabo, 2.490. Esto hace un total de 67.553 concentrados, de los cuales 34.000 son niños.

Estas gentes vivían en los campos ó en pequeñas poblaciones y sus viviendas han sido arrasadas, sus ganados y efectos de todo género secuestrados. Reducidos así los habitantes á la más absoluta miseria, han sido recogidos poco á poco por las columnas inglesas, llevados como rebaños y reclusos en los campamentos habilitados para este fin.

Las siguientes cifras, publicadas por *The Times*, del 20 de Junio último, dan idea de las condiciones de habitabilidad que reúnen dichos campamentos:

«La mortalidad por cada 1.000 personas y por año en los campos de concentrados en el Orange, es la siguiente:

Campamento de Bloenfontein, 383; Springfontein, 178; Kimberley, 167; Vredefort Road, 162; Kroonstad, 159; Winburg, 103; Brandfort, 75; Norval's Port, 70; Bethulia, 50; Aliwal North, 35, y Helibron, 26.»

Resulta, pues, que la mortalidad media de todos los concentrados en Orange, es de 128 por 1.000, habiendo campamentos, como el de Bloenfontein, donde llega á la aterradora proporción de 383 por 1.000.

Y esto es en el Orange, donde los campamentos están mejor organizados. En los campamentos de concentrados del Transvaal la mortalidad en Mayo último ha sido de 39 en los hombres, 47 en las mujeres y 250 en los niños.

Para apreciar lo que significan estas cifras, baste decir que en los distritos rurales de Europa la mortalidad media, en épocas normales, es de 16 á 20 por 1.000.

Un periódico, el *Reynolds*, publica bajo el título de «Guerra á las mujeres y á los niños», una fotografía terrible, tomada por una dama inglesa en el campamento de Bloenfontein,

y transcribiendo además el siguiente párrafo de una carta de la misma dama inglesa:

«Esta es la niña Lizzie Zyl, de edad de ocho años. Sus piernas han quedado completamente deformadas. Es uno de nuestros pequeños esqueletos. Muchos de los niños están en el mismo estado de demacración. Creo que les dan alimento que no les conviene y que sufren horribilmente por efecto del calor. Las tiendas donde se albergan los niños ofrecen un espectáculo horripilante.»

Los periódicos extranjeros dan á conocer algunos terribles efectos de la concentración.

Doce mujeres y niños que murieron de hambre y miseria el mismo día, fueron enterrados en el Hipódromo de Johannerburg. De 325 personas, mujeres, niños y ancianos, reconcentrados en ese punto, fallecieron 80 en tres semanas, es decir, el 43 por 100.

En el mes de Mayo, según parte de lord Kitchener, fueron destruídas 7.000 toneladas de granos y forrajes, y capturados 1.400 bueyes, 7.100 carneros y 1.450 caballos, á fin de privar de alimentos á los campesinos.

Los destacamentos ingleses que conducen convoyes, á fin de que no los ataquen los *boers*, después de quemar muchas granjas obligan á las mujeres y á los niños á marchar con aquéllos, rodeando el convoy.

Podemos consignar noticias más recientes aún.

El Rev. Herman D. Van Brockhuisen, antiguo pastor de la iglesia holandesa reformada de Pretoria, describió en la noche del 30 de Julio la situación del Transvaal y del Orange en una conferencia que dió en la iglesia cristiana reformada, de la manera siguiente:

«La situación de los campamentos de concentración de boers en Sud-África es espantosa. Hombres, mujeres y niños están muriendo todos los días en tal cantidad, que en pocos años significaría el exterminio de la raza boer. El pueblo está amontonado en barrios insalubres, donde no puede obtener

suficiente alimento ni ropa con que cubrirse, y las enfermedades hacen terribles estragos en él.»

Mr. Herman fué á Estados Unidos con objeto de colectar fondos para aliviar los sufrimientos de sus compatriotas, encerrados en esos campamentos.

Mr. Brockhuisen visitó á Kruger unos cuantos días antes de partir para América, y al preguntarle qué mensaje le llevaba de su parte al pueblo americano, contestó Kruger: «Decidles que están ayudando á los ingleses en su obra de destrucción al facilitarles caballos, mulas y municiones de guerra.»

No se ha colmado con la concentración de que acabamos de hablar, la medida del odio anglosajón al pueblo que no ha querido prestarse dócilmente á satisfacer las exigencias de su rapacidad. Si para agotar la raza boer, después de incendiar granjas y de apoderarse de cuanto constituía el patrimonio de los aldeanos, mata á éstos de hambre y de sed, para ultrajar á los caudillos y mejores adalides de la santa causa, tiene la isla de Santa Elena, la isla en que encadenó á su mortal enemigo, al genio de la guerra, al que como conquistador segó más vidas, destruyó más propiedades, derramó más sangre é hizo verter á la humanidad tantas lágrimas como olas tienen los mares. En Santa Elena, allí en donde Napoleón I debió—si es que existe eso que llaman conciencia—verse rodeado en sus noches insomnes, de los pavorosos espectros de las víctimas por él sacrificadas, allí mismo purgan su delito los jefes y los soldados hechos prisioneros cuando luchaban como todos los de su raza saben hacerlo, por defender la independencia de su patria y á quienes el destino negó la ambicionada gloria de morir por ella en medio del fragor de la pelea.

Del humanitarismo anglosajón da idea el siguiente relato de Mrs. Habhouse, relato más elocuente que las cifras que acabamos de apuntar:

«Hasta el día 20 de Julio último había en la isla de Santa Elena *cuatro mil setecientos prisioneros boers* gozando los beneficios de la generosidad inglesa.

»He visto una mujer semiasfixiada por el calor y presa de los dolores de parto. Afortunadamente, algo me fue dable hacer en su favor, pues en mi equipaje tenía una camisa de dormir y dos trajecillos de niño.

»En la tienda contigua, otro niño de seis meses exhalaba su último suspiro sobre las rodillas de su madre. El médico le había propinado una medicina por la mañana, y la criatura nada volvió á tomar en todo el día. En la misma tienda había dos ó tres niños abatidos y enfermos.

»En otro departamento, un niño convaleciente de la escarlatina y arrojado del Hospital antes de que pudiera tenerse en pie, yacía sobre el suelo, lívido como un cadáver. ¡Otros tres niños en igual estado yacían á su lado!

»En una tienda inmediata agonizaba en una camilla una joven de veintiún años. El padre, un boer de elevada estatura, estaba arrodillado al lado de la enferma, en tanto que en la tienda contigua la madre velaba á un niño de siete años, igualmente moribundo, y á otro de cinco años, cuya vida se extinguía asimismo por momentos.

»El desdichado matrimonio en cuestión había perdido ya tres hijos, fallecidos en el Hospital, y no quería que á los tres supervivientes los llevaran á aquél á pesar de sus súplicas para que extrajeran á los enfermos de aquellas tiendas calcinadas por el sol.

—»Queremos cuidarlos nosotros mismos—repetía constantemente el padre.

»Envié á buscar *brandy* y vertí algunas gotas en los labios de la joven, sin resultado alguno, como ocurre en la mayoría de los casos, en los que lo único que cabe hacer es cruzarse de brazos.

»En esto se me aproximó un hombre, que me dijo:

—»Hermana, tenga usted la bondad de venir á ver á mi hijo, que está enfermo desde hace tres meses.

»Accedí á la súplica y ví al niño, que era un angelito de cuatro años, de cuya fisonomía no quedaban más que los ojos

grandes, negros y rasgados, y los dientes, que la delgadez extrema de los labios no alcanzaba á cubrir: el cuerpecito era un esqueleto.»

Descubrémonos ante la majestad del gran pueblo de Kruger, Dewit y Botha, y pasemos adelante para examinar desde otros puntos de vista la obra del Sr. García.

Dice de ella el Sr. González Obregón, que fue escrita sin prejuicios ni apasionamientos. Yo creo precisamente lo contrario, en vista de que el autor da entera fe y crédito á los historiadores primitivos en cuanto atestan en contra de Cortés y de los suyos, y calla en cambio todo lo que esos mismos historiadores dicen, y no es poco, en verdad, en loor de aquéllos, atribuyéndoles hazañas prodigiosas. ¿Solamente en el primer caso dijeron verdad? No, sino que lo único que el Sr. García anhelaba hacer convergir en haces luminosos sobre el cuadro que se había propuesto ejecutar, eso fue lo único para él aprovechable y lo aprovechó, en efecto; por donde vino á renunciar al título que pretendía de historiador verídico y justiciero, como presumo haberlo demostrado. Su espíritu juvenil le ha impedido hablar de los hombres del pasado como habló Plutarco, á quien nadie ha igualado todavía y es de creer que jamás le igualará, porque, como dijo Quintana, su obra manifiesta ser la de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice *de buena fe* lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes.

Su irreductible exclusivismo ha llevado al Sr. García á ser trasunto fiel de Alamán y Bustamante, los historiadores antípodas, en cuanto al fin que persiguieron en sus obras, pero gemelos en razón á sus procedimientos. Alamán, aunque revela en su historia altísimas dotes literarias, no logró escribir otra cosa más que un libelo infamatorio de los padres de la Independencia; Bustamante, en contraposición de aquél, relató

hasta absurdas consejas en loor de los que nos dieron patria. Por eso, para desentrañar la verdad tuvo D. Julio Zárate que depurar las aseveraciones de Alamán y de Bustamante.

Paréceme el Sr. García, cuando leo el *Carácter de la Conquista Española en América*, un arqueólogo que se hubiera propuesto probar que los antiguos indígenas carecieron del sentimiento estético, y para probarlo copiara en el Museo Nacional nada más que las informes esculturas de sus abominables ídolos; pues si tal arqueólogo ó crítico se hubiese detenido á estudiar el grandioso monumento de Cuauhtemoc, erigido en el Paseo de la Reforma, habría reconocido la falsedad de su tesis, al ver cómo un arquitecto moderno, el malogrado Jiménez, había inmortalizado su nombre con sólo aprovechar, en artística y bien presentada combinación, los delicados lineamientos de las varias arquitecturas indígenas. El Sr. Jiménez tomó de las paredes que aún existen en Tula, las bellas y extrañas columnas de los toltecas, y para su cornisamiento y ornamentación buscó modelos en los palacios mayas de Uxmal y del Palenque.

Necesitó formar y decorar un pedestal y se valió de los ornatos de una columna tolteca que por su forma pura y esbelta pudiera confundirse con las delicadas grecas del arte clásico; los colgantes del capitel del pedestal en que descansa la hermosa joya de la moderna escultura mejicana—el Cuauhtemoc de Noreña—acusan en su forma nudos de víboras; embellece la faja superior del zócalo, ornamentación sacada de las ruinas de Mitla.

No es ocioso este recuerdo. El, mejor que cualquiera otro argumento, prueba que la obra de arte digna de este nombre no realiza sus fines si no condensa y resume en armonioso conjunto lo bello y lo grande, sea cual fuere su procedencia ú origen.

Obra de arte es la historia, y el que la escribe olvidándolo, llegará á merecer la aprobación de sus correligionarios y contribuirá á la propaganda de una idea determinada, mas no pasará á la posteridad.



Dados el preconcebido propósito del Sr. García y los elementos de que se sirvió para realizarlo, natural era que el carácter de la conquista española en América resultase, como resultó, falseado en la obra que estudio: pues así como el viajero que desea abarcar en sólo una mirada la grandeza y magnificencia de la antigua *Señora del mundo*, abandona las tortuosas calles de la vieja Roma y asciende al Testacio ó al Pincio para ver á sus pies á la ciudad de los Césares con sus ruinas majestuosas y sus soberbios palacios, así el que pretende evocar épocas pretéritas y caracterizarlas, debe también elevarse á superiores regiones; que una vez colocado allá podrá contemplar grandezas y miserias, admirarse de aquéllas, dolerse de las otras, y todo esto sin temor de mancharse con las impurezas del bajo suelo: el odio y la injusticia de él inseparables.

No, no es el carácter de la conquista española tal cual nos lo presenta el Sr. García. Estudiándolo con serenidad de ánimo, con austera rectitud, lo vemos revestir distinto aspecto. La conquista tiene más alta significación que la que le atribuye su encarnizado detractor. Pocas páginas necesitamos llenar para demostrarlo después de las que hasta aquí hemos presentado á la consideración del autor que refutamos y á la de los lectores imparciales. Veámoslo si no.

Suele el caudaloso Nilo precipitar el torrente de sus aguas sobre regiones pobladas de humanos seres que tienen allí su hogar y sus heredades. La terrible inundación arrastra y ahoga á no pocos de aquéllos, tala y destruye éstos; desolación y ruina van sembrando donde quiera las corrientes enfurecidas; diríase que las campiñas fueron condenadas á desaparecer para siempre; que, perdidos los sembrados, los seres supervivientes acabarían por comer el pan amargo del emigrante, si, fríos, estóicos, no se dejaban morir de inanición. Pero no: el Supremo Sér que por designio arcano abriera las cataratas del prepotente río, vuelve á cerrarlas, hace que se estanquen las turbulentas aguas, que á los rayos de un sol de fuego se

evaporen, y entonces, cuando el desastre ha pasado, se ve la tierra enriquecida por fecundante limo y de ella brotan con lujuriosa feracidad los cereales que alimentan al hombre y las gramíneas con que se nutren los animales que pone á su servicio.

Nilo desbordado por la Providencia, no por la mano del hombre, fue la Conquista. La inundación fue terrible; ya lo hemos visto en las páginas anteriores, y no hay que insistir en ello; mas una vez que hubo pasado y merced á aquel siniestro, alzóse en la tierra mejicana que había sido fecundada por una civilización superior á la indígena, el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad, y los frutos de ese árbol no son los que en su apasionamiento señala el Sr. García; de sobra los conoce, pues su instrucción histórica y filosófica no es superficial, y son vastos sus conocimientos en ciencias positivas, particularmente en sociología; pero como de ajustar á los métodos de historiadores filósofos y de sociólogos la exposición y las conclusiones de la tesis que se propuso sustentar, se desprendería por modo natural y sencillo el error no inconsciente sino intencionado que la informa, renunció elevarse á superiores esferas y prefirió aparecer como simple compilador de cuanto en mengua y descrédito de los conquistadores de América se ha escrito, para fundar en todos esos datos enseñanzas odiosas (permítame que así las califique).

Porque no hay que dudarlo: nadie emprende con la fruición y la constancia del Sr. García una tarea que roba el tiempo al ejercicio de una profesión lucrativa, por el solo deseo de hacer desfilan ante nuestros ojos asombrados la siniestra procesión de los españoles del siglo xvi, á quienes el Sr. González Obregón llama *de la peor ralea, presidiarios condenados al último suplicio y clérigos avaros, codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres*, haciendo, en lo que se refiere á estos últimos, una terrible confusión, y llegando por ella hasta á calumniar á los primeros apóstoles del cristianismo en América, para cuya alabanza resulta pobre el len-

guaje humano. Los religiosos y clérigos malos aparecieron cuando ya la conquista estaba consumada, y es imperdonable el mezclar con la historia de esa conquista la de la dominación colonial.

Abandonemos estas generalidades y entremos de lleno en la refutación de la última parte de la obra del Sr. García, parte destinada á exponer los resultados de la conquista española.

Sorprende y maravilla que, después de levantar en 368 páginas andamiaje fortísimo para la construcción de gigantesco monumento destinado á perpetuar el odio á la raza conquistadora, el monumento hubiese resultado mezquino y deleznable.

No llegan á treinta las páginas consagradas á la exposición de los resultados de la conquista, y en ellas su autor no señala en puridad sino dos: la despoblación general (*sic*) de América, y la degeneración de la raza indígena; lo cual revela que, ó el Sr. García se encontró ya fatigado por la peregrinación larguísima que emprendiera, ó que sus amados escritores primitivos no le suministraron las noticias que había menester para fundar de una manera amplia y sólida sus flamantes conclusiones.

Por donde vino á suceder que la parte última y capital del libro es la más endeble, puesto que ni con la abrumadora elocuencia de las cifras, ni con el peso de las autoridades en materia histórica, ni con las lucubraciones de la ciencia moderna, procuró dejar demostradas la despoblación general de América y la degeneración de los indígenas.

Cuanto á lo primero, ya con la transcripción de ciertos pasajes del folleto del Dr. Quesada, quedó sentado que es indiscutible que la conquista española no exterminó á los indios, como la conquista inglesa los destruyó en otras regiones de este Continente, de que no hace mención el Sr. García. No hay, pues, que insistir en ello.

Respecto á lo segundo, es decir, á la degeneración de la

raza indígena, también el pensador argentino ha dejado establecido que el hecho histórico es «que en la conquista española las razas conquistadas fueran asimiladas en la posible proporción á la raza conquistadora», y que para demostrar las condiciones intelectuales y viriles de algunas personalidades indias modernas, bastaba un solo nombre: *Benito Juárez*.

Cierto que para demostrar sin resquicio de duda esa degeneración habría necesitado el Sr. García poner á su servicio, y esto le hubiera llevado muy lejos, la paleontología; porque sin estudiar la étnica de esas razas antes y después de la conquista, no se puede comprobar científicamente su degeneración.

La guerra emancipadora, por su carácter ya suficientemente estudiado, prueba sin esfuerzo que la asimilación de que tantas veces hemos hablado en estas páginas no es una vana teoría, sino una realidad tangible. No fue una reconquista iniciada y llevada á término por los indígenas, para reivindicar sus hollados derechos y resumir el poder; valga decir, la dirección de sus destinos. Coadyuvaron los indígenas al triunfo de la nueva raza; á la creación de una nueva nacionalidad, ó si place más al Sr. García, á una evolución de la cual se deriva el movimiento ascensional de esta patria que nos es tan cara y de cuyos progresos materiales é intelectuales nos ufanamos en el actual momento histórico.

Nada de eso reconoce, ó por lo menos no quiere confesarlo, el Sr. García. Ofuscado por un sentimentalismo generoso tal vez, pero que no deja lugar á la reflexión, no se resigna á ver una serie de fenómenos naturales en cuanto ha ocurrido desde 1521 hasta 1900 en las naciones que todos llaman hispanoamericanas. De ahí lo erróneo de sus conclusiones.

Las que con sereno espíritu obtienen otros pensadores; las consecuencias positivas de la conquista son otras, y en verdad que su estudio solicita á los que, como el Sr. García, están suficientemente preparados para emprenderlo.

Prescindiendo — porque parece ocioso hacer en este lugar un nuevo inventario de los progresos de toda especie de que

la conquista fue importadora,—prescindiendo de todo lo que sea anterior á 1821, veamos, siquiera sea rápidamente, cuáles han sido las benéficas consecuencias de la fusión de las razas.

No somos ni *indígenas* ni *españoles*; tampoco *criollos*, como se llamara á los descendientes directos de ambas razas progeneratoras; ni *mestizos*, que otros dijeran de los hijos de español é india; no, no somos hoy nada de eso. Por normal evolución, lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones, somos *mejicanos*; ó para expresarlo con mayor amplitud: constituímos una nueva raza. Y la mejor prueba de ello es que el Sr. García, sin temor de que se estremezcan en la tumba antepasados suyos, infama á la raza española en libro escrito en español, porque éste fue el idioma que adoptó ó que se asimiló la raza mejicana, sin menosprecio de las lenguas y dialectos indígenas que los misioneros del siglo xvi procuraron aprender para predicar el cristianismo. Tampoco empleó el Sr. García un idioma extranjero—el inglés, por ejemplo,—porque su libro no habría contado con numerosos lectores entre los mejicanos, á quienes trata de imbuir sus ideas. En nahuatl, otomí, tarasco, etc. etc., todavía más contados habrían sido sus lectores, si es que algunos indígenas de los pocos que saben leer adquieren el libro. La nueva raza creyó y sigue creyendo, á mi entender con razón, que la unidad de idioma entra por mucho en solidaridad de los organismos sociales, porque como alguien lo ha dicho ya, el idioma es el elemento por excelencia unificador de las razas, superior por lo cohesivo á las tradiciones fisiológicas imposibles de restablecer con los vestigios desvanecidos de generación en generación, por el cruzamiento constante entre las variedades de la especie humana.

Dicho esto, que parece una digresión inútil, pero que no lo es, por cuanto que no nos aparta del asunto que tratamos, creo que no holgarán aquí algunas rápidas consideraciones acerca de la nueva raza y de su obra.

La raza mejicana al venir al mundo no llegó revelando un salto atrás mortificante, ni adoleciendo de incurable cretinismo. Bien por el contrario, y sin caer yo—como á las veces sucede á los que se ocupan en asuntos nacionales,—sin caer, digo, en ridículo *chauvinismo*, procuraré dejar establecido que por sus cualidades morales, los mejicanos son dignos del respeto de las demás razas civilizadas esparcidas en el mundo, así como que su mejor título para merecer ese respeto es su obra, cumplida en solos noventa años (1810-1900).

Esa obra puede resumirse así: la INDEPENDENCIA, la REFORMA, la RESTAURACIÓN DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS y el ESTADO ACTUAL DE LA SOCIABILIDAD MEJICANA, cuatro magnas empresas que no habrían podido realizarse á no poseer la raza que las inició y llevó á término, eximias dotes morales. Escrita como está por diestras plumas y publicada ya la Historia que abraza los períodos en que tales empresas cambiaron el modo de ser de la colonia que llevara el nombre de Nueva-España, y estando como está en vía de publicación la espléndida síntesis intitulada *Méjico, su evolución social en el siglo XIX*, no he menester para hacer justicia á la raza mejicana, convertir en libro extenso la presente disertación. Vuelvo, por lo mismo, al examen de la obra del Sr. García.

No la informa, seguramente, la ya abandonada teoría de la ejemplaridad de la historia, porque el autor sabe muy bien que esa ejemplaridad—como lo enseña un sabio profesor europeo contemporáneo—sólo la recoge en parte una minoría de espíritus elevados y cultos; que la masa no saca del conocimiento histórico más que una idea general que traduce en seguida en sentimientos de diversas especies, entre otros el de reivindicaciones políticas; que la historia no sirve, no, de ejemplaridad y escarmiento ni para los individuos en general, ni para las naciones. Pero como entre los sentimientos que la historia despierta en las masas figuran el odio á determinada raza, y la fe en la superioridad ó inferioridad de otras, podría muy bien suceder—lícito nos parece suponerlo—que

el Sr. García se encuentra afiliado á la secta novísima cuyo credo es la superioridad de la raza anglosajona, y que por eso pone todos sus conatos en revivir añejos rencores contra la raza española, á fin de que sin expresar él sus anhelos sea reconocida la superioridad del jurado enemigo de esa raza: del anglosajón.

Si ese es el pensamiento que germina oculto en las páginas del *Carácter de la Conquista española en América*, leal y francamente debo decir al Sr. García que por frenética que sea su aversión á España, no debió él olvidar que precisamente porque se nos cree á los mejicanos descendientes directos y unidos todavía á España con vínculos poderosos, por eso, á pesar de las relaciones comerciales cada día mayores entre Norte-América y Méjico, sin rebozo se proclama en la nación vecina nuestra inferioridad y nuestro destino manifiesto de ser absorbidos por ellos. Y no es sólo la *Prensa amarilla* la que habla despectivamente de nuestra patria para preparar la expansión de las posesiones norteamericanas. Mr. Edward S. Meade, Doctor en Leyes y Profesor en la Universidad de Pennsylvania, pronunció recientemente un discurso en que presentó á Mr. Mac-Kinley como el Napoleón de la política moderna, y dijo entre otras cosas las siguientes:

«Los Estados Unidos, tarde ó temprano, tienen que apoderarse de todos los países latinoamericanos, inclusive Méjico, para establecer por este medio un nuevo campo para el desarrollo de las industrias y del ingenio americanos... Los países latinoamericanos son la salida natural para el comercio americano, siempre creciente. Si los Estados Unidos no se apoderaran de estos países, los financieros de América formarán sindicatos para comprarlos, venderlos y repartirlos por acciones. Comprendo que la absorción de estos países puede violar algunas de nuestras ideas y echar por tierra antiguos precedentes; pero nuestro comercio exige que se dé este paso, y mientras más pronto mejor. El texto del acta de independencia no debe ser obstáculo para dar este paso, pues ese docu-

mento es enteramente una composición literaria compuesta en una época muy distante de la nuestra.

»Estamos obligados á interpretar el futuro en el idioma del pasado. La corriente de los sucesos se mueve con más rapidez que la educación del pueblo y no nos podemos detener á dar explicaciones. Debemos obrar conforme á nuestras necesidades comerciales y hacer entender á los habitantes de estos países latinoamericanos que obramos de buena fe y por su bien.

»Si *fuere* necesario por la fuerza—exclamó el profesor Meade,—por la fuerza será; y no contento aún con haber hecho tan rotundas declaraciones, agregó que «eso de los derechos morales y políticos está muy bien cuando no entorpecen ó retardan el progreso comercial de una gran nación. Si lo que alguien gusta llamar derechos morales y políticos de un pueblo cualquiera perjudica al progreso del mundo, á la marcha de millones, entonces ya sostengo que no hay injusticia en establecer en ellos, por la fuerza, un Gobierno que induzca á los jefes de nuestra industria á establecer sus millones detrás y alrededor de nuestro pabellón, en donde quiera que nuestros soldados hubiesen tenido el valor de plantarlo.»

La famosa doctrina de *América para los americanos del Norte*, es profesada por millones de ciudadanos en la gran República y proclamada en centenares de publicaciones de allí mismo.

No cabe en este lugar la refutación de las cínicas afirmaciones del Doctor en leyes y Profesor en la Universidad de Pensylvania y de la doctrina de Monroe amplificada é interpretada en el Norte para su propio beneficio; ni llamaré tampoco la atención que no tome á mi cargo tal empresa, cuando publicaciones mejicanas que poseen cuantiosos recursos, que tienen numerosos lectores, y sobre todo que parecían fundadas para ilustrar al pueblo y para robustecer su patriotismo, por otros senderos caminan.

Con profundo desagrado he transcrito esas jactanciosas fra-



ses para que el Sr. García vea cómo la raza que se cree superior á la nuestra, la desprecia en pago del reconocimiento de su supremacía hecho aquí bien á las claras, con frecuencia entristecedora para los que tienen fe en los destinos de la patria mejicana.

Como de la mano me conduce lo anterior á dar á conocer aquí, no mis personales ideas respecto á la supremacía de la raza anglosajona, sino las del publicista argentino varias veces citado, al que no podrá atribuirse patriotismo, toda vez que á su patria no se le ha sentenciado por su situación geográfica á ser víctima inmediata de las conquistas de la raza anglosajona.

Larga va á ser la transcripción de los conceptos del doctor Quesada, pero habrán de agradecermela cuantos se interesan en la reivindicación de la verdad, en honra de nuestra raza.

«Las tierras de las comarcas del Nuevo Mundo, al Sud, al Centro y al Norte, dice, garantizan su futuro engrandecimiento; fáltales, empero, la población necesaria, como les faltó á los trece Estados de origen inglés que formaron los Estados Unidos, cuya población asciende hoy á más de sesenta millones. Tal hecho se explica sin esfuerzo, por la inmigración europea, la cual desenvolvió fuerza y vigor en aquellos territorios en proporción al medioambiente donde se trasplantó.

»La corriente inmigratoria europea obedece á una ley histórica; lleno el Norte de la América, se esparcirá por el Sud y por el Centro, y pobladas aquellas tierras, hoy relativamente desiertas, es evidente que la riqueza, madre del orden, resolverá todos los otros problemas secundarios. Y en la América Central, y en el Sud, y en Méjico, se reproducirá la misma natural evolución realizada en los Estados Unidos, porque todo depende de poblar los desiertos.

»Exponer estas ideas ha bastado para que la rutina y la ignorancia las tachen de falsas, sin tomarse el trabajo de ana-

lizar antes los hechos y las circunstancias. Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte América y el comparativamente lento y trabajoso desarrollo de las naciones hispanas, tiene por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña. Para demostrar esta tesis, se ha debido probar la identidad de las circunstancias, á fin de autorizar el juicio sobre el origen de resultados tan diversos, porque de otra manera no hay término de comparación.

»Pienso que un breve análisis de los hechos demostrará el error de esta tesis, generalizada y aceptada sin examen, como lo ha sido la historia convencional americana.

»Los trece Estados que constituyeron la nación que se hizo independiente del dominio de la Gran Bretaña, tenían á la sazón tres millones de habitantes. Posteriormente se fueron anexionando países colonizados por franceses y españoles, como la Florida, Nueva Orleans y los extensos territorios que conquistaron á Méjico, ó que adquirieron por cesión, que hizo aquella nación vencida. En estos extensísimos territorios, que forman actualmente numerosos Estados de la Unión, ricos, poblados y prósperos, no ha influído ni pudo influir las instituciones coloniales inglesas ni la raza sajona. El hecho es de tal evidencia, que no necesita demostración; colonias francesas y españolas, como fueron, han hecho el mismo camino que las inglesas, con las cuales constituyen la gran nación.

»De manera, que en el asombroso progreso de los Estados Unidos del Norte, la influencia de la raza y de las instituciones coloniales, no ha sido el único factor, ni la causa exclusiva y generatriz de crecimiento tan admirable, puesto que, al celebrar el centenario de su emancipación política, tenían más de sesenta millones de habitantes.

»¿Qué circunstancias han influído entonces para producir tan extraordinario resultado?

»Un brevísimo examen facilitará la explicación de lo sucedido.

»Los Estados Unidos, los trece Estados de origen inglés, fueron los primeros que en el Nuevo Mundo asumieron el rango de nación soberana é independiente; y natural y lógicamente, los primeros que atraieron la atención de las masas europeas predispuestas á emigrar para mejorar de condición. Establecida espontáneamente la corriente inmigratoria, en época en la que aquel país era el único territorio colonizable, puesto que el resto de la América estaba bajo la dominación española y el Brasil bajo la portuguesa, claro es que fue hacia la nueva nación donde afluyó más ó menos poderosa la corriente inmigratoria, estimulada por la baratura del transporte á causa de la relativa proximidad de la Europa y del clima hospitalario para las razas europeas.

»Tan evidente juzgo esto, que el Canadá y la Guayana, colonias inglesas en América, están muy distantes de seguir el rápido y pasmoso progreso de los Estados Unidos.

»Cuando la América española se hizo independiente y se formaron las nuevas naciones, abrieron sus territorios á todos los que quisieron poblarse en ellos; pero encontraron ya establecida la corriente inmigratoria hacia los Estados Unidos, con resultados tan prósperos, que la competencia se hizo difícil, no sólo por esta circunstancia, sino porque el transporte fue más caro á causa de las distancias, y en general el colono no es rico y busca gastar lo menos posible en su viaje.

»Además, es de evidencia que la zona tórrida no es clima propicio para la inmigración, mientras no se desagüen y canalicen territorios que cubren las lluvias torrenciales y no se rocen bosques seculares inhabitables para el hombre por las emanaciones palúdicas de los pantanos y de la putrefacción vegetal. Se necesita que millones de seres humanos se sacrifiquen para hacer posible que otros seres vayan á vivir allí sin peligro de sus vidas.

»Así, pues, todas las naciones americanas situadas en la zona tórrida, no pueden competir con la América del Norte como países colonizables, y les falta, y faltará por ello, el

factor omnipotente del trabajo humano para enriquecerse y prosperar.

»En cuanto á las naciones hispanoamericanas situadas en la zona templada y en la fría, la distancia á que se hallan de la Europa, único continente que tiene el elemento colono, el único productor de este elemento y por ello de limitada producción, porque el desenvolvimiento de la raza humana obedece á ciertas leyes; esas naciones americanas, digo, no han podido atraer con eficacia la inmigración, precisamente porque la carestía del transporte la hace más difícil, y cuando los Gobiernos han querido estimularla por medios artificiales y enormes sacrificios pecuniarios, ha resultado una perturbación rentística y económica, aunque transitoria como en la República Argentina.

»No puede negarse que la posición geográfica ha sido y es una circunstancia favorabilísima para el progreso de los Estados Unidos; progreso cuyo factor principal es la inmigración europea, puesto que, sin población, ó con territorios poco poblados, no se puede alcanzar el rango de gran nación. Ni la raza inglesa ni las instituciones coloniales inglesas han sido los únicos factores favorables para producir aquel fenómeno que asombra, y sin embargo, que es perfectamente natural y lógico. Comenzó aquella nación su vida independiente con tres millones de habitantes, y hoy cuenta con más de sesenta, cifra á que no pudiera alcanzar evidentemente sin la inmigración europea, sin la cual tampoco podría cultivar sus tierras ni producir los extraordinarios resultados agrícolas y ganaderos que alimentan su comercio. No hay riqueza sin población, y los pueblos que tienen el capital tierra y les falta el capital brazos, tienen que vivir, durante un período más ó menos largo, en situación de modestas naciones, pero con seguro porvenir una vez poblados. De manera que la solución del problema económico-social hispanoamericano depende de la inmigración europea; nótese bien que no comprendo como factor del progreso la colonización del Asia ni del Africa.

»No son, ni la raza ni las instituciones coloniales españolas, las que impiden que aquellas naciones hayan crecido al nivel de los Estados Unidos, sino la falta de población, y esta falta sólo tiene remedio por la inmigración, y ésta, por las breves razones que dejo expuestas, no ha podido seguir el mismo movimiento que la llevó á la América del Norte, por causas naturales é inevitables, porque tampoco puede pretenderse despoblar el continente europeo para poblar el americano.

»Hecha esta digresión, para prevenir en parte las preocupaciones fomentadas por la ignorancia de los que creen como verdad inconcusa que el progreso del continente americano tiene diferencias marcadas y distintivas por los idiomas europeos que en él se hablan, que representan falsamente, á mi juicio, superioridades de raza y atavismos heredados, continuaré exponiendo el plan general que me he trazado para estudiar la sociedad americana bajo la dominación española.»

De las profundas verdades que el Dr. Quesada asienta en las páginas transcritas, puede, sin esfuerzo ni violencia, deducirse que no existe la deprimente inferioridad que nos atribuye el Sr. García, y digo que nos la atribuye, porque si, como queda demostrado, somos el producto de la fusión de dos razas, y para el Sr. García una de ellas es de asesinos y ladrones, y la otra de indígenas degenerados por la conquista, lógico sería concluir que de monstruos y cretinos no ha de haberse obtenido sino una raza cuya total extinción será la más justa y la más meritoria conquista de los anglosajones. Y ¿á quién sino á éstos aprovechan tales enseñanzas? Ciertamente que no á nosotros, á pesar de ser mejicano quien á su propaganda dedica todo un libro.

Si el Sr. García no fuera tan joven, habría ya tenido oportunidad de comprobar la siguiente vulgar observación. Cuando en el seno de una familia acontece que, por cualquiera

causa, á uno de sus miembros se le declara destituido de todas y cada una de las excelentes cualidades que se reconocen y admiran en los de los vecinos ó amigos de la casa, y á diario se le repite, la víctima de tan despectiva creencia. acaba las más de las veces por aceptarla como verdad inconcusa, en vez de procurar desvanecerla con hechos reveladores de su dignidad y de su inteligencia, y hasta llega á encontrar su mejor justificación en decir que la fatalidad fue la que le condenó á ser irremisiblemente lo que se le dice que es, y eso nada más.

Por el contrario, cuando en otro hogar no se omite empeño ni sacrificio por crear en unos y robustecer en otros de sus miembros la idea de que están llamados á ilustrar su nombre y á honrar el de sus padres y el de su patria, generosos y nobilísimos anhelos les conducen á realizar las esperanzas que en ellos se fundaran.

La patria es el hogar de la raza; no es preciso decir más á este respecto, á escritor tan ilustrado como el autor del *Carácter de la Conquista Española en América*.

En las cinco últimas páginas de la obra expone el autor sus dos magnas conclusiones: la de que la conquista causó la despoblación general de América y la de que á esa misma conquista obedece la degeneración de los naturales ó indígenas. Parece que al llegar á esta parte capital de su obra los autores primitivos no le proporcionaron abundantes noticias dignas de fe, pues con relación á la primera de esas conclusiones, solamente dice lo siguiente: «Podríamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma, que tenía 30.000 habitantes y después sólo contaba 500. Anzerma, que de 40.000 no conservó sino 800; la villa de Tinana, que de 20.000 decreció hasta 700; Oztozolotepic, Pacaibanca, etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.»

Obsérvese que el Sr. García no sólo no cuidó de comprobar suficientemente esa primera conclusión, como debía haberlo hecho, toda vez que de ella, como de la segunda, debía derivarse una de las enseñanzas mayores de su obra, sino que no tuvo á bien ó no juzgó necesario demostrar que, entre las tierras conquistadas, fue la tierra mejicana una de las que más sufrieron.

Por último, el Sr. García consagra á la demostración de la degeneración de los naturales de América 32 líneas, en las que dice que pasa á *indicar de una manera sintética cuál fue la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio*. Tan sintética es, con efecto, esa indicación, que más no puede serlo, á pesar de que el autor cree haber con laconismo, que podríamos llamar telegráfico, expuesto todas las causas «que hicieron (sic) *que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cualidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX*».

Al llehar ahí sintió algo así como un remordimiento, como un impulso de piedad hacia los degenerados indígenas y les dedicó — siempre dentro de las 32 líneas susodichas — el siguiente párrafo consolador con que se cierra la obra: «Empero esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral*, facultades que aunque profundamente adormecidas no han podido morir, y antes bien, son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: Méjico debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y ser á su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero D. Benito Juárez, que con inteligencia superior y energía nunca quebrantada extirpó de nuestro suelo el oscurantismo pernicioso,

hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Con brevedad refutaré las dos conclusiones del Sr. García.

Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13.545.462 habitantes que según el último censo tiene la República Mejicana, seis millones cuando menos son indígenas.

No es, pues, exacto que la conquista haya despoblado América. Poblaciones totalmente aniquiladas, razas desaparecidas, solamente se pueden citar en el Nuevo Mundo al hacer la historia de las conquistas anglosajonas.

Rubor nos causa el tener que referirnos á la degeneración de la raza indígena, compelidos por la obligación que nos impusimos de refutar en todas sus partes la obra del Sr. García.

No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la conquista y que durante el coloniaje acreció. Igual fenómeno se ha observado en todos los pueblos que han sido víctimas de invasiones y dominaciones debidas á hombres que se creían superiores á los que ellos vencieran, y no es esto en verdad lo que me causa rubor tratar, sino la declaración leal que debo hacer de que más culpable es la raza mejicana, es decir, la en que se reclutan las llamadas *clases dirigentes*, del pecado que el Sr. García tácitamente confiesa al decir que los indígenas recobrarán sus antiguas facultades *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral.*

Sí, dice bien el Sr. García, *luego que empiecen*; pero ¡ah! no habría yo—puesto en el lugar del autor del *Carácter de la Conquista española en América*—usado esa locución que tan amargo reproche envuelve para Méjico independiente. Ochenta años de vida libre y autónoma, de mucho habrían servido para cambiar con ventaja la condición de los indígenas de manera que nadie pudiera decir en el último día del siglo XIX



que no empezaba á sentirse aún la mágica influencia de una educación física, moral é intelectual.

Independientes de España los mejicanos no restablecieron á los indios en las heredades de sus mayores, porque no fue ese el objeto de la independencia; no se les permitió volver á su antiguo culto, porque habría sido un retroceso. Muy bien; pero la servidumbre siguió siendo la misma en los campos, en las minas, en las ciudades como en las aldeas; la explotación de los indios por los curas aumentó, si cabe, y persisten hoy todavía las supersticiones más groseras; en la prolongada serie de revueltas anteriores á 1876, el indio sirvió de *carne de cañón*; los jornales que hoy se le pagan no superan si no es en muy contadas regiones del país, á los jornales que recibieran sus antepasados durante la dominación española, y por tal motivo anda hoy todavía, no mal vestido, sino casi desnudo, y se alimenta miserablemente. Nos hemos limitado á consignar en nuestro Código fundamental la igualdad ante la ley, dogma sagrado y puro de las modernas democracias, pero del cual se ha hecho y se hace por donde quiera sangrienta irrisión. ¡Hay clases privilegiadas todavía! Y lo que es peor, esas clases que, juntas, no constituyen sino una minoría, ¡cuántas veces, á partir de 1821, se han arrogado el poder, han olvidado sus halagadoras promesas y no han procurado modificar siquiera la condición de los indios, ya que su completa regeneración exige mayor lapso de tiempo! Con pocas excepciones, esa minoría ha buscado el medro personal, la ascensión gloriosa á las regiones suspiradas del mando, todo menos el honrosísimo título de redentora del indio. En esas excepciones, la primera y principal y la que merece por eso que en su honor se alce el himno de la gratitud, fuélo aquella minoría á la que sus enemigos llamaron opresiva: la de los hombres de la Reforma. Esa minoría, sí, cumplió sus promesas; cuando fue poder dictó leyes sabias que beneficiaron por igual á blancos y á cobrizos; pasaron por sus manos inmensos tesoros y sus manos nunca se mancharon con el robo; peligró la independencia, y por sal-

varla tuvo que resignarse á dejar su obra de regeneración social inconclusa, pero confiada á sus discípulos.

De éstos no he de hablar, porque su obra aún no está terminada: están resolviendo arduos problemas todavía, están *haciendo* la historia los que en pos de Juárez vinieron, y toca á los posteriores la ardua sentencia.

Pero cualesquiera que hubiesen sido las causas, el hecho es que el indio ha permanecido en el siglo XIX en la misma actitud hierática de sus antiguos dioses, al pie del solio de sus mandatarios; pobre, abstraído, como en la época de los virreyes, y hasta ahora, al desperezarse al primer claror del siglo XX, vislumbra nuevos horizontes y sonríe por vez primera, y dando fe á la doctrina de la transmigración de las almas, creen que han reencarnado en D. Jenaro García y en D. Luis González Obregón las almas de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Pedro de Gante; espera su redención porque ya tiene un defensor valiente y desinteresado, y un maestro compasivo, que con ternura verdaderamente paternal van á hacerle partícipe de los conocimientos que en letras, en artes y ciencias parecían hasta aquí del dominio exclusivo de las razas que pregonan la inferioridad del indio.

A las condiciones estéticas del libro del Sr. García no haré reparo alguno. Comprendo bien que el hombre es imbuído en las ideas que hoy privan, eminentemente práctico. Sabe que el tiempo es dinero, y no ha querido perder el tiempo en cincelar frases, en lucir exquisiteces de estilo ni flores retóricas. Abogado de la nueva escuela, formula su tremenda requisitoria, exponiendo en toda su horrible desnudez los detalles del crimen, y deja hablar al ejército de los testigos que presenta sin preocuparse del lenguaje que ellos empleen; él, por su parte, confórmase con Zola, con decir: *Yo acuso*.

Por eso no me hago eco de la crítica que algunos se han atrevido á hacer del título de la obra, fundando esa crítica en que el Sr. García omitió una voz adverbial que era indispensable para no borrar del mapa del Nuevo Mundo á Méjico.

Porque, dicen esos críticos, si Méjico está situado en América, el carácter que revistió su conquista es el mismo que el autor estudió en la historia de las demás naciones del Continente descubierto por Colón, y le faltó, por lo tanto, expresar que por ser mejicano lo especializaba á su patria. No me hago, repito, eco de esa observación; antójaseme que al Sr. García debemos agradecerle el habernos puesto al abrigo de las rapacidades del imperialismo del Profesor Meade: no perteneciendo Méjico á América, está menos avocado á tener el destino manifiesto de servir de pasto para saciar el hambre de expansión del Norte; y no digo *libre*, sino *menos avocado*, porque allí está el archipiélago filipino para probar que hasta el Asia lleva el Norte sus escuadras y sus ejércitos para plantar el pabellón de las estrellas en señal de posesión y de dominio. Y en verdad qui si el Sr. García hubiese cuidado de expresar claramente desde la portada de su libro que especializaba su estudio á Méjico, habría prevenido la censura que no faltará quien le dirija de que, á pesar del título de su obra, muy contadas son las páginas de ésta que no aluden exclusivamente á la conquista de Anáhuac, y más contados todavía los escritores primitivos que él cita por haberse ellos ocupado en la conquista de Centro y Sud-América. Tal exclusivismo casi se encuentra justificado si se piensa en que el Sr. García enderazaba sus propósitos, no á revivir rencores en otros pueblos del Continente, sino en el pueblo mejicano, so color de reivindicaciones de que solamente él parece preocuparse. El exclusivismo del Gr. García ha engendrado el mío. He procurado restablecer la verdad en lo que á Méjico atañe; no porque no me inspiren grande interés las Repúblicas de Centro y Sud-América, sino porque creo un deber de patriotismo, un deber sagrado, contrarrestar toda tendencia, que por velada que esté puede conducirnos á los mejicanos á la pérdida de nuestra autonomía primero, y sucesivamente á la pérdida de nuestros hogares y á la desaparición ó aniquilamiento de nuestra raza. Honradamente lo creo así.

Después de haber hecho en las páginas anteriores la análisis crítica de la obra del Sr. García, parece como que debería yo dar por terminada mi tarea. Pero no; de esas mismas páginas se desprende que al establecer un paralelo entre las antiguas y modernas conquistas, no me guiaba el deseo de atenuar los horrores de aquéllas con la relación de las que éstas han producido, sino que iba yo en pos de algo más útil para mi patria y de palpitante actualidad en ella. Recuérdese también que la presente disertación ha sido escrita *á propósito* del libro del Sr. García, lo cual equivale á decir que no trataba yo únicamente de refutar dicho libro. Por lo tanto, nadie podrá encontrar fuera de lugar el estudio de ciertas cuestiones que se ligan con el asunto principal.

Día á día, hora á hora, debería yo decir, se oye entre nosotros hablar del *imperialismo anglosajón*, al que señalaremos á nuestros compatriotas con la frase de Gambetta: HE AHÍ EL ENEMIGO. Porque, á no dudarlo, por *imperialismo* debemos entender *conquista* los que no aceptamos mistificaciones ni frases convencionales, que no son sino la careta detrás de la cual se oculta la deformidad de ciertos principios, como ocultan algunas mujeres, valiéndose de otros antifaces, las injurias de los años ó la violación de las virtudes domésticas.

Para opinar así, no es preciso que los dedos se nos antojen huéspedes, ni que por hipocondría incurable alimentemos aprensiones ridículas y pueriles temores; ni es necesario tampoco estar atacado de la manía de persecución, por más que eso digan los precursores del imperialismo y los que, por conveniencias que no sería lícito señalar, toda vez que nadie quiere declarar franca y lealmente sus ideas, fingen una despreocupación y una tranquilidad de las que deben estar ciertamente muy distantes. Basta leer las lucubraciones de la *Prensa amarilla* norteamericana y las lucubraciones de la que, sin serlo, secúndala en sus propósitos ó tiene cuando menos grandes afinidades con ella, para explicar la razón de ser de los temores enunciados y para patentizar cuánto es patriótica una

labor encaminada á poner las cosas en su lugar, pese á quien pesare.

En libros y en folletos, en la tribuna y en la Prensa periódica, los corifeos de la doctrina imperialista, sus adalides y apóstoles, la predicán no sólo en su propia casa, sino en la ajena, y muy particularmente en la segunda. Unos con el cínico desplante del Profesor Meade; otros, y son los más, para persuadir y sujetar á los que se rebelan, bañan de dulce licor los bordes del vaso que contiene el jugo amargo, como diría el hijo inmortal de Sorrento. Sin ser suspicaz, desentraña cualquiera los propósitos del imperialismo y distingue sus caracteres, no menos que los medios de que se vale, ó mejor, de sus procedimientos.

Es el primero la predicación del credo flamante de la supremacía de la raza anglosajona, tan traída y llevada en los días que corren, y es el segundo la sugestión de los espíritus poco analíticos y demasiado impresionables, sugestión que se obtiene haciendo desfilan en caleidoscopio mágico las maravillas de la riqueza norteamericana. Diríase que el conquistador de naciones es un nuevo Fausto que no fía el éxito de sus conquistas á sus propias dotes, á sus ardidés, á su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner ante los ojos de Margarita las joyas á cuyo brillo se desvanecerán hasta sus últimos escrúpulos.

Tan cierto es esto, que hoy todos sabemos cuántos millones de kilogramos de oro encierran las Cajas de la Tesorería norteamericana al hacerse el balance mensual, mientras que para muy contados hombres de estudio es fácil saber qué número de obras científicas y literarias apareció en Europa en el año último. Repitiendo la publicación de aquel dato se fascina á las muchedumbres y se alcanza el reconocimiento de la famosa supremacía; callando los triunfos del saber y de la inteligencia en otros pueblos, se cree romper todo vínculo, apagar todo entusiasmo, desvanecer toda admiración, que no sean vínculos, entusiasmos y admiraciones en provecho del anglo-

sajón. No es, por lo tanto, un temor injustificable y pueril el que hace exclamar: HE AHÍ EL ENEMIGO.

Antes de exponer los principios que informan el imperialismo desbordante, bueno será marcar, ya que no lo hicimos en alguna de las páginas anteriores, la *diferenciación* que puede hacerse al tratar de antiguos y modernos conquistadores. No se diga que negamos á los segundos cierta originalidad característica. Pongámosla de relieve.

Los novísimos conquistadores difieren de los de antaño en que no son, como éstos fueron, héroes capaces de realizar una epopeya y de inspirar, á pesar de todas sus manchas, poemas épicos ó portentosas historias que inmortalizan. Obsérvase desde luego que no es el triunfo de un ideal, ni el amor á la gloria, ni la propaganda de una filosofía nueva ó de una religión, lo que los inflama y conduce á atropellar creencias y á violar derechos; que antes de lanzarse á temerosas aventuras, pactan ligas ó coaliciones con una ó varias potencias, con el fin de lograr, más bien que por el propio esfuerzo, por la abrumadora masa de los ejércitos coligados, el triunfo sobre el débil, que lo es porque todos le abandonan y todo tiene que fiarlo á su brazo, á su fe, á su valor y á su constancia. En nuestros días, las potencias europeas, como la potencia norteamericana, recélanse de todo y de continuo, témense recíprocamente, ódianse, por más que lo nieguen, y para ellas el mayor enemigo es la nación culta que no coopera en la obra emprendida ó proyectada, no la nación *salvaje* ó *bárbara* cuyas son las riquezas que se pretenden debelar y las tierras en que se aspira hacer que ondee el pabellón del vencedor.

¡Pero qué mucho— y digámoslo en descargo de banqueros judíos, de comerciantes é industriales conquistadores, — qué mucho, si los misioneros que ahora se estilan, católicos y protestantes, sólo predicán el Evangelio á la sombra de la bandera patria, protegidos por Embajadores ó Ministros Plenipotenciarios, ó cuando menos por Cónsules que al primer amago, al primer síntoma de insurrección de los que quieren morir en

la fe de sus mayores, hacen que formidables acorazados bombardeen los puertos, en tanto que poderosa artillería de mortíferos proyectiles arrasa pueblos y ciudades, granjas y alquerías! Tales misioneros no son sino agentes ó comisionistas viajeros empleados en hacer aceptar los productos de sus respectivos países instrumentos, puestos al servicio de los grandes intereses materiales, vanguardia exploradora de las huestes de ese imperialismo que, devorado por insaciable codicia, busca nuevas regiones que explotar, ó siquiera sea mercados nuevos para desahogar la plétora de sus productos naturales y de los de sus múltiples industrias.

Con frases estereotipadas, de irritante *sentido práctico*, se nos dará contestación á este respecto. Esa es, se nos dirá, la lucha por la existencia; esa es la ley natural: el fuerte ha de tomar lo que necesita, donde lo encuentre; no importa de quién sea; el débil debe resignarse á la suerte que le cupo en la repartición de los bienes de la tierra; no hay más derechos que los de aquel que es bastante fuerte y poderoso para hacerlos respetar.

Lo que dicho está en páginas anteriores de esta misma disertación, respecto á la guerra anglo-boer, nos ahorra el trabajo de aducir pruebas. Volvamos al peligro del imperialismo norteamericano.

Consecuentes con el propósito de no fiar á nuestras propias facultades la síntesis de las doctrinas que combatimos, vamos á valernos de la exposición que escritores mejicanos, ajenos á los temores que á una gran parte de nuestra sociedad conturban, han hecho del imperialismo en un diario que cuenta por decenas de millares sus ediciones y que parece fundado y sostenido para ilustrar á las masas y encauzar en bien de la patria las corrientes de la opinión pública. Dice, pues, el diario á que aludo:

«Aparentemente, el imperialismo no es más que un acto de conquista moderado, y decimos moderado, porque el conquistador actual respeta los títulos de propiedad privada, la reli-

gión de los vencidos, sus costumbres, sus monumentos, sus bellas artes, sus tradiciones y su libertad. En muchos casos les permite que se gobiernen á sí mismos libremente, y lo único que no se les respeta es el bolsillo. Pero el imperialismo moderno, que tiene por objeto principal el ataque del bolsillo del vencido, no es cínico en sus leyes, ni brutal en sus procedimientos, ni violento en sus determinaciones. El ataque de la conquista moderna al bolsillo de los pueblos conquistados tiene lugar por actos comerciales, en apariencia libres, pero que, bien vistos, constituyen el comercio forzoso. En suma, la conquista moderna es el arte de buscar un buen comprador á los efectos nacionales por medio de la guerra.

»Según esto, el «imperialismo» no es más que el «proteccionismo». El proteccionismo, como bien se sabe, consiste en la reserva del mercado nacional para el consumo exclusivo de los productores nacionales. El imperialismo actual no es más que la reserva del mercado de un pueblo extranjero para el consumo de los productores de la metrópoli.

»Hay otra clase de imperialismo que nosotros llamamos inglés, y cuyo tipo lo representa el Canadá, la Colonia del Cabo y las de Australia; en esta clase de imperialismo, la metrópoli no exige nada de sus colonias, las deja en libertad completa para hacer su arancel y no les impone sacrificio de dinero, ni de hombres, ni de dignidad. ¿Qué provecho puede resultar entonces por el empleo de semejante método de imperialismo? Uno muy grande: la metrópoli saca la ventaja al poseer colonias enteramente libres, de que otras naciones, viendo estas colonias en manos poderosas, no intentarían conquistarlas para imponerles el imperialismo de tipo vejatorio y exactor, cerrando así los mercados libres de esta colonia al comercio libre del mundo. En suma, este imperialismo es la consecuencia evidente de la política de la «puerta abierta».

»La tercera clase de imperialismo es el recientemente inventado en Inglaterra, y que ha dado lugar á la desastrosa guerra en el Africa del Sur. La fórmula de esta clase de con-



quista es la siguiente: una nación debe atraerse grandes cantidades de capital de otra nación ó de varias; dicho capital es profusamente empleado en el establecimiento y desarrollo de una ó varias industrias. Sea por impuestos excesivos, por guerras civiles, por ineptitud gubernamental ó por cualquier otro motivo, los capitales á que aludimos se encuentran en grave peligro de destrucción, y entonces, la nación de que son súbditos los principales capitalistas declara que es llegado el caso de atender de preferencia á los intereses de sus súbditos, para lo cual la conquista es el mejor procedimiento.»

Hecha esa exposición doctrinaria, el periodista autor de ella no creyó necesario agregar sino estas brevísimas palabras:

«A los mejicanos corresponde fijarse mucho en esta clase de imperialismo, meditarlo, y prevenir su aparición y consecuencias.»

Pero como quiera que uno de los procedimientos del imperialismo es el de comenzar por adquirir propiedades en el país predestinado á forzosa anexión, y adquirir sin cesar hasta que sea necesaria la *protección* de los intereses creados, dejáronse escuchar las observaciones de otros diarios de contrario credo, y sin tomarlas en consideración fueron más allá los expositores del imperialismo anglosajón; y aprovechando la oportunidad que les ofreció el asunto de la venta de terrenos mejicanos á compañías extranjeras, creyeron llegado el momento de *disipar un error*—que por cierto tiene hondas raíces en la conciencia nacional—y de formular la siguiente doctrina, que *in extenso* reproduzco, porque extractada se desvirtuaría.

«Con motivo de las vastas adquisiciones de terreno que una Compañía explotadora de petróleo acaba de hacer cerca de Tampico, periódicos de esta capital y de algunos de los Estados han formado la queja ó protesta de uso y lamentándose de que el territorio nacional está pasando con gran prisa á manos de extranjeros, y *particularmente de los americanos*.

»En este caso, como cuando se ha tratado de ventas de terrenos baldíos, de concesiones mineras y otras, los periódicos aludidos dejan transparentar el temor de que á fuerza de adquirir terrenos en el país, *los americanos* ó los extranjeros en general, acaben de despojarnos de nuestra soberanía y que el día menos pensado nos encontremos con que Méjico no es ya de Méjico y que su autonomía se ha pasado con armas y bagajes al enemigo.

»El error y la alarma emanan de que el vulgo no discierne la profunda diferencia que media entre los derechos que sobre sus bienes raíces tiene el propietario y el «dominio eminente» que sobre el territorio nacional ejerce el Estado, la nación, considerada como entidad política.

»Esta distinción es fundamental. Generalmente, y entre personas no versadas en estas materias, se cree que cada hectárea de tierra adquirida por un extranjero es una hectárea substraída á la soberanía nacional y propende á admitir que sólo el territorio poseído por mejicanos queda sometido á la influencia y las prerrogativas de la autonomía del país.

»No puede darse error más craso. El propietario, nacional ó extranjero, de una parcela de tierra ó de un extenso dominio predial, tiene, dentro de la ley, derechos innegables y respetables: el de venderla, fraccionarla, arrendarla, regalarla, explotarla, descuidarla ó abandonarla.

»Rige á la propiedad privada el derecho de usar y aun el de abusar de ella. Este derecho del propietario privado, tiene en todos los pueblos cultos, una latitud inmensa y es base de la constitución económica de los pueblos cultos.

»Desde cierto punto de vista, puede parecer deplorable el que la propiedad privada nacional pase en cierta proporción á manos de extranjeros. A los ojos de ciertos patriotas sería mejor que los mejicanos poseyeran la tierra nacional, la explotaran en su provecho y que fueran los naturales del país los grandes propietarios, no sólo rurales, sino urbanos, industriales, mineros, ferrocarrileros, etc. Pero el Estado, ó en tér-

minos menos vagos, el Gobierno, no puede impedir que una parte de su propiedad, toda, si se quiere, pase á manos de extranjeros, so pena de cometer un grave atentado contra el poseedor nacional. Si éste juzga de su interés vender, el Estado no puede ni debe impedirselo ni limitar para el vendedor el derecho de vender, y desde este momento, por lamentable que el hecho parezca, sin serlo realmente, es irremediable.

»Pero, aun suponiéndolo desastroso, no lo es tanto desde el punto de vista de la autonomía nacional.

»Ya pertenezca á extranjeros, ya á nacionales, sobre el territorio nacional, la nación ejerce el dominio eminente, es decir, el derecho de legislar, el de nombrar sus autoridades, el de cuidar el orden, el de administrar justicia, y en esto consisten la autonomía y la soberanía nacionales.

»Si llegare á suceder que todo el territorio del Estado de Tamaulipas, por ejemplo, fuese adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Sobre esas propiedades imperarían las autoridades constituídas, regirían las leyes y los decretos locales y federales; en esos terrenos se harían elecciones y las harían los ciudadanos que á ello tienen derecho; en las propiedades funcionaría la justicia y ejercerían su acción los gobiernos local y general, y la nación conservaría su «dominio eminente» sobre la propiedad del extranjero, que seguiría siendo propiedad nacional.

»Los temores de los diarios á quienes aludimos son, pues, quiméricos. Si los mejicanos quieren conservar su propiedad raíz, pueden hacerlo; pero si en su interés, del que sólo ellos son jueces, está el vender á extranjeros, pueden hacerlo seguros de que en nada comprometen la soberanía nacional.»

La lección que acabamos de copiar, para ser completa, necesitaba haber desvanecido ciertas *ligeras dudas* que acaso permanen también de un *error* en que incurren los menos aprensivos, los menos *patrioter*os.

Si en mis años de estudiante un catedrático me hubiese dado esa lección, le habría yo preguntado: El propietario ex-

tranjero de un territorio ó Estado obtenido por compra, poseedor que puede usar y abusar de su propiedad, ¿tiene derecho de expulsar de ésta á los que fueron sus dueños y habitantes? Reconocido ese derecho, ¿podría prohibírsele que poblara su propiedad con extranjeros de la misma nacionalidad que él y en tan considerable número que llegaran á constituir un amago, una amenaza para el territorio adyacente no comprado todavía? ¿Se le podía negar la facultad de fundar escuelas para enseñar su propio idioma con exclusión absoluta de la lengua del país en que se halle incrustado el territorio ó Estado obtenido por compra? Desterrados los naturales, perdido el idioma, ¿sobre quién ejercería jurisdicción la autoridad nacional?

Esas y otras muchas preguntas habría yo hecho á mi catedrático á fin de que desvaneciese mis dudas y disipase mis errores, y claro es que si hoy no se las dirijo al periodista que me las ha inspirado con su novísima y *consoladora* teoría, es porque no se me oculta que obtendría por respuesta una sonora carcajada burlesca, ó una sonrisa de desprecio por mi ignorancia. Y aun suponiendo que se me dispensara la honra de rebatir mis argumentos, tocaríame siempre la peor parte. El periodista vive de las controversias, sírvenle para llenar su diario, no le quitan el tiempo, sino antes bien, le dan empleo lucrativo, en tanto que el que fuera del periodismo desea dilucidar un problema social ha menester del folleto, y la impresión de éste es costosa y su lectura queda al alcance de reducido número de personas, relativamente. El público, ó la porción de él interesada en discusiones de este linaje, queda las más de las veces en la condición del que escucha una conversación telefónica; oye bien lo que uno de los interlocutores dice, pero ni una sola palabra de las del otro. De ahí que por lo común se dé la palma del triunfo á los redactores de un diario por sus lectores devotos.

Demás de todo eso, al reproducir la lección sobre el *dominio eminente*, no entró en mis propósitos el rebatir su doc-

trina, sino el deseo de llamar la atención hacia uno de los caracteres de las conquistas modernas, ó sea del imperialismo; la compra como preliminar de actos cuya vislumbre despierta recelos y temores. Al propio tiempo, he querido recordar que mal se conforma la repetida doctrina con el espíritu filosófico, y debería agregar, patriótico, que dictó la ley de 1.º de Febrero de 1856, la cual ley, en su art. 2.º, dice así: *Ningún extranjero podrá, sin previo permiso del Supremo Gobierno, adquirir bienes raíces en los Estados ó territorios fronterizos, sino á veinte leguas de la línea de la frontera.*

Pero aún hay más todavía.

La ley de 26 de Marzo de 1894, la más liberal y mejor meditada en materia de colonización, al relevar á las Compañías deslindadoras de la obligación de sólo enajenar lotes de dos mil quinientas hectáreas, permitió adquirir terrenos sin limitar su extensión á todo habitante de la República, *exceptuando tan sólo á los naturales y naturalizados de las naciones limítrofes*, quienes no podrán adquirir baldíos en los Estados de la República que con sus respectivos países colindan, y *conservando las restricciones establecidas y por establecer* sobre adquisición por extranjeros, de bienes raíces en la República. (Véase el art. 6.º de dicha ley.)

En los innumerables contratos celebrados por la Secretaría de Fomento para el deslinde y la colonización de los terrenos baldíos, se ha cuidado siempre el pactar que los colonos han de ser europeos. Si la memoria no me es infiel, ocurrió allá por los años del 79 al 80, un caso cuya exactitud puede verificarse acudiendo á los archivos de la Secretaría de Relaciones y de la de Fomento; caso digno de estudio y de meditación por parte de los que creen que no entraña peligro alguno para la autonomía de Méjico, la enajenación desatinada de terrenos, aun cuando éstos formen el territorio entero de un Estado fronterizo ó no.

Lo que sucedió fue lo siguiente:

La Secretaría de Fomento celebró un contrato de coloni-

zación, y en una de las cláusulas del contrato se pactó *expresamente* que los colonos no podrían ser de nacionalidad norteamericana. El Ministro que á la sazón representaba en Méjico al Gobierno de Washington, juzgó que la indicada cláusula violaba los derechos que acuerdan los Tratados de amistad entre ambas naciones, por aquello de que á la suya correspondían las mismas prerrogativas *de la más favorecida*, y dirigió una nota á nuestro Gobierno en amistosa reclamación. La nota fue estudiada con el más profundo detenimiento por el Sr. Lic. D. Miguel Ruelas, entonces Secretario de Relaciones, y su contestación digna, prudente y sabia, se fundó en las doctrinas de los más ilustres tratadistas de derecho internacional, y en una declaración reciente de un estadista norteamericano que había señalado como causa y origen de la desmembración de nuestro territorio las enajenaciones hechas sin previsión, sin patriotismo y sin cordura, en Tejas, á ciencia y paciencia de los Gobiernos mejicanos. Fundada así la contestación de nuestra Cancillería, no tuvo réplica.

Por demás absurdo me parece que cuando sabias y previsoras leyes y hábiles estadistas prohíben á los extranjeros la adquisición de propiedades dentro de ciertas zonas fronterizas, y cuando se procura que la colonización no vaya á crear un Estado dentro de otro, haya quien ose proclamar que si llegase á suceder que todo el territorio de un Estado fuera adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Hasta la designación tal vez intencionada de un Estado fronterizo, como lo es el de Tamaulipas, como ejemplo de que podría ser vendido todo entero sin menoscabo de la soberanía nacional, se hace sospechosa, y creemos ver de nuevo á Mefistófeles presentando á Margarita el arca de las joyas para vencer sus escrúpulos y lograr que se arroje á los brazos de Fausto. Porque ni los sofismas más hábilmente presentados ni las argucias más sutiles, llegarán á convencerme de que se puede incrustar un territorio extranjero por la nacionalidad de sus habitantes y por su idioma dentro del territorio de

la República, sin peligro alguno para ésta que se ha reservado el *dominio eminente*. Los que venden sus hogares renuncian á vivir en su patria.

Otra arma á cuyo empleo fía el imperialismo norteamericano el éxito feliz de sus planes, porque le atribuye alcance mayor que el que el mundo le supone, y poder incontrastable, es la famosa doctrina de Monroe, *ligeramente amplificada* para que llene las exigencias de la época: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS DEL NORTE.

Podría formarse abultadísimo *in folio* con lo más culminante, lo más meditado y con mayor lucidez escrito en el Nuevo como en el Viejo Mundo sobre la doctrina de Monroe, y por lo tanto, ni el solo índice de ese *in folio* cabría dentro de los límites que he marcado á la presente disertación. Afortunadamente, no hay necesidad de fatigar la atención del lector, pues lo que interesa á los mejicanos, lo que podríamos llamar la *última palabra* que ansiábamos escuchar en Méjico respecto á la doctrina de Monroe, la pronunció el Jefe ilustre del Estado y quedó consignada, mejor que en mármoles y bronces, en documento oficial y en ocasión solemne.

Pertinente es hoy reproducir una vez más la justa interpretación de la doctrina de Monroe, hecha por el señor General D. Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el *Informe* al abrir el cuarto período de sesiones del 17.º Congreso de la Unión el día 1.º de Abril de 1896. Dice así:

«Entre los acontecimientos relativos á esa gran República (la de los Estados Unidos de Norte América) que, después de mi último informe, han llamado más la atención y despertado el interés de las naciones americanas, hay uno acerca del cual razones de decoro y conveniencias nacionales me obligan á decir algunas palabras. Con motivo de una antigua disputa sobre límites entre Venezuela y el territorio llamado Guayana inglesa, disputa exacerbada recientemente por causas que no es oportuno examinar, el Presidente de los Estados Uni-

dos de América envió un mensaje al Congreso de aquel país recordando, como aplicable á dicha contienda, la famosa opinión ó doctrina que, en un documento semejante, expuso el Presidente Monroe y que, desde 1823, tanta aceptación ha tenido entre el pueblo americano. Muy naturalmente, el recuerdo de esa doctrina, que reprueba toda tentativa de usurpación europea, toda tendencia monárquica de cambiar las instituciones republicanas en el Nuevo Mundo, suscitó vivo entusiasmo en las libres naciones de este Continente, provocando manifestaciones de simpatía en los pueblos y aun en los mismos Gobiernos de América.

»No faltaron al Gobierno mejicano invitaciones de carácter internacional, para que desde luego expresara su sentir en tan grave asunto; mas el Ejecutivo creyó que no debía apresurarse á opinar en una materia que, por el momento, no envolvía tan sólo la doctrina de Monroe, sino que se extendía á la aplicación de sus principios al caso de la Gran Bretaña en su cuestión con Venezuela. No conociendo nosotros esa cuestión, como tal vez la conocían los Estados Unidos, especialmente informados por el Gobierno venezolano, no estábamos en el caso de presumir que las pretensiones de Inglaterra constituyesen una tentativa de usurpación. Tampoco podíamos creer que toda cuestión de límites, por su esencia, y aun tratándose de puntos controvertibles, fuese materia para la aplicación de aquella sabia doctrina.

»Por otra parte, el simple hecho de que Inglaterra rehusara someter á un arbitraje sus derechos á una parte del territorio disputado (puesto que lo admitía para el resto), no podía ser, á nuestro juicio, motivo suficiente para aquella presunción desfavorable, supuesto que el mismo Gobierno mejicano ha declarado más de una vez que no admite el arbitraje para ciertas cuestiones territoriales en que, á su entender, se interesa el honor del país. Así fue que, en lo personal, me resistí á hacer toda manifestación por la prensa respecto de un asunto que afectaba los intereses ó los sentimientos más delicados



de tres naciones igualmente acreedoras á nuestro respeto, limitándome á decir que era naturalmente partidario de los principios de Monroe *bien entendidos*; pero ignoraba si serían aplicables al caso concreto de que se trataba.

»Hoy, que felizmente y como debía esperarse, ha pasado la crisis que se creyó amenazaba guerra entre las dos grandes naciones en que se divide la raza anglosajona; hoy que nuestra hermana la República de Venezuela sigue en Washington negociaciones pacíficas con su poderosa adversaria, no parece inoportuno acceder al deseo de los que han solicitado que el Gobierno mejicano manifieste su opinión con respecto á la doctrina Monroe. Sin entrar en discusiones sobre su origen y el momento histórico que dió lugar á su manifestación; sin descender á pormenores sobre las justas limitaciones que su mismo autor le fijara y que con tanto acierto ha recordado el Presidente Cleveland, el Gobierno de Méjico no puede menos de mostrarse partidario de una doctrina que condena como atentatoria cualquiera invasión de la Europa monárquica en contra de las Repúblicas de América, en contra de sus naciones independientes, hoy todas regidas por esa forma popular de gobierno. Nuestra historia en general, y señaladamente la lucha de nuestro pueblo por sacudir el yugo de un imperio exótico, de origen, forma y elementos europeos, los torrentes de sangre derramados en esa ruda contienda, dan testimonio ante el mundo de nuestro culto á la independencia y nuestro aborrecimiento á toda intervención extraña.

»Mas no entendemos que sea suficiente para el objeto á que aspiramos el que sólo á los Estados Unidos, no obstante lo inmenso de sus recursos, incumba la obligación de auxiliar á las demás Repúblicas de este hemisferio contra los ataques de Europa (si aún se consideran posibles), sino que cada una de ellas, por medio de una declaración semejante á la del Presidente Monroe, debería proclamar que todo ataque de cualquiera potencia extraña dirigido á menoscabar el territorio ó la independencia, ó cambiar las instituciones de una de las Repúbli-

cas americanas, sería considerado por la nación declarante como ofensa propia si la que sufre el ataque ó amenaza de ese género reclama el auxilio oportunamente.

»De esta manera la doctrina hoy llamada de Monroe vendría á ser doctrina americana en el sentido más amplio, y si bien engendrada en los Estados Unidos, pertenecería al derecho internacional en toda la América. Cuáles sean los medios de llegar á este resultado por modo práctico y conveniente, es cuestión que no cabe tratar en el presente informe.»

La declaración que acabamos de copiar, noble, digna, patriótica, traduce fiel y acertadamente la opinión de los mejicanos, y ha merecido por eso el aplauso de todos. No menos general ha sido la aceptación que en pueblos extraños ha alcanzado, y es indudable que servirá de norma á cuantos aquí, en Centro y Sudamérica, traten de interpretar la famosa doctrina.

La sugestión es otro de los recursos empleados por el imperialismo norteamericano para obtener el reconocimiento de la supremacía de la raza anglosajona por parte de los pueblos de otras razas, á los que se ha dado en llamar, impropriamente á mi entender, de raza latina. Y digo que impropriamente, porque demostrado está ya que por natural evolución es una raza nueva, ó mejor, son razas nuevas las que pueblan las diez y ocho Repúblicas, á las cuales pretende la Norteamericana imponer su hegemonía á virtud de la doctrina de Monroe amplificada.

El más típico de los procedimientos usados hasta hoy para sugestionar á esas Repúblicas lo encontramos en la historia de la *Conferencia Internacional Americana* que celebró en Washington sus sesiones desde el 2 de Octubre al 13 de Diciembre de 1889, es decir, hace doce años.

Era Presidente de los Estados Unidos del Norte Mr. Harri-son, y su Secretario de Estado Mr. Bayard. Éste, en la convocatoria á las naciones de América, dijo entre otras cosas:

«Los asuntos que han de discutirse son de manifiesta y porfunda importancia, y es de creerse que un cambio amistoso y franco de opiniones, con referencia á estos asuntos, fomentará la expansión é intimidad de las relaciones sociales y comerciales, fructíferas en resultados benéficos para todos los interesados.»

Reunióse la Conferencia, ó sea el primer Congreso Panamericano, y su primer paso fue designar como Presidente al Secretario de Estado, Mr. James G. Blaine, que había, en representación del Presidente de la República, abierto la Asamblea. Ni podía ser de otro modo sin faltar los Delegados de las diez y ocho Repúblicas á las más rudimentales reglas de cortesía, dado su carácter de huéspedes de aquel país.

De paso haré observar que he creído siempre que cometieron un error las naciones que acreditaron como representantes suyos en la Conferencia á Ministros Plenipotenciarios que desde antes estaban en funciones cerca de la Cancillería de Washington. Tal antecedente los dejaba cohibidos, cercenaba su libertad de acción y de palabra.

El 2 de Octubre fue, como acabamos de ver, inaugurada la Conferencia. Al día siguiente los Delegados estaban ya en excursión; se comenzó á sugestionarlos. Veámoslo si no, y al efecto repetiré algo de lo que acerca del viaje de los Delegados dije pocos meses después, con motivo del papel que desempeñó uno de ellos, D. Nicanor Bolet Peraza, que era á la sazón Ministro de Venezuela en Washington:

«En esa excursión, que no vacilamos en compararla con la tela que la araña extiende para hacer la presa de que quiere alimentarse, procuróse hacinar cuanto de magnífico y de maravilloso encierra, por obra de la naturaleza y por obra del humano esfuerzo, aquel emporio de la industria moderna. Tratóbase de cautivar á hombres que por su idiosincrasia meridional habían de entonar en su habla melodiosa el himno de la admiración en presencia de grandeza tanta y de tan inmenso poderío. ¿Cómo no fascinarse al contemplar las gloriosas

conquistas del progreso? ¿Cómo no proclamar la superioridad de una raza que así, por modo rápido y como impulsada por una voz divina, por pueblo alguno escuchada antes, había realizado incontables prodigios? ¿Cómo, bajo la presión avasalladora de tales circunstancias, palpándolo todo, no habían de quedar preparados suficientemente aquellos Delegados de Repúblicas hasta ayer desangradas por las intestinas discordias, por invasiones inicuas, regidas por estadistas de dudoso sentido práctico, iniciándose todavía en los arduos problemas económicos que la misma vieja Europa no ha sabido resolver; ¿cómo, pensaban nuestros ambiciosos vecinos del Norte, no habían de prestar dócil aquiescencia al programa que se les había llamado á discutir?

»Marcha triunfal se ha repetido hasta la saciedad que fue la excursión de los Delegados á diversos lugares de la Unión Americana. Con efecto, cuantas comodidades ha ideado la moderna civilización para ofrecer al viajero todo lo que pueda no ya neutralizar, sino borrar por completo la tristeza que causa la ausencia del hogar propio, todo eso se proporcionó á los excursionistas. Banquetes y festejos por donde quiera, aclamaciones por todas partes, protestas de fraternal simpatía, halagos sin tasa; ¿qué no disfrutaron? Volúmenes enteros se han llenado con la descripción de ese viaje portentoso y con la reproducción de los discursos pronunciados aquí y allá, sin tregua, en sucesión vertiginosa, como si no se debiera dar cabida ni al descanso corporal ni al recogimiento del espíritu para evocar los recuerdos de la patria lejana y para estudiar la conveniente solución de los problemas que la afectan, y ver la manera de conducirla á la prosperidad y al goce de todos los bienes.

»Menos flores abren sus corolas en la estación primaveral en el valle de Anáhuac, que flores oratorias y frases lisonjeras se encuentran derramadas en los brindis y discursos dirigidos á los excursionistas y en las contestaciones de éstos. Aquella fue una verdadera catarata de notas ditirámicas;

aquello fue un océano de miel bastante para endulzar el orbe entero.

»Si las palabras fueran siempre el eco de los corazones, no llegaría á registrarse en la historia de la humanidad ejemplo igual de comunión de ideas, de fraternidad internacional, de identidad de aspiraciones, como las que inspiraron los brindis y discursos á que venimos aludiendo. El insigne descubridor de verdades, como llamó Cicerón al tiempo, se encargará de acrisolar la legítima significación de la Conferencia Internacional de Washington; materia hoy ocasionada á errores de interpretación.»

A pesar de todo, la Conferencia fue un fracaso. La *unión aduanera*, que ocupaba el segundo lugar entre los temas puestos á discusión, pero que era, á no dudarlo, el primer objetivo, ofreció una oportunidad al delegado argentino D. Roque Sáenz Peña para cubrirse de gloria como orador y como estadista con su discurso, nunca bien encomiado, sobre el Zollverein Americano, al que dió el golpe de gracia. El Delegado argentino terminó con esta frase: ¡SEA AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD!, que es la más elocuente expresión de generoso cosmopolitismo contrapuesto á las exclusiones sórdidas del imperialismo anglosajón.

Menos amplia, pero siempre inspirada en la autonomía de Sud-América, es la declaración que en los momentos mismos en que trazo estas líneas ha hecho uno de los diarios más autorizados de la República Argentina con referencia al conflicto entre Colombia y Venezuela.

Comentando el editorial que publicó el *New York Herald* el día 9 del corriente mes de Agosto acerca del citado conflicto y la actitud de los Estados Unidos en vista de la posibilidad—supuesta á mi entender—de una intervención europea, *La Prensa* de Buenos Aires se expresó así al día siguiente: «Las naciones de Sud-América no pueden menos de aplaudir la resolución de los Estados Unidos de no admitir la intervención de Europa en los asuntos de los países sud-americanos;

*pero no convienen en que la República del Norte se interponga en favor de uno de los beligerantes invocando la doctrina de Monroe y el derecho de la jurisdicción moral sobre el continente americano. La América del Sur no puede aceptar esta doctrina sin peligro para su propia soberanía.»*

Pocas palabras son suficientes para explicar á qué obedece la intervención que la América del Norte ansía interponer en el conflicto entre Colombia y Venezuela. Séame tolerada esta breve digresión.

En Colombia se encuentra el istmo de Panamá, para cuya apertura la ciencia francesa y el oro francés han contribuído como no lo han hecho la ciencia ni el oro americanos. Francia tiene múltiples problemas interiores que resolver y peligros en el exterior que conjurar, y tiene también la dolorosa experiencia de los resultados de su intervención en Méjico. Por mucho que le espoleara el deseo de salvar los intereses de sus nacionales, invertidos en Panamá, renunciaría á cualquier otra necesidad que no fuera la de conservar sus actuales instituciones y la de no ser vencida en la lucha de su industria con la de otras naciones del antiguo Continente. Fomentar, pues, en Colombia las discordias intestinas, precipitarla al abismo de una guerra internacional, es iniciar su conquista y avanzar en ella á bien poco costo.

Venezuela tiene una superficie de 1.552.741 kilómetros cuadrados, y es, por lo tanto, tres veces más grande que Francia ó Alemania, cinco veces mayor que Italia y más grande, con excepción de Rusia, que cualquiera otra de las naciones europeas. En su extensa costa hay 50 ensenadas y 32 puertos, algunos de los cuales podrían dar cabida á todos los barcos de Europa. Atraviesan el suelo venezolano 1.005 ríos, y el mayor de ellos, el Orinoco, es uno de los más grandes del mundo, pues recorre 1.300 millas; es navegable en casi toda su extensión; su anchura en algunos lugares de 12 millas; su parte más angosta es de 3.000 pies. ¡Tesoro más rico no podía tentar la codicia del imperialismo! Hay, pues, que apro-

vechar la oportunidad que desapoderadas discordias entre pueblos hermanos ofrecen; atizar la hoguera, intervenir para que antes no lo haga otro, y después... *la pata de oro del paquidermo* de que habló el Dr. Frías y Soto en reciente discurso, se habrá asentado en Sud-América.

Volvamos al asunto principal.

Decíamos que la *Conferencia Internacional*, ó sea el *Primer Congreso Panamericano* fue un recurso, un medio empleado para sugestionar á las diez y ocho Repúblicas del Nuevo Mundo, y vimos de qué manera se procuró hacer dormir en los delegados la conciencia del deber supremo y obedecer, por consiguiente, los mandamientos de su hipnotizador. También vimos ya que éste—si hemos de atenernos á los resultados—no encontró en aquéllos el *medium* que había esperado, sobre todo por culpa del ilustre argentino Sáenz Peña. Nada nos resta, pues, que decir á ese respecto, y podemos dedicar algunas reflexiones á la próxima reunión en la Metrópoli mejicana del *Segundo Congreso Panamericano* (1). Dejaríamos inconclusa nuestra disertación si nos resignáramos á no aludir á un acontecimiento que tanta resonancia ha tenido con su solo anuncio, y que la tendrá mayor, tal vez, cuando sus resultados se conozcan.

En nuestros días nadie presta fe á los augures como se les prestó en la antigua Roma. Por lo mismo, en vez de pretender vaticinar lo futuro, debemos fijar los antecedentes del Segundo Congreso Panamericano, para que, una vez conocidos, á cualquiera sea dable marcar las diferencias substanciales que hay entre él y su antecesor.

Ya vimos que la Conferencia Internacional de Washington

---

(1) Tenga el lector en cuenta que este escrito es algo anterior á la celebración del 2.º Congreso Panamericano, del cual se habla en otro artículo de este mismo número. (N. del D.)

y los halagos de que, sin tasa, fueron objeto los delegados á ella, obedecieron al preconcebido propósito de imponer la hegemonía de Norte América á las diez y ocho Repúblicas allí representadas, y vimos ya, también, que no se consiguió hipnotizar á los delegados hasta el punto de hacerles renunciar, en aras de la supremacía anglosajona, el derecho que sus respectivos países tienen á conservar y fomentar de un modo libérrimo su prosperidad, por medio de sus leyes aduaneras, de sus sistemas de comunicación internacional, de sus monedas, y en una palabra, de todo lo que á su régimen interior y á sus relaciones exteriores convenga. Pues bien, por mucho que la convocación al Segundo Congreso parezca enderezada á obtener lo que en el primero no pudo lograrse, la próxima reunión en Méjico de esa Asamblea reviste bien distintos caracteres.

Nótese, en primer lugar, que Méjico fue designado como punto de reunión sin que lo solicitaran los mejicanos, y que si Méjico expidió con placer la convocatoria, no hizo otra cosa que cumplir con un deber.

Después, hay que tener presente que Méjico no es considerada pura y sencillamente como una nación amiga, sino como hermana, por la inmensa mayoría de las naciones que aquí estarán representadas; que no existen en Méjico tendencias conquistadoras ó imperialistas como se suele hoy designarlas, ni aun el anhelo de que se le considere llamada á presidir coaliciones ó pactos internacionales, pues su dogma es el del apotegma de Juárez: que su preocupación única, su aspiración más noble y más legítima es ser libre, grande por el trabajo é ilustrada por la asimilación de la cultura de todos los pueblos civilizados, sean cuales fueren sus orígenes, su raza, sus creencias; que Méjico no tiene preferencias ni predilecciones que herir pudieran á alguna de las nacionalidades cuya amistad cultiva con empeño, ni celos ni envidias por que ésta ó aquélla alcancen antes que él riqueza y poderío. Si se prepara á recibir de la manera más digna que posible le sea, á sus hués-



pedes; si organiza en su obsequio fiestas y paseos; si quiere que la ciudad metropolitana vista sus mejores galas durante la permanencia de los delegados, es porque reconoce de antemano en ellos á ilustres estadistas designados por sus gobiernos para que estudien aquí, como si en su propia casa estuvieran, arduos problemas cuya solución interesa á todas y á cada una de las naciones del mundo de Colón.

¡Plegue al cielo que esos delegados, con alta sabiduría, con absoluta independencia, sin prevenciones, sin debilidades, pero también sin alardes de energía, ilustren los asuntos que van á tratar, á fin de que sus acuerdos ó resoluciones—inspirados en el sagrado amor á la patria—merezcan sin contradicción el aplauso de los hombres honrados del mundo entero!

De esas resoluciones—¿por qué no ser optimistas alguna vez?—pudiera muy bien surgir, como inmenso foco de luz, el faro que preserve á las Repúblicas americanas de estrellarse en los escollos del tempestuoso oceano de las ambiciones de otros pueblos y de otras razas. Mas si así no fuere; si, como creía Plauto, el hombre ha de ser siempre el lobo del hombre, ó, como lo expresara un orador conterráneo mío, si solamente el hombre se ensaña en la persecución del hombre, no para devorarlo en su hambre como entre los degradados seres de ciertas tribus salvajes, sino para dominar á sus hermanos y ostentar, á despecho de éstos, la vana pompa del poder absoluto, entonces vivamos prevenidos: no cometamos la insensatez de dividirnos y de encender de nuevo las discordias que retardaron el advenimiento de la era de paz que hoy disfrutamos; porque ahora el fruto de esas discordias sería no amargo, sino tóxico; las armas que para subyugarnos se emplean, nos son conocidas; que no nos desaliente el ciego fatalismo infundiéndonos la creencia de que hay una raza superior llamada á aniquilar la nuestra; que Méjico no sea nueva Danæ violada por Júpiter tonante convertido en lluvia de oro, y por último, que si toda previsión y todo esfuerzo no bastan á conjurar el peli-

gro, sucumbamos combatiendo, buscando sepulcro glorioso en las ruinas de la patria, como los boers, llevando por mortaja la bandera que simboliza nuestra libertad y nuestros derechos.

FRANCISCO SOSA.

## CRÓNICA LITERARIA

---

Acerca de Campoamor.—Discursos leídos en la recepción de D. José Ortega Munilla en la Academia Española.—Obras completas de D. Ramón de Campoamor (tomos I y II).

Después de las extensas reseñas que han publicado los periódicos de la recepción de D. José Ortega Munilla en la Academia Española y de los discursos leídos en aquel acto, parece que queda muy poco que decir, sobre todo para el que no abrigue la ambiciosa ilusión de descubrir Mediterráneos. Y también parece que lo que aquí se diga llega con sobrado retraso, al mes de haberse celebrado aquella solemnidad literaria. ¿Qué acontecimiento hay en estos tiempos, en nuestra rápida actualidad de cinematógrafo, que resista un mes de plazo?

Sin embargo, el concepto de la actualidad es relativo, y no puede ser el mismo para las *Revistas* que se publican á largos intervalos (lo de largos también es relativo aquí) que para los periódicos que todos los días salen y se ponen como el sol, y están, ó deben estar, escritos con arreglo á una actualidad de veinticuatro horas. Por eso, ateniéndonos á nuestra actualidad mensual, seguiremos en este caso la costumbre de dedicar algún espacio, si no á todas, á las principales recepciones que en las Academias se verifican y que representan, sin duda, una parte y un aspecto de la vida literaria.

El enciclopedismo creciente de los periódicos ha dado en-

trada en sus columnas á las reseñas de las solemnidades académicas, si bien no se les da entre nosotros todavía tanta importancia como en Francia, donde los grandes periódicos de París, como *Le Temps*, *Journal des Debats*, etc., suelen publicar íntegros los discursos de ingreso y de contestación en una hoja suplementaria. Verdad es que en Francia la vida académica tiene mayor importancia, y en general, el francés es más aficionado á las distinciones oficiales, al *panache*, que el español. El no recibir á tiempo la Legión de honor acibara la vida de muchos hombres de talento, y hay quien se suicida por no haber alcanzado las palmas académicas.

Sólo á las recepciones académicas de literatos muy populares, cuyas obras han llegado á difundirse verdaderamente entre el público y cuyo nombre es familiar para éste, puede dedicar la prensa la atención que consagró á la de Ortega Munilla, y con justicia, pues el autor de *La Cigarra* está comprendido en aquel número y merecía tal homenaje como novelista y cuentista de los más leídos, aunque no hubieran existido razones de confraternidad periodística para tributárselo. Y ese homenaje á la inteligencia ha resultado también homenaje al carácter. Su unanimidad, el hecho de que no se haya alzado una voz discordante, de que no haya habido quien vertiera en la copa una gota de veneno, no sólo revela la realidad del mérito reconocido y consagrado, sino que hace el elogio del hombre. La vida literaria y en general la vida artística tiene algo de femenino; engendra furiosas emulaciones, secretas envidias, pequeñas venganzas y una gran afición á la maledicencia. La propensión natural del artista es agradar, como la de la mujer que presume de hermosa, y esto da á su espíritu matices femeninos y desarrolla una vanidad morbosa, germen de todas aquellas miserias. Para librarse de los dardos que se complace en forjar y en disparar ese estado de espíritu, tan distante de la contemplación objetiva, que es pura teoría ó á lo sumo realidad fugaz de algunos momentos solitarios, no basta el talento, se necesita además la bondad, el no haber

hecho daño al prójimo ni haber provocado represalias, la práctica del *alterum non lædere* y del *suum cuique tribuere* entendidos con más latitud que en la jurisprudencia romana. Y gracias que eso baste.

Sin apartarse de nuestra tradición académica, que da por asunto á los discursos de recepción el examen de un tema literario, pudo Ortega Munilla consagrar por entero su discurso al elogio de Campoamor, á quien ha venido á suceder en la Academia, porque Campoamor es un tema literario, un capítulo de la historia de la poesía castellana en el siglo XIX, no un mero antecesor para quien piden algunas páginas de recuerdo la cortesía y la solidaridad académicas.

Juntábase, pues, en esta recepción el triple interés del asunto de los discursos, de la calidad literaria del nuevo académico y de la del encargado de contestarle. ¡Conjunción de tres luminares literarios!, se hubiera dicho en el lenguaje hinchado y fácil á la hipérbole de la época del conceptismo. Asociación de tres nombres—Campoamor, Ortega Munilla, Valera—de significación diferente en las letras, pero todos populares y gloriosos, diremos en el lenguaje más prosaico y menos dado á las figuras retóricas, de los actuales tiempos.

El discurso de Ortega Munilla es, á mi parecer, de la más elegante prosa que ha salido de su pluma. Al dirigirse á la Academia ha puesto en práctica el *A tout seigneur...* El estilo de Ortega, con mucho color, muchos matices, muchas inflexiones, mucho movimiento, no propende á lo clásico, como no propende á ello el de casi ninguno de los escritores verdaderamente modernos, que viven en otro ambiente y frecuentan otras lecturas. Pero en este discurso ha querido mostrar el nuevo académico que él también se sabe sus autores y puede ser castizo, en el sentido que suele darse á esta palabra, sentido algo estrecho que viene á dar por supuesto que el canon filológico definitivo del castellano se fijó en el siglo XVI, y que sólo eso es lo genuinamente español en lenguaje. ¡Pero el lenguaje está en perpetuo *devenir!*...

Dejando esto, porque la digresión tendría que ser larga, hay que reconocer que el discurso de Ortega Munilla es verdaderamente primoroso en la dicción, muy limada, muy limpia, impecable, y con todo eso dotada de alma moderna, que anima las líneas castizas de la frase. Esto resalta más todavía en los primeros párrafos, consagrados á la engorrosa obligación de dar las gracias á la Academia por haberle elegido, forzoso exordio que pone á prueba el ingenio de quienquiera que se ve en el trance de dar oratoriamente gracias, porque todo está dicho, y sin embargo, hay que decirlo una vez más, cubriendo con una frase bella ó elegante ó con un rasgo de ingenio la inevitable monotonía de ese ¡muchas gracias! que no puede omitirse sin pecar de soberbio. Muy bien vencida está la dificultad en el discurso de Munilla, que, con exceso de modestia, se presenta sencillamente como un periodista y ofrece á Campoamor todo el honor de la solemnidad.

El estudio que del poeta de las *Doloras* hace el autor de *La Cigarra* es muy completo y no sólo revela un estudio detenido de las obras de Campoamor en general, de su verso y su prosa, de lo que está en todas las memorias y en todas las imaginaciones y de lo olvidado ó poco conocido, sino también aquella íntima adivinación que nace de las afinidades del gusto y del sentimiento y que exige ser poeta para penetrar en el alma de los poetas, aunque, claro está que no requiere hacer versos, puesto que hay muchos géneros de poesía y tiene ésta diferentes voces y acompañamientos. Sin esa adivinación, sin esa compenetración espiritual es casi imposible dar unidad al retrato literario de un autor, y por mucho estudio que se ponga y mucha agudeza crítica que se posea, resultará el juicio un mosaico erudito ó una serie de puntos de vista parciales, sin llegar á formar un verdadero todo, una imagen completa y animada.

Esa unidad de la imagen, que sólo es dable cuando el pensamiento ó la fantasía se apoderan verdaderamente de su objeto, y se le incorporan y hacen suyo, presenta la evocación

de Campoamor, contenida en los elocuentes párrafos del discurso en que Ortega Munilla traza el retrato físico y espiritual del poeta y dice cómo le representaría él en estatua; otra página bien acabada y brillante es la que agrupa en rápida visión las heroínas principales de los *Poemas* y las *Doloras*, y junto á los aciertos de la expresión literaria y á las representaciones plásticas de la fantasía, hay también felices rasgos de observación. Así, por ejemplo, está discretamente indicada la influencia que pudieron ejercer sobre Campoamor las circunstancias exteriores de su época, el ambiente en que se formó su personalidad.

En el discurso de Ortega Munilla no se habla sólo de Campoamor como poeta, aunque sea ésta, naturalmente, la parte principal y la que mayor espacio ocupa. Después de *pasar revista* á las formas más características de la poesía de Campoamor y á las diversas fases de su genio poético, después de discurrir sobre la dolora, el pequeño poema, la humorada, los poemas épicos y hasta los primeros versos de la juventud, habla el discurso de otros escritos de índole diferente, menos conocidos y famosos: de las obras filosóficas como *El personalismo* y *Lo absoluto*, de las obras dramáticas y de los discursos y escritos políticos de Campoamor. Ninguna de estas obras iguala en importancia á las poéticas; pero aunque representen algo secundario en la personalidad de Campoamor y en su obra, mirada objetivamente, ayudan á comprenderle y tienen, aparte de su valor intrínseco, que no es despreciable, otro valor muy crecido como elementos y datos para interpretar su significación literaria é intelectual. Son á manera de un comentario indirecto de sus poesías, y por lo mismo que tales escritos son poco conocidos para la generación actual, ofrece su examen aquella novedad que da á las cosas el tiempo, que al par que envejece á las muy conocidas si no las anima algún principio superior que mantenga perenne su lozanía, da como una segunda juventud á las olvidadas cuando vuelven á salir á la superficie. Las páginas que consagra á estos escritos el dis-

curso del Sr. Ortega Munilla completan el cuadro y contribuyen á hacer de este trabajo un estudio muy completo, muy bien pensado y ejecutado con gran arte y penetración psicológica, del autor de las *Doloras* y de sus obras.

El discurso de contestación de D. Juan Valera está escrito con ese donaire y esa gracia á un tiempo sencilla y señorial que son el mejor adorno de su estilo. ¿Qué adepto, qué iniciado, que Mahatma de aquellos que vió *Morsamor* y á los cuales es tan aficionado el ilustre autor de *Pepita Jiménez*, le ha dado el filtro ó el elixir de larga vida que conserva á su estilo el encanto y la agilidad de la juventud? ¿Es sencillamente el buen humor? ¿Es cierta conformidad metafísica? ¿Es ese objetivismo que realiza el portento de emancipar á la inteligencia de las ataduras de la voluntad y coloca al artista en la posición noble entre todas, de espectador del mundo, á quien no llegan el esfuerzo jadeante y la contorsión del atleta, ni el gesto del histrión, más que como una imagen, y que se convierte en órgano visual de la belleza exterior ó interior?

Hablan los primeros párrafos del discurso del Sr. Valera de cómo se van debilitando todas las aficiones con los años, y sólo la de escribir no se rinde á la vejez. Claro es que esta tesis tiene mucho de subjetivo y que lo mismo podría argumentarse á favor de cualquier otra de las aficiones compatibles con la ancianidad; pero lo de menos es el grado de exactitud de la afirmación; lo que seduce en ella es el arte exquisito de ese exordio en que el ilustre escritor tiene la coquetería de hacer como que pide perdón al público por seguir escribiendo, cuando tan seguro debe de estar del gusto con que se le lee. Desde el punto de vista de la ejecución literaria, quizá son lo mejor del discurso estos primeros párrafos á que aludimos.

Entre Ortega Munilla y Campoamor se distribuye lo que forma propiamente el cuerpo del discurso. La parte dedicada al autor de *La Cigarra* no es el saludo de cortesía y el elogio obligado del que en nombre de la Corporación recibe al nuevo *inmortal*. El Sr. Valera examina los diversos géneros que ha



cultivado Ortega Munilla en su larga y brillante carrera de escritor público, y analiza sus merecimientos literarios dentro de cada uno, señalando cualidades sobresalientes y apuntando defectos. Para un literato es homenaje mayor un estudio crítico de esta clase, aunque sea rápido y no llegue á ser muy profundo, que el elogio frío y sin discusión de las usuales bienvenidas.

En la parte relativa á Campoamor, lo que descuella es la afirmación de que estudiando bien la totalidad de su obra se llegaría acaso á descubrir una filosofía secreta, un sentido esotérico que sería la mejor explicación de su hechizo y de su manera de ser. Al ilustre autor de *Pepita Jiménez*, á pesar del amable excepticismo y de la afición á las más finas y sutiles manifestaciones de la guasa que la voz pública le atribuye, parecen preocuparle mucho ó inspirarle particular curiosidad todas las filosofías esotéricas, todos los ecos de ese reino de la sombra y el misterio en que se agitan magos, brujos, teósofos, ocultistas y otras mil especies similares de taumaturgos y creyentes. En varios de sus libros, *Las Ilusiones del Doctor Faustino* y *Morsamor*, por ejemplo, utiliza este elemento de lo maravilloso. La frecuentación de estos pensamientos ¿le había dado la facultad especial de descubrir señales de esoterismo y vislumbres de filosofías ocultas allí donde los ojos de los profanos no ven más que lo exterior y esotérico? Como estas cosas son de suyo tan obscuras y sutiles, quizá sea temerario negarle á Campoamor esa filosofía secreta de que habla el señor Valera; pero la verdad es que la obra del poeta de las *Doloras* puede explicarse y comprenderse sin necesidad del auxilio de ninguna clave esotérica, y á no ser así, no hubiera podido ser, como fue, popularísimo. Cuando filosofa parece tan espontáneo, tan entregado á la inspiración y al galope de la fantasía, como cuando versifica, sin que se advierta que le guíe ningún principio oculto á cuya disciplina se sujete su pensamiento. Quizá esa metafísica sedativa y beatificante que encontró Campoamor no fue otra que los años. Y en verdad que el tiem-

po puede ser en ocasiones un buen metafísico y se nos muestra de continuo como un taumaturgo nada despreciable.

\*  
\* \*

El asunto de estos discursos nos lleva por una asociación natural de materias á tratar de la colección de *Obras completas* de D. Ramón de Campoamor, que se está publicando por la casa editorial de González Rojas bajo la dirección de los señores D. Urbano González Serrano, D. Vicente Colorado y D. Mariano Ordóñez. Aunque las condiciones de belleza tipográfica de esta edición dejan que desear, cosa disculpable si se tiene en cuenta lo económico de su precio y el hecho de estar-se publicando por entregas, lo cual impone hasta cierto punto (dentro de las costumbres del mercado) ciertas condiciones de tamaño y de impresión, á cada paso se echa de ver la inteligente dirección de aquellos señores, entre los cuales figuran un filósofo de pensamiento profundo y perspicaz y que es además un literato, como el Sr. González Serrano y un escritor de delicado gusto y de varia cultura, el Sr. Colorado, que maneja con tanta facilidad el verso como la prosa. Todo lo que representa en esta publicación acción directiva, como la reproducción de autógrafos de Campoamor, los diferentes retratos del poeta que se insertan, los prólogos de las diferentes obras contenidas en cada tomo y las noticias bibliográficas que enteran al lector no sólo de las ediciones anteriores de cada obra, sino de los principales trabajos críticos y de controversia de que ha sido objeto, revelan buen gusto, inteligencia y clara comprensión de lo que debe ser una edición de este género, lo cual compensa sobradamente los defectos que en la parte material pueden señalarse.

Los directores de esta publicación han tenido la buena idea de comenzar por las obras menos conocidas de Campoamor, que no son las más importantes (por regla general, lo más conocido de los autores antiguos y modernos, salvo el

caso de destrucción ó pérdida de escritos, es lo mejor, lo que se ha popularizado ó ha conseguido al menos el sufragio favorable de los doctos; las excepciones son escasas); pero que aun no siéndolo, son las que mayor curiosidad pueden inspirar al público, las que mejor pueden asegurar, por consiguiente, el buen éxito de la edición, y también aquellas cuya reimpresión es más urgente por hallarse agotados ó andar escasos algunos de estos libros. De las poesías de Campoamor, que serán siempre lo principal de su obra, lo característico, aquello que le asigna un puesto muy importante en la historia de la literatura española del siglo XIX, se han publicado ediciones numerosísimas. Empezar por ellas, hubiera sido desde el punto de vista editorial una torpeza. Aparte de esta consideración, quizás el haber antepuesto, por ejemplo, los escritos filosóficos, sirva para que los que lean metódicamente estas obras, al llegar á las poesías tengan ya por anticipado un excelente comentario auténtico de las mismas, y puedan explicarse mejor los rasgos psicológicos fundamentales de las obras poéticas y las tendencias filosóficas que en muchas de ellas se revelan.

El primer tomo (*Obras filosóficas*) comprende *El personalismo*, el discurso de ingreso en la Academia española sobre el tema: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al idioma, Lo absoluto* y un artículo sobre Bacon. El segundo (*Estudios histórico-biográficos y polémicas políticas*) encierra la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, la *Filosofía de las leyes*, varios discursos parlamentarios, las *Polémicas con la democracia*, la *Biografía de Cánovas*, escrita para el álbum de contemporáneos célebres, de la Condesa de Antillon, y dos artículos sueltos (Crónica de *La Época* de Chile, y *Cotoner*, el último inédito hasta ahora). Cada uno de estos trabajos lleva una noticia bibliográfica, y los principales un prólogo que refleja bien el carácter de la obra á que se refiere.

Entre estas obras de Campoamor, las que, á mi juicio, ofrecen mayor interés son las filosóficas. La originalidad y sol-

tura de su forma de exposición las hace muy interesantes. Aunque no tuvieran otro mérito, bastaría éste para que pudiese recomendarse su lectura como un medio de disipar la preocupación de que la filosofía es una ciencia hermética á la cual no es lícito acercarse sin cumplir las ceremonias de un misterioso ritual y sin adoptar un lenguaje diferente del que sirve para los demás usos de la vida. Estas obras de Campoamor, escritas hace muchos años, en época en que la filosofía, mal ó bien, era más cultivada que ahora en España, pueden ejercer todavía cierta acción innovadora, sirviendo á los iniciados para descargarse un tanto del hábito de un estrecho tecnicismo, y á los no iniciados para acostumbrarse á mirar á la filosofía como cosa accesible á los mortales por los mismos senderos que las demás moradas del conocimiento. Nuestra pobreza filosófica (demostrada por el hecho de que no haya habido ningún filósofo de primer orden español) ha hecho acaso, ó ha ayudado á que se dé aquí extraordinaria importancia al tecnicismo, á las formas convencionales de expresión. Krausistas y escolásticos, que han sido nuestros tipos más comunes de filósofos en el pasado siglo, y que siendo tan distintos en ideas y en la orientación general del pensamiento, ofrecen, sin embargo, tantos puntos de semejanza psicológica, tantas analogías en los defectos y en las cualidades, como hombres al fin de la misma raza y de la misma época, criados en el mismo ambiente, unos y otros estuvieron dominados, por regla general, de la pasión del tecnicismo y de la manía del método y de la sistematización, que exagerados llegan á ser, en efecto, una manía. Así han llegado á crearse en una y otra dirección dos especies de lenguaje filosófico casi ininteligible para los profanos, lenguajes de clave, especies de un volapuck científico. De ahí ha venido el divorcio entre la filosofía y la literatura, y la aversión que hacia aquella clase de enseñanzas muestra la mayoría de nuestros estudiantes, ó mostraba al menos en la época en que yo frecuenté las aulas. Como ejemplo característico, recuerdo lo ocurrido en cierta clase de metafísica á que yo

asistía hace bastantes años y que regentaba un catedrático no desprovisto de ciencia ni de iniciación literaria, aunque sí de condiciones pedagógicas.

Su definición de *persona* era una especie de fórmula algebraica, formada por términos, cada uno de los cuales requería una explicación y un comentario para ser inteligible. Sucedió que cierto estudiante, no conservando la definición en la memoria, no acertó á contestar al profesor lo que era persona, caso no raro, pues suelen ser estas definiciones como una maquinaria complicada, en que faltando alguna ruedecilla cesa al punto el movimiento. La definición del estudiante *no andaba*; en efecto; se le había caído alguna rueda. El profesor á quien, naturalmente, parecía su tecnicismo cosa por demás clara y sencilla, estrechaba al estudiante proponiéndole aplicaciones prácticas, y llegó á preguntarle si los niños eran personas. Quedóse el alumno suspenso y receloso, sin atreverse á resolver por la afirmativa ó la negativa. Harto sabía él que lo eran en la realidad; ¿pero lo serían también filosóficamente? La preocupación de las fórmulas le impedía admitir sin más trámites la contestación de la experiencia y del sentido común.

Sin entrar en comparaciones (que tendrían que resultar desventajosas para Campoamor, que era poeta antes que filósofo, y fue en esta última esfera un aficionado muy perspicaz, pero no un profesor ó un *profesional*), se nota, en este aspecto literario de sus obras de filosofía, que hizo algo de lo que han hecho, entre otros filósofos modernos, Schopenhauer y Nietzsche, *desencantando* la filosofía, traduciéndola en muchos casos al lenguaje corriente.

Pero no es exclusivamente formal el interés de las citadas obras; hay en ellas muchos felices atisbos, muchas adivinaciones y muchos rasgos de originalidad, que las dan valor sustantivo y hacen olvidar los defectos que una crítica severa podría hallar en estos escritos. A mi parecer, los prólogos de *El personalismo* y *Lo absoluto* reflejan con gran exactitud el

carácter peculiar de uno y otro tratado. Aunque los firman todos los directores de la publicación, mucho me engaño si no son obra de González Serrano, que es voto en la materia.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.— OCULTISMO: Los videntes y los profetas. = HISTORIA: ¿Está Inglaterra en decadencia? = CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: El diario de un Obispo durante el Concordato. = PSICO-FÍSICA: Psicología del llanto. = LITERATURA: Un verdadero poeta. = IMPRESIONES Y NOTAS: La Psico-física en el Congreso fisiológico de Turín. — Las Corporaciones religiosas en España. — Los ingleses y sus colonias. — Cuba bajo los yanquis.

## OCULTISMO

LOS VIDENTES Y LOS PROFETAS. — Continuando su estudio sobre *El milagro moderno* (1), dice Julio Bois que los profetas y los videntes han existido siempre, mientras que los *mediums* no han sido conocidos hasta mediados del pasado siglo. Tiresias, Isaías, Pitágoras y las Pitonisas son nombres históricos de todos conocidos, sin hablar de Mahoma y de Juana de Arco. Registrando los libros sibilinos de todos los tiempos se encuentra una suma nunca interrumpida de predicciones más ó menos presentables.

Santa Hildegarda anuncia claramente en el siglo XII la aparición del protestantismo, y bosqueja la temible figura de Napoleón. San Malaquías, un irlandés del mismo siglo, nos ha dejado la sucesión de los Papas con detalles tan precisos que asombra tal clarividencia. Citando de paso á Catalina Emerich,

---

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, *Revista de Revistas* del número anterior.

que predijo la Revolución, al abate Souffrand, que á fines del siglo XVIII pronosticó los ferrocarriles, y al abate Mallay y á Rosa Colomba, que predijeron á Luis Felipe, merece recordarse á Sor Mariana, una monja de Blois, que predijo en 1815 los Cien días, anunciando después la muerte del Duque de Berry, la revolución de 1848 y hasta el advenimiento de Napoleón III y la guerra franco-prusiana.

El solitario de la abadía de Orval predijo sucesivamente el reinado de Napoleón I, su grandeza y sus reveses, la primera Restauración, los Cien días, la segunda Restauración y otros acontecimientos que todavía quedan por realizarse. El P. Botín descubrió desde 1410 el advenimiento de Carlos X. Sor Colomba, la dominica de Tadjia, en Piamonte, que murió en 1847, anunció el advenimiento de Víctor Manuel y de Napoleón III, diciendo que éste caería súbitamente, que una democracia furiosa se apoderaría del Gobierno, que luego se dejaría seducir por los bienes de las Corporaciones religiosas, y que habría una persecución que empezaría por los jesuítas. Por lo que hace á los tiempos recientes, los vaticinios compulsados son tan caóticos como ilusorios, coincidiendo en el anuncio de grandes catástrofes y en el advenimiento de un gran Rey, de la rama de los Naundorf ó Borbones supuestos, aliado de un gran Papa.

La mayor parte de los profetas son solitarios, vírgenes ó monjes, sin relieve mundano. Hay que exceptuar algunos, entre los que merece especialísima mención el Conde de San Germán, hombre realmente extraordinario, muy de otro modo que Cagliostro y que Cazotte, gentilhombre misterioso, tan elegante como astuto y entendido. Tenía el talento de contar anécdotas históricas con gran lujo de pormenores, y se mezclaba en ellas como si hubiera estado presente, haciendo creer que tenía más de mil años. Se supone que murió en 1780, pero hechos proféticos auténticos que se le atribuyen son muy posteriores, y los teósofos, que le colocan entre sus maestros, afirman que vive todavía retirado en Venecia y que pronto volverá á la vida política, como lo anunció á Luis XVI. Los hechos



que siguen los ha tomado Julio Bois de cuatro tomos auténticos, *Recuerdos de María Antonieta*, escritos por su amiga íntima la Condesa de Adhemar, y son casi desconocidos.

Era en los comienzos del reinado de Luis XVI, durante el ministerio Maurepas; un domingo estaba la señorita de Adhemar á las ocho de la mañana arreglándose para ir á misa, cuando su doncella la anunció que un caballero deseaba hablarla; no se explicaba una visita tan intempestiva cuando se presentó el Conde de San Germán, á quien se creía muerto, con el nombre de señor de San Noel. En seguida se habló de política, y el Conde echó de menos á Luis XV, por él y por Francia.

—No es de esa opinión la nación—replicó la dama,—pues cuenta con el nuevo reinado para su felicidad.

—Es un error. Ese reinado le será fatal. «Se ha formado una conjuración gigantesca que todavía no tiene jefe conocido, pero que aparecerá dentro de poco; el objeto es nada menos que la derrocación de lo existente; hay mala voluntad por parte de la familia Real, del clero, de la nobleza, de la magistratura; todavía, sin embargo, es tiempo de detener el complot, luego será imposible.»

El Conde suplicó á la señora de Adhemar pidiese á la Reina una entrevista, y otorgada la audiencia no sin trabajo, dijo el Conde:—Señora: El partido enciclopedista desea el poder; no lo obtendrá sino por la caída del clero, y para asegurar este resultado derribará la Monarquía; el partido, que ha buscado un jefe en un miembro de la familia Real, se ha fijado en el Duque de Chartres. Este Príncipe será el instrumento de hombres que le sacrificarán cuando haya cesado de serles útil; le ofrecerán la Corona de Francia y encontrará el cadalso en lugar del Trono. Pero antes de ese día, ¡qué de crímenes y crueldades! Las leyes no servirán de protección á los buenos ni de terror á los malos; estos últimos cogerán el poder con sus manos eusangrentadas y abolirán la religión, la nobleza y la aristocracia.

—Entonces no quedará más que la Monarquía—dijo María Antonieta con impaciencia.

—Ni siquiera la Monarquía, sino una república famélica, que tendrá por cetro el hacha del verdugo.

—¡Caballero!—interrumpió la señora Adhemar—pensad en lo que decís y ante quién.

—No he venido—dijo Saint-Germain—á rendir homenaje á la Reina, sino á advertirla del peligro que amenaza al Trono. Pasaréis todavía tranquilos algunos años; luego, por todas partes surgirá la revolución.

Estas predicciones y otras no menos precisas recogidas por la señora Adhemar dan vivísimo interés á su relato. En 1789 le volvió á ver, tal como le había visto en 1760, y al anunciarle que la Reina perecería asesinada, predijo los sucesos de todo un siglo.—¿Qué será de Francia? Reino, república, imperio, estado mixto, atormentado, agitado, desgarrado; de tiranos hábiles pasará á otros ambiciosos sin mérito; el orgullo abolirá las distinciones, no por virtud, sino por vanidad, y por vanidad volverán; los franceses, como los niños que juegan á la honda, jugarán á los títulos, honores y cordones; y gentes de gran apetito devorarán la Hacienda: hoy se hace la Revolución en nombre de unos cincuenta millones de déficit del Tesoro; mañana, bajo la dirección de los filántropos y de los retóricos, la deuda del Estado será de miles de millones...

## HISTORIA

¿ESTÁ INGLATERRA EN DECADENCIA?—Tal es la pregunta que se hace Carlos Giraudeau en la *Revue Bleue*. Es pronto quizá, se contesta, para emitir un juicio definitivo sobre las consecuencias de una guerra todavía no terminada. Pero es evidente que esta guerra ha metamorfoseado á los ingleses. Ese «pueblo de tenderos» se ha convertido en el más inconsciente de los corredores de aventuras.

Nunca los escrúpulos han ahogado al hombre de Estado inglés; pero antes tenían siquiera la disculpa de que no ejecutaban una mala acción que no fuese un buen negocio; si no retrocedían ante ningún medio, era por estar seguros de que el negocio daría de sí para pagarlo todo. Ahora no hay nada de eso. Se ha ido á la guerra sin saber lo que esa guerra podía ser, creyendo que se trataba de un simple paseo militar, que empezaría el 11 de Octubre de 1899 para acabar en Navidad. Y la guerra sigue, y el pueblo inglés marcha tras de Chamberlain y de Cecilio Rhodes, que acaso haya sido llamado el Napoleón del Cabo porque Inglaterra deba encontrar en el Africa del Sur la misma resistencia que el Gran Ejército encontró en las sierras de la Península contra aquellas guerrillas españolas que iniciaron la ruina del Coloso.

Y el pueblo inglés sigue gritando y pagando. Y en esto es en lo que resulta incomprensible esta transformación de la raza. Esos negociantes rapaces entregan sus economías y no piden cuentas. Y los impuestos suben, y los empréstitos crecen, y las necesidades aumentan. Y John Bull no dice nada. Os digo que han cambiado á ese viejo John Bull, y que ni el mismo Punch le reconoce. Y no se contentan con arruinar á John Bull, que ha gastado en cuatro años las economías hechas en cincuenta; era libre, y ya no lo es: el *Habeas corpus* es ya sólo una vana palabra; Miss Hobhouse, por denunciar las atrocidades contra los boers, es detenida; en el Cabo los periodistas son encarcelados, llevados ante Consejos de guerra y condenados por el solo crimen de haber publicado noticias verdaderas, pero no pasadas por el tamiz de la censura; y el Parlamento del Cabo no se convoca, con flagrante infracción de la ley constitucional y el presupuesto no se vota, y los ingleses encuentran natural todo esto.

John Bull se ha quedado sordo y ciego. Sabe que sus Ministros le han engañado cuando le anunciaron el fin de la guerra para escamotear las elecciones; sabe que le han seguido engañando, y se aguanta. Es imperialista, y con eso le

basta. «No sabemos—decía Salisbury en 1897—cuál es nuestro porvenir; sentimos que somos instrumento de un gran experimento; antes de nosotros ha habido emigraciones y colonias, pero esos imperios no han durado nunca. Nosotros intentamos en este momento histórico el ensayo de mantener semejante imperio sobre la base de la buena voluntad, la simpatía y el afecto mutuos.»

Hace cuatro años eso podía pasar por verdad; hoy son viejos recuerdos, pero recuerdos proféticos. «Las colonias gobernadas injusta é imprudentemente están condenadas á separarse de la metrópoli.» El Cabo está irremisiblemente perdido para Inglaterra; triunfen ó sucumban los boers, el Cabo no perdonará á Inglaterra su felonía, su cobardía y sus crueldades, ni podrá ya creer en promesas ni compromisos. Malta, tras un siglo de dominación, es tratada como país conquistado, negándose á sus habitantes el derecho de emplear su lengua nativa; y en Australia no quieren recibir artesanos ingleses, y los productos de Inglaterra son tratados como extranjeros. Inglaterra no es ya «el instrumento del gran ensayo» de que hablaba Salisbury; es una de tantas potencias coloniales como todas las que la han precedido, y el mismo Salisbury lo ha dicho: «El hecho histórico es que esos imperios no han durado nunca».

¿Ha llegado la hora del decisivo declinar para el Imperio británico? Algunos lo piensan, muchos lo esperan. Lo positivo es que no saldrá de esta crisis sino muy disminuído, aunque no deje en ella ninguna tira de su carne. Su prestigio militar está más que comprometido; sus Generales y Oficiales superiores han dado pruebas de una impericia y de una ignorancia que los ponen muy por debajo de cuanto pudiera imaginarse; sus soldados mismos han demostrado su falta de resistencia, no habiéndose visto jamás tantas capitulaciones á campo raso ante un enemigo numéricamente inferior. La experiencia ha demostrado que su material de guerra es deplorable, sobre todo en artillería, y se dice que sus navíos de guerra no están

mejor surtidos que sus baterías de campaña, afirmando muchos expertos que su Estado Mayor naval produciría, si se le pusiera á prueba, los mismos desengaños que el Estado Mayor de tierra, sosteniéndose que su inmensa marina cuenta muchas unidades como los contratorpederos *Viper* y *Cobra*, recientemente partidos en dos por una mar gruesa.

De todo eso se deduce que el poder británico, ¡ese espantajo de Europa, no era más que un gran diablo que los obuses de los *longtoms* boers han hecho reventar. Eso es apresurarse un poco; el gran diablo sigue en pie y enseñando los dientes; lo que sí sabemos es que algunos de esos dientes son falsos, y que si John Bull se viese obligado á comer un *roatsbeef* algo duro, correría el riesgo de dejar en él parte de sus mandíbulas.

## CUESTIONES SOCIALES

EL DIARIO DE UN OBISPO DURANTE EL CONCORDATO. — Es curioso este libro de Fonsegrive, á juzgar por los extractos del mismo que publica la *Revista Iberoamericana de Ciencias Eclesiásticas*, por la lealtad con que expone el estado intelectual del clero el protagonista, que es un humilde párroco elevado por sus méritos al Episcopado y que anota diariamente sus impresiones. Inspeccionando el Seminario, quiso enterarse por sí mismo del ponderado saber del profesor de Filosofía, y se encontró con una explicación rimbombante sobre la duda cartesiana, llena de *refellitur Cartesius, refutatur Cartesius*.

Al salir de la clase, el Obispo dice al Profesor:— Es muy curiosa esa teoría de la duda cartesiana, ¿verdad, Sr. Profesor? Es lo que llamaban duda hiperbólica, ¿no?—Perdone, ilustrísimo señor: se llama duda metódica.—¿Está usted seguro de que él la llama así?—Ciertamente, señor.—¿Y dónde se halla exactamente esa expresión? ¿Se acuerda usted?—En todas partes, señor: en el *Discurso del método*, en las *Meditaciones*, en los *Principios*.—¡Ah! ¿Cree usted? Si halla usted

el pasaje, haga usted el favor de enseñármelo en el texto mismo.—Pero ¿tenemos aquí algún Descartes? — Seguramente, creo yo, por más que ese autor no sea para nosotros de gran utilidad—Para mí—dice el Obispo—era bastante; aquel elocuente Profesor no conocía á Descartes. En la clase de Teología y de Historia eclesiástica, poco más ó menos, el espectáculo era el mismo.

Visitando luego el Seminario menor, dijo el Obispo claramente lo que le parecía que no iba bien, á lo que respondía el Rector:—¿Es tan urgente infundir á los sacerdotes el gusto por la ciencia? ¿Piensa S. I. que será útil desarrollar en ellos el espíritu crítico? ¿No se harán de ese modo inquietos, desobedientes, díscolos, murmuradores y tal vez rebeldes? La inocencia de costumbres, la docilidad, la piedad, me parecen á mí las virtudes más esenciales en un sacerdote.

Y el Obispo replicaba:—Mi querido Rector, yo no creo que la ciencia pueda perjudicar á la piedad. Conozco sabios muy piadosos; en otros tiempos la ciencia fue patrimonio del clero, *mester de clerezía*. No puedo creer que la inteligencia eche á perder nada. A la obediencia no la echa á perder: la obediencia no es efectiva sino cuando es inteligente, y sólo entonces es meritoria. ¡Dios me libre de servidores bien intencionados, pero imbéciles!... En cuanto al espíritu crítico, el verdadero, lejos de ser un mal espíritu, como usted teme, es un espíritu muy bueno; porque no consiste en no creer nada, en no admirar nada, sino que consiste en no creer sin razones valederas, en no admirar sin causa, en no obedecer más que á las autoridades.

La visita á las comunidades no tiene desperdicio y merece que transcribamos íntegro el Diario del Obispo:

.....

«16 Diciembre.—Hoy he visitado á nuestras comunidades. En cuanto al orfelinato, se impone una reforma. Está dirigido por unas religiosas que tienen aquí su casa matriz, y de las cuales soy, por tanto, el superior directo. He querido verlo

todo y lo he obtenido. Paréceme que se toma el medio por el fin y viceversa.

¿Cuál es, en efecto, el fin de un orfelinato? Educar huérfanos ó huérfanas y ponerlos en disposición de ganar honradamente la vida. Por tanto, es menester, ante todo, enseñarles un oficio, y es precisamente lo que aquí se olvida...

Pregunté á la Superiora qué se hacía de las huérfanas al salir de la casa.

—La mayor parte se colocan de doncellas ó de cocineras.

—Entonces ¿las enseñarán ustedes á guisar?

—Su Ilustrísima está de buen humor. ¿Cómo podríamos hacerlo? Cociendo patatas ó garbanzos no podrían aprender gran cosa.

—Sin duda. ¿Pero á lo menos las mayores irán por turno á la cocina para aprender á hacer sopas y preparar legumbres? ¿Hacen ellas el menaje? ¿Tienen idea de lo que es un mercado? ¿Saben de la compra?

—Pero, ilustrísimo señor, ¿cómo quiere...?

—Sin embargo, cada ocho días, por ejemplo, podría dárseles una lección práctica de cocina, sobre todo á las que están para salir. Siempre tendrá usted algunas enfermas á quienes mimar, y esos platos servirían para ellas. Yo oía decir á mi madre, que lo entendía bien, que cuando una cocinera sabe arreglar una salsa más, ya sabe todo el arte de cocina. ¿Cree usted que sería muy difícil ó costoso enseñar á vuestras jóvenes á hacer una mayonesa ó una salsa tártara? Una mayonesa puede hacerse con cuarenta céntimos.

—¡Ay, señor! ¡Cuarenta céntimos son un capital para nosotras! Y luego nuestras jóvenes son un poco golosas. En cuanto gustaran estas viandas, querrían ya otra cosa mejor que nuestros guisos.

—Sí, pues yo he visto, hermana mía, al pasar por el obrador, jubones bordados y camisas de encaje. ¿No cree usted, pues, que alguna de estas jóvenes querría tener prendas semejantes? ¿Es esto menos peligroso?

La buena Superiora quedó un momento cortada; pero pronto se repuso, y dijo:

—Hay que vivir, señor. La lencería fina es la que nos mantiene. En la lencería ordinaria una obrera no puede ni aun con máquina ganarse el sustento. De este modo nuestras jóvenes, como dice muy bien Su Ilustrísima, tendrán al salir un oficio.

—¿Es verdad eso siquiera, mi buena hermana? Yo he visto hace poco á una joven en el obrador que, después de hacer unos ojales, pasaba el trabajo á otra que hacía un respunte, y en seguida tomaba ella otra pieza y se ponía á hacer otros ojales. ¿Cree usted que una joven que no hizo en su vida más que ojales, será capaz de hacer un jubón ó una camisa?

Yo hablaba muy serio. La Superiora se callaba y parecía pensativa...

—Yo sé que usted y las hermanas quieren sinceramente hacer el bien, pero tengo por cierto que vuestro instituto se ha desviado... Esta pequeña ganancia ha parecido á ustedes un recurso esencial; han temido disminuirla y han trabajado por aumentarla, y eso es lo que ha viciado todo, porque de allí ha venido la división excesiva del trabajo y la especialización de las obras; en una palabra, el olvido del fin primario.

Debían ustedes formar á las jóvenes para el trabajo y para la piedad. Deberían ustedes ser para ellas unas madres. Si una joven sale de aquí sin saber ganar su vida, no han logrado ustedes el fin.

Nada de especialización precoz: que todas sepan un poco de todo y bastante bien...

—Entonces, señor, ya podemos cerrar el convento; de aquí á seis meses no habría nada que comer.

—Se engaña usted, hermana. Habrá aquí de comer mientras lo haya en otra parte... Entonces venid á mí, y si yo no tengo, iré á pedirlo para ustedes...»

Interviniendo en una discusión entre un dominico y un jesuíta durante una comida, decía á éste:



—«Pero, mi buen Padre—dije yo:—¿no cree usted que es perder el tiempo el querer profundizar en estos misterios, y que sería mejor emplearlo en fortalecernos para la lucha con los verdaderos enemigos?

En otro tiempo, cuando el catolicismo no era discutido, podía entretenerse la vida intelectual por medio de esas luchas interiores. Pero ahora tenemos bastante con luchar contra el enemigo de fuera. Paréceme que hoy debían cesar todas las rivalidades entre las Congregaciones y clero parroquial—los párrocos aplicaron el oído—y entre unas y otras Congregaciones. Empleamos en suplantarnos los unos á los otros, en disputarnos la influencia sobre las almas, aquellas fuerzas que debíamos emplear en la conversión de los infieles. Cada cual quiere extender su influencia y su clientela—para el bien, lo concedo;—mas ¿por qué no conquistar á masones ó librepensadores en lugar de lanzarse sobre las tierras del vecino?

Todos callaban y observaban. El dominico miraba de reojo al jesuíta; éste parecía muy ocupado en arreglar su cubierto; los párrocos paseaban sobre los religiosos y sobre la mesa miradas circulares y triunfantes; los canónigos y arciprestes se miraban unos á otros y esforzaban su atención.

El jesuíta, por fin, habló:

—No creo, señor, en la existencia de esas luchas y de esas rivalidades internas. Cada escuela, cada Orden religiosa, tiene sus preferencias teológicas, pero nadie trata de sustituir su influencia á la de otra Orden.

—Seguramente nadie quiere quitar á otro su clientela—añadió el dominico.

—«Clientela»—dije yo—es una palabra inexacta. Yo la tomaba en su sentido antiguo. Entonces, mis reverendos Padres, ¿creen ustedes que no hay ninguna rivalidad entre unas y otras Órdenes, y entre éstas y las parroquias?

—Lo que es nosotros—observó el párroco de la catedral,—no queremos ni podemos ser rivales de nadie. Pero, desgraciadamente, hay que confesar que con tantas capillas, con

tantos lugares de culto, están desiertas las funciones parroquiales. A muchos de nuestros mejores feligreses no los vemos más que en los bautizos, en los matrimonios, en los entierros. Hay aquí un mal; nuestras fábricas pierden mucho, y no sé si la religión ganará algo.

—Sin embargo, señor Cura—dijo el dominico,—los religiosos, al tomar una parte del cargo parroquial, le hacen menos pesado. ¿Qué habría usted hecho estos días con sus coadjutores si hubiese tenido que confesar á tanta gente como ha ido á los Capuchinos?

—¡Oh! esos buenos Capuchinos—dijo el párroco,—esos ya son otra cosa. Lo que digo es que la parte más piadosa de mi parroquia no viene á la Catedral ni aun los domingos. Es un dolor que un párroco no conozca á sus feligreses. La Parroquia es el órgano religioso establecido por los Concilios. Debía fomentarse la vida parroquial. Hoy está empobrecida con tantos desagües. Está anémica: lo mejor de su sangre va á parar á otra parte.

¿Y no cree Su Ilustrísima que es duro, para un encargado de almas, el ver que no ejerce influencia en la porción más escogida de sus parroquianos? ¿Cómo puede organizar nada? ¿Cómo alimentar la llama de vida, si todo ardor y entusiasmo se va á otra parte?

¿Creería Su Ilustrísima que no lejos de aquí hay un patronato dirigido por Hermanos de las Escuelas cristianas, el cual reúne á casi todos los jóvenes de la clase obrera, y que el señor Cura ni siquiera conoce á estos jóvenes? Oyen misa en el patronato, hacen ejercicios espirituales en el patronato, se confiesan allí con el Capellán. Cuando quieren casarse, el párroco se sorprende al averiguar que cerca de él vivía un excelente cristiano, de cuyo celo habría necesitado muchas veces. ¿No hay aquí un mal?»

—Renunciamos á seguir haciendo citas, porque las hechas bastan para formarse clara idea de la sinceridad que resplandece en este libro.

**PSICO-FISICA**

PSICOLOGÍA DEL LLANTO.—El llanto no tiene por causa una emoción moral única—dice Camilo Melinand en *La Revue*.—Hay tres clases de llanto: el mecánico, el involuntario y el medio voluntario.

Hay casos, en efecto, en que se llora mecánicamente, por un bostezo, por un acceso de tos, por el olor de la cebolla, por las náuseas. La teoría fisiológica de este llanto es sencillísima: las lágrimas son una secreción normal constante, y el lloro no es otra cosa que un exceso de secreción, que se produce cuando hay contracción enérgica de los músculos del ojo. Así se explica el llanto del niño, relacionado con sus esfuerzos para gritar; más tarde, por la influencia del hábito y de la voluntad, se suprimen los gritos y quedan las lágrimas. A este llanto mecánico pueden referirse ciertos casos de lloro en el teatro; cuando el actor se expresa con calor y con sinceridad, lloramos á veces en efecto, sin que, en realidad, estemos conmovidos; y es que se produce, por la imitación inconsciente de la mímica del actor que hacemos, una contracción que provoca el llanto.

Además de estas lágrimas hay otras que expresan una emoción y que son absolutamente involuntarias, y que el vulgo, no sin razón, las relaciona con la tristeza. Esta explicación del llanto por la tristeza es verdadera, pero no es completa. Los casos en que se llora por la sola presión de un sentimiento son raros en el hombre adulto. Se ha sufrido una gran desgracia, se hacen esfuerzos violentos para soportarla, pero llega un momento en que la tensión se hace insoportable y surge el llanto y se confiesa uno vencido; se ha soportado sin llorar una desgracia, y basta entonces una palabra de simpatía, una queja, la llegada de un amigo, para que el dolor se deshaga en lágrimas; y es porque se estaba en el último lími-

te del dolor tolerable, en un estado de sobresaturación de dolor; la compasión también arranca lágrimas, pero casi únicamente en el teatro, pues en la vida real la compasión se fatiga ó se aparta antes de llegar al grado de intensidad necesaria para provocar el llanto. En cuanto á las emociones tiernas, como un *reconocimiento* en el teatro, hacen también llorar, y sabido es que se llora de alegría, aunque ese llanto no sea tan frecuente.

Hay, pues, que completar la explicación vulgar de las lágrimas por la tristeza, diciendo que la causa del llanto es una distensión brusca que sucede á una emoción muy dolorosa. El hecho es evidente en los casos de extremo sufrimiento físico: un hombre soporta una operación sin llorar, y luego, cuando todo está concluído, la distensión se produce y las lágrimas brotan. Ribot se inclina á creer que las lágrimas corresponden, no al dolor mismo, sino á la reacción que sigue al dolor; las lágrimas están relacionadas con un aumento de la presión sanguínea, y en la tristeza no hay aumento, sino disminución de esta presión; la reacción que sigue es la que provoca la presión y el llanto.

Los llantos más frecuentes son los semivoluntarios; solos, no lloraríamos, y ante testigos lloramos. ¿Por qué? Dejemos aparte los lloros hipócritas, los llantos de comedia. Hay casos numerosos en que sentimos una emoción real, pero no irresistible; podemos no llorar y lloramos, y este es el llanto semivoluntario, del que pueden servir de ejemplo ciertas «lágrimas de conveniencia», como las que se derraman en un duelo. ¿Cómo explicar esta intervención de la voluntad? ¿Por qué se quiere llorar? Las lágrimas son un lenguaje, un medio de expresión; el que llora dice que sufre; por eso el llanto no siempre es fruto de una emoción, sino el objeto de esa emoción.

Observad á un niño que se acaba de caer; si el daño no ha sido grande se aguanta, y si está solo no llora; pero la madre corre, se lamenta y el niño rompe á llorar, para mostrar que es digno de la compasión que se le tiene, para que le mimen.

Observad á un niño á quien se acaba de reprender y que llora; podría callarse, pero llora por dos razones más ó menos claras para él: para enternecer á quien le ha reñido, á fin de que le consuele, y para conmover á los espectadores, protestando á su modo de la reprensión. Las lágrimas de las mujeres son casi siempre de esta especie. Cuando el marido, por ejemplo, ha proferido alguna frase brutal ó mortificante, la mujer llora, y llora sin duda porque su disgusto ó su despecho son intolerables; pero también para enternecer al bárbaro, para despertar sus remordimientos. Los hombres mismos lloran también á veces con intención, como cuando llega el momento de una separación, por ejemplo; claro es que aquel llanto es fruto del dolor sentido, pero es también algo así como una tentativa desesperada para retener al que se va.

El llanto es un lenguaje, y las explicaciones dadas se armonizan perfectamente con la teoría de Darwin, de que las lágrimas se relacionan con el grito; si originariamente son inseparables del grito, ¿qué es el grito sino un lenguaje de alarma? Esta teoría concuerda también con la de Schopenhauer, algo estrecha, pero ingeniosa; según él, las lágrimas son la expresión de la piedad, de la compasión de sí mismo. En efecto; si lloro por mí, no es la percepción de mi dolor la que me hace llorar, sino la reflexión sobre mi suerte, que me parece lamentable; si lloro por otro, es porque me pongo en su lugar y tengo compasión de mí mismo.

El llanto es casi lo opuesto al rubor; las lágrimas expresan una emoción que á veces queremos revelar y que nunca intentamos ocultar; el rubor expresa, á pesar nuestro, una emoción que nos esforzamos por ocultar, ya proceda de modestia, de timidez, de pudor ó de vergüenza; cuando uno se ruboriza, desea quede secreta su emoción; cuando llora, desea revelarla. Ni podemos ruborizarnos á voluntad, ni impedir el rubor. ¿Qué se diría de un autor dramático que acotara un pasaje diciendo: «(aquí el personaje se ruboriza)»?

Comparando el llanto con la risa, se ve que, á pesar de la

oposición, hay cierta semejanza entre ambas manifestaciones: hay una risa involuntaria, la carcajada incoercible; hay una risa falsa, la risa embustera; y hay una risa semivoluntaria, lo mismo exactamente que en el llanto. La alegría predispone á la risa; pero sin forzar los términos, no puede decirse que un *quid pro quod*, un borracho que se tambalea, un traje anticuado, una cabriola de clown, un ronquido en una asamblea, nos produzcan alegría; y sin embargo, nos hacen reír. La risa, como nota Hobbes, tiene siempre algo de «orgullo repentino», de sentimiento de nuestra superioridad con ocasión de las debilidades ajenas, como las lágrimas son una confesión de nuestra propia debilidad. La significación de la sonrisa es distinta, pero no deja de tener analogía con las lágrimas; varía según que se sonríe á alguien ó se sonríe *de* alguien; en el primer caso indica simpatía, benevolencia; en el segundo, desdén respecto del objeto de la sonrisa é inteligencia á la vez con los espectadores. Por lo demás, la diferencia es evidente: la sonrisa no expresa compasión sino por excepción, y nunca indica dolor; las lágrimas, por el contrario, son esencialmente, no el efecto mecánico, sino el lenguaje del dolor y de la compasión.

### LITERATURA

UN VERDADERO POETA.—Podemos casi envanecernos de su descubrimiento. Mucho antes de que el Jurado calificador de los Juegos florales de Salamanca proclamara su nombre, le habíamos nosotros señalado á la pública atención, y hoy, al tropezar en la *Revista Teresiana* con otro de los productos de su ingenio, no podemos resistir al deseo de transcribir las hermosas estancias del *Cristu benditu*, impregnadas de verdadera poesía, para que los lectores de LA ESPAÑA MODERNA puedan saborearlas.

No lo haremos, sin embargo, sin una observación, relativa al lenguaje empleado por Galán en esta poesía. Este lenguaje

nos parece algo artificioso, mezcla, dentro de su fondo charro, del asturiano por sus terminaciones en *u*, del cántabro por sus desinencias en *i*, del leonés por sus pretéritos sincopados, y del extremeño por sus consonantes guturales y aspiradas. ¿Es que se habla de ese modo en Guijo de Granadilla ó en algún cantón de Extremadura? Lo dudamos mucho, y es lástima que las formas de la poesía no sean francamente castellanas, ó no respondan por lo menos á un tipo exacto de un dialecto castellano, sin hibridismos. En todo caso, hay en la misma deformación de los vocablos tesoros enteros de observación, dignos de los más pacientes estudios de los fonetistas, y el vocabulario adoptado imprime al conjunto un sello de originalidad y un sabor tan especial que no deja de tener su encanto. He aquí la poesía del laureado vate salmantino D. José María Gabriel Galán:

## EL CRISTU BENDITU

### I

¿Ondi jueron los tiempos aquellos,  
que pué que no güelvan,  
cuando yo juí presona leía  
que jizu comedias  
y aleluyas tamién y cantarís  
pa cantalos en una vigüela?  
¿Ondi jueron aquellas cosinas  
que llamaba ilusionis, y eran  
a'specie de airinos  
que atontá me tenían la mollera?  
¿Ondi jueron de aquellos sentires  
las delicæzas  
que me jizun lloral como un neni,  
de gustu y de pena?  
¿Ondi jueron aquellos pensarís

que jácian dolel la cabeza  
 de puro lo jondus  
 y enreños que eran?  
 Ajuyó tuito aquello pa siempre,  
 y ya no me quea  
 más remedio que dilme jaciendu  
 á esta via nueva.  
 Ya no güelvin los tiempos de altoncis,  
 ya no tengo ilusionis de aquellas,  
 ni jago aleluyas,  
 ni jago comedias,  
 ni jago cantarís  
 pa cantalos en una vigüela...

## II

Pensando estas cosas,  
 que me daban ajogos de pena,  
 una ves andaba por los olivaris  
 que la ermita del Cristu röean.  
 Tristi y aginao,  
 de la ermita me juí por la vera;  
 solitaria y abierta la vide  
 y entrémi por ella.  
 Con el alma llenita de jielis  
 con el pecho jechito una breva  
 y la cara jaciendu pucheros  
 lo mesmito que un niño de teta,  
 juíme ampié del Cristu,  
 me jinqué en la tierra,  
 y jiciendo la crus, recé un Creo  
 pa que Dios quisiera  
 jacelmi la vía  
 una miaja tan sólo más güena.  
 ¡Qué güeno es el Cristu  
 de la ermita aquella!  
 Yo le ije dispues de rezali:  
 —¡Santo Cristu, que yo tengo pena,  
 que yo vivo tristi  
 sin sabel de qué tengo tristeza



y me ajogo con estos ansionis  
 y este jormiguillo que me jormigüea!  
 ¡Santu Cristu querío del alma!  
 Tú pasastis las jielis más negras  
 que ha podío pasar un nació  
 pa que tos los malos güenos se golvieran;  
 pero yo sigo siendo maletu  
 y á tí te lo digo lleno de velgüenza  
     pa que me perdonis  
 y me jagas entral en vereea.  
 Tú, que estás en la Crus clavaito  
 por sel yo maletu, quítame esta pena  
     que drentu del pecho  
     me escarabajea!...  
 ¡Jalo asina, que yo te prometo  
 jacelmi bien güeno pa que Tú me quieras!...

## III

    ¡Qué güeno es el Cristu  
     de la ermita aquella!  
 Pa jacel más alegri mi via  
 ni dineros me dió ni jacienda,  
 polque ice la genti que sabi  
 que la icha no está en la riqueza.  
 Ni me jizu marqués, ni menistro,  
     ni alcaldi siquiera,  
 pa podel dil á misa el primero  
 con la ensinia los días de fiesta  
 y sentalmi á la vera del cura  
     jaciendu fachenda.  
 ¡Pa esas cosas que son do fanfarria  
 no dá nada el Cristu de la ermita aquella!  
 Pero aquel que jiciendu pucheros  
     se jinqui en la tierra,  
 y, dispués de rezali, le iga  
     las jieles que tenga,  
 qui se vaiga tranquilo pa casa,  
 que ha de dali el Cristu lo que le convenga.

A mí me dió un hijo  
que päeci de rosa y de cera,  
como dos angelinos que adornan  
el retablo mayol de la iglesia.

Un jabichuelino  
con la cara como una azucena,  
una miaja teñía de rosa  
pa que entavía más guapo päeza.

Á mí me entonteci  
cuando alguna risina me jecha  
con aquella boquina sin dientes,  
rëondina y fresca,  
que paeci el cuenquin de una rosa  
que se jabri sola pa si se la besa.  
¡Uy, qué boca tan guapa y tan rica!  
¡Paeci de una tenca!

A vecis su madri  
en cuerinos del tó me lo quea,  
se poni un pañali tendío en las sayas  
y allí me lo jecha.

¡Paeci un angelino  
de los de la iglesia!

Yo quería que asin, en coretis,  
siempri lo tuviera,  
y cuando su madri vuelvi á jatealo,  
le igo con pena:

—¡Éjalo que bregui,  
éjalo que puéa

raneal con las piernas al airi  
pa que crïe juerza!

¡Éjalo que se esponji un ratino,  
que tiempo le quea

pa enlisiarsi con esos pañalis  
que me lo rivientan!

¡Éjamelo un rato  
pa que yo lo tenga,

y le jaga cosinas bonitas  
pa que se me ría mientris que pernea!

¡Que gozi, que gozi,  
to lo que asin quiera;

que pa jielis, y ajogos, y aginos,  
mucho tiempo quea!  
Éjamelo pronto pa zarandéalo!  
Ejame el mi mozu pa que yo lo meza,  
pa que yo le cante,  
pa que yo le duerma  
al son de las guapas  
tonás de mi tierra,  
continás y dulcis  
que päecin zumbíos de abeja,  
ruíos de regato,  
airi de alaméa,  
sonsoneti del trillo en las miesis,  
rezumbal de mosconis que vuelan  
ú cantal dormilón de chicharra  
que atonteci de gusto en la siesta...  
¡Miále cómo bulli,  
miále cómo brega,  
miále cómo sabi  
óndi está la teta!  
Si conocis que tieni jambrina,  
dali una gotera  
pa que prontu se jaga tallúo  
y amarri los chotos á puro de juerza.  
¡Miáli qué prontino  
jizu ya la presa!  
¡Miále cómo traga; miá qué cachetinos  
mentris mama en el pecho te pega!  
¡Miá que arrempujonis dá con la carina  
pa que salga la lechi con priesa!  
Asin jacin tamién los chotinos  
pa que baji el galro seguío y con juerza.  
Ya se vá jartando; ¡miá cómo se ríe,  
miále cómo enréa!  
Jasta el garguerinu  
la lechi le llega,  
porque va poniendo cara de jartura  
y el piquino del pecho ya eja.  
Quítalo ensegúa pa que no se empachi  
y trai que lo tenga...

¡Clavelino quería del güerto:

ven que yo te quiera,  
ven que yo te cante,  
ven que yo te duerma,  
al son de las guapas  
tonás de mi tierra

pa que puéas cantalas de mozo  
cuando sepas tocal la vigüela.

¡Venga el mi mocino,  
venga la mi prenda!

¡Ven que yo te besi  
con delicäeza,

ondi menos te piquin las barbas,  
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,  
ni te llorin los ojos, ni arruguis  
esa cara más fina que séa,  
ni te trinquis p'atrás enojao  
si tu padri en la boca te besa...!

#### IV

Mujel ¡miá qui lindu  
cuando ya está dormio se quea!  
¿Tú no sabis por qué se sonríe?  
Es porqui se sueña  
que anda de retozos con los angelinos  
en la gloria mesma.

#### V

¡Qué guapo es mi neni!  
¡Ya no tengo pena!  
¡Qué güeno es el Cristu  
de la ermita aquella...!

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA PSICO-FÍSICA EN EL CONGRESO FISIOLÓGICO DE TURÍN.—  
Interesantísimos han sido los trabajos de este Congreso, según la *Revista Iberoamericana de Ciencias Eclesiásticas*.

J. Gaule de Zurich ha dado á conocer los resultados de sus estudios sobre la «evolución periódica de la vida»; K. Osawa, un japonés de Tokio, sus investigaciones sobre los zurdos; Waller, de Londres, sus experimentos sobre la electricidad vegetal; Sherrington y Srünbaum, de Liverpool, sus observaciones sobre la fisiología de la corteza cerebral de algunos monos; Juan Demoor, de Bruselas, la disociación de los fenómenos de sensación y de reacción en los músculos; Broca y Sulzer sus trabajos sobre la vista y el oído, y Marco Treres sus investigaciones sobre la sensibilidad térmica de las distintas mucosas. El estudio de Toulouse-Vaschide y Pieron sobre la «Clasificación de los fenómenos psíquicos desde el punto de vista de la experimentación»; el de Vaschide sobre «El tiempo de reacción simple de las sensaciones olfativas»; y las investigaciones para medir la profundidad del sueño de Sancte de Sanctis y Neyroz, de Roma, son también dignos de especial mención.

\*  
\* \*

LAS CORPORACIONES RELIGIOSAS EN ESPAÑA.—Creemos interesante recoger en un cuadro sinóptico, los datos publicados por la prensa periódica sobre las Corporaciones religiosas, cuyo establecimiento ha sido autorizado en España, con las fechas de las autorizaciones, Ministros que las otorgaron y fines de las mismas. He aquí esta estadística, tal como resulta principalmente de los documentos recogidos por el Sr. Walls y Merino, y publicados en *El Imparcial*:

## CONGREGACIONES DE VARONES

| FECHAS           | MINISTROS           | CONGREGACIONES                                 | FINES          |
|------------------|---------------------|------------------------------------------------|----------------|
| 9 Julio 1875     | Cárdenas .....      | Dominicos.....                                 | Enseñanza.     |
| 17 Julio 1875    | Martín Herrera....  | Divina Pastora.....                            | Idem.          |
| 24 Sept. 1875    | Idem .....          | Herms. del Sagrado<br>Corazón de María.        | Idem.          |
| 11 Enero 1877    | Idem .....          | Capuchinos.....                                | Idem.          |
| 6 Agosto 1877    | Calderón Collantes. | Pasionistas.....                               | Idem.          |
| 3 Sept. 1877     | Idem .....          | Carmelitas .....                               | Idem.          |
| Idem.            | Idem .....          | Herms. menores de<br>S. Francisco.....         | Idem.          |
| 12 Nov. 1877     | Idem .....          | S. Alfonso M. de Li-<br>gorio.....             | Idem.          |
| 6 Agosto 1878    | Idem .....          | Doctrina cristiana..                           | Idem.          |
| 27 Nov. 1878     | Idem .....          | Redentoristas.....                             | Misiones.      |
| 15 Febrero 1879  | Bugallal.....       | Trinitarios .....                              | Contemplación. |
| 16 Marzo 1880    | Idem .....          | Benedictinos.....                              | Idem.          |
| 25 Junio 1880    | Idem .....          | Trapenses.....                                 | Idem.          |
| 23 Enero 1881    | Idem .....          | Misión del Sag. Cor.<br>de Jesús y María..     | Misiones.      |
| 9 Nov. 1881      | Alonso Martínez...  | Misioneros de Africa                           | Idem.          |
| 19 Julio 1882    | Idem .. .....       | Herms. de la Protec-<br>tora.....              | Idem.          |
| 13 Dic. 1883     | Romero Girón.....   | Jerónimos.....                                 | Enseñanza.     |
| 8 Febrero 1884   | Silvela.....        | Agustinos recoletos.                           | Contemplación. |
| 10 Enero 1885    | Idem .....          | Herms. de la Sagra-<br>da Familia.....         | Enseñanza.     |
| 13 Julio 1885    | Idem .....          | Mercenarios .....                              | Caridad.       |
| 9 Febrero 1888   | Alonso Martínez...  | Hermanitos de María                            | Enseñanza.     |
| 9 Sept. 1892     | Cos-Gayón.....      | Hijos de la Sagrada<br>Familia .....           | Idem.          |
| 25 Octubre 1892  | Capdepón.....       | S. Francisco de Sales                          | Idem.          |
| 6 Febrero 1893   | Montero Ríos.....   | Capuchinos.....                                | Contemplación. |
| 25 Octubre 1893  | Idem .....          | Capuchinos de la 3. <sup>a</sup><br>Orden..... | Idem.          |
| 21 Mayo 1900     | Vadillo .....       | Oblatos de María In-<br>maculada .....         | Corrección.    |
| Anteriores ..... | »                   | Escolapios.....                                | Enseñanza.     |
| »                | »                   | Jesuitas.....                                  | Idem.          |
| »                | »                   | Franciscanos .....                             | Idem.          |
| »                | »                   | S. Vicente de Paul..                           | Caridad.       |

## CONGREGACIONES DE MUJERES

|                 |                     |                                             |            |
|-----------------|---------------------|---------------------------------------------|------------|
| 23 Nov. 1876    | Martín Herrera....  | Ursulinas .....                             | Enseñanza. |
| 21 Marzo 1877   | Calderón Collantes. | Salesas.....                                | Idem.      |
| 12 Octubre 1877 | Idem .....          | Herms. de la Doctri-<br>na cristiana.....   | Idem.      |
| 10 Julio 1880   | Bugallal .....      | Hermanas de la Cruz                         | Idem.      |
| Idem.           | Idem .....          | Esclavas de Ntra. Se-<br>ñora de las Merds. | Idem.      |

| FECHAS          | MINISTROS          | CONGREGACIONES                           | FINES       |
|-----------------|--------------------|------------------------------------------|-------------|
| 25 Febrero 1881 | Alonso Martínez... | Siervas de Jesús....                     | Enseñanza.  |
| 21 Abril 1881   | Idem.....          | Sagrado Corazón de Jesús y María....     | Idem.       |
| 21 Marzo 1885   | Silvela.....       | Herms. del Sagr. Corazón de Jesús....    | Caridad.    |
| 20 Nov. 1885    | Idem.....          | Herms. de ancianos desamparados....      | Idem.       |
| 10 Sept. 1887   | Alonso Martínez... | Franciscas de la divina Pastora.....     | Idem.       |
| 10 Nov. 1887    | Idem.....          | Cristo Rey.....                          | Enseñanza.  |
| 9 Nov. 1890     | Villaverde.....    | Herms. de la Caridad                     | Caridad.    |
| 6 Febrero 1893  | Montero Ríos.....  | Ntra. Sra. del Buen Pastor.....          | Corrección. |
| 19 Abril 1893   | Idem.....          | Esclavas Inmac. Corazón de María...      | Enseñanza.  |
| 30 Abril 1893   | Idem.....          | Compañía de María.                       | Idem.       |
| 1 Mayo 1893     | Idem.....          | Comp. de Sta. Teresa de Jesús.....       | Idem.       |
| 1 Julio 1893    | Capdepón.....      | Visitación.....                          | Caridad.    |
| 25 Nov. 1893    | Idem.....          | Clarisas de la divina Pastora.....       | Idem.       |
| 7 Dic. 1893     | Idem.....          | Agutinas de la Asunción.....             | Idem.       |
| 9 Nov. 1894     | Maura.....         | Herms. de la Caridad de Santa Ana.....   | Idem.       |
| 15 Marzo 1895   | Idem.....          | Escl. conc. del divino Corazón de Jesús. | Enseñanza.  |
| 18 Agosto 1895  | Canalejas.....     | Justinianas.....                         | Idem.       |
| 15 Febrero 1898 | Groizard.....      | Madres de los desamparados.....          | Caridad.    |
| 22 Febrero 1898 | Idem.....          | Orden 3. <sup>a</sup> de la Merced.....  | Enseñanza.  |
| 3 Enero 1899    | Idem.....          | Escl. de la Natividad de Nuestra Señora  | Idem.       |
| 19 Abril 1899   | Durán y Bas.....   | Terciarias de San Francisco de Asís.     | Idem.       |
| 2 Junio 1899    | Idem.....          | Oblatas del Santísimo Redentor.....      | Corrección. |
| 24 Julio 1899   | Idem.....          | Hijas de Jesús.....                      | Enseñanza.  |
| 1 Agosto 1899   | Idem.....          | Franciscanas de Santa Clara.....         | Idem.       |
| 7 Nov. 1899     | Torreanáz.....     | Escl. del Sagr. Corazón de María.....    | Idem.       |
| 6 Marzo 1900    | Idem.....          | Inmaculada Concepción de María.....      | Idem.       |
| 21 Mayo 1900    | Vadillo.....       | Terciarias carmelitas de Sta. Teresa.... | Idem.       |
| 18 Octubre 1900 | Idem.....          | Terciarias dominicas de la Anunciata...  | Idem.       |
| Idem.           | Idem.....          | Hijas de S. José.....                    | Caridad.    |

Todavía faltan en este cuadro algunas otras autorizaciones, como las de los Premostratenses ó Mostenses, Camilos, Hijos del Inmaculado Corazón de María, Agustinas terciarias, Arrepentidas, Clarisas de Constantinopla, Hermanas de la Esperanza, Hermanas del servicio doméstico, Hermanitas de los pobres, Reparadoras, etc., sin contar las Comunidades autorizadas, con anterioridad á la Restauración, de Comendadoras, Benitas, Carmelitas, Claras, Agustinas, Dominicás, etc.

\*  
\* \*

LOS INGLESES Y SUS COLONIAS.— Stead, el valiente Director de la *Review of Reviews*, de Londres, uno de los pocos ingleses no contagiados de chamberlenismo ni embriagado por los vapores del imperialismo británico, publica en su Revista un trabajo interesante sobre «Los primeros resplandores del despertar nacional», en el que, después de recoger las conclusiones del poema de Rudyard Kipling, *The Islanders*, donde el famoso poeta tan celebrado por los jingos llama á sus compatriotas «nación de eunucos», da cuenta de la información abierta sobre la pretendida prosperidad de Inglaterra, en cuya información han tomado parte personas eminentes y competísimas de todos los partidos.

Para los que sueñan con las delicias del yugo inglés no dejarán de servir de lección afirmaciones como las siguientes, que por su origen y por la autoridad de quienes las hacen y de quienes las publican, constituyen verdaderas confesiones: «La administración británica es la absorción perpetua de las riquezas de la India en provecho de Inglaterra.» «El resultado de la administración inglesa es el empobrecimiento de la masa general de la población y la cronicidad del hambre.»

\*  
\* \*



CUBA BAJO LOS YANQUIS.— Triste es el consuelo, pero no deja de ser consolador para nosotros saber, por testimonio de extranjeros imparciales, lo que pasa en Cuba desde que ha dejado de ser colonia española.

Según afirma en *Le Correspondant* Alberto Savine, la miseria más espantosa reina en la isla de Cuba. De las 2.485.000 cabezas de ganado vacuno que antes había, no quedan hoy más que 376.000; los 584.000 caballos y mulas del tiempo de la dominación española se han reducido á 110.000, y los 570.000 cerdos á 358.000; el azúcar, que había llegado á una producción de más de un millón de toneladas, no llega hoy á 300.000; y la producción misma del tabaco ha bajado desde 560.000 balas á 375.000, llegando á convertirse los 3.400.000 hectáreas de terreno que antes se dedicaban al cultivo á 350.000 hectáreas, una décima parte tan sólo del cultivo anterior. ¡He ahí los resultados tan hermosos de la emancipación!

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares,**  
por EFERLE.

«No pueden, Señor; no pueden ni quieren. Hace veinte años que Francia no quiere ejército. Se ha matado en él el espíritu de sacrificio. *Se recoge lo que se siembra.*»

Estas palabras, dirigidas por un General francés á Napoleón III, mostrándole las tropas amontonadas alrededor de Sedán bajo los cañones prusianos, encabezan la obra cuyo es el siguiente juicio:

Entonces los franceses no podían ni querían; sesenta años antes sus vencedores tampoco habían podido ni querido, entregando, casi sin lucha, la Prusia entera al Capitán del siglo, en la famosa dispersión que siguió á Jena. Pero después de sus desastres, aquéllos y éstos, *quisieron y pudieron*. Estadistas y hombres de guerra, sintiendo oprimido el corazón por amarguras demasiado hondas para aplacarse con pasajeras declamaciones teatrales, dieron el hermoso espectáculo de consagrar voluntades é inteligencias á estudiar las causas de las catástrofes: con laboriosidad asombrosa, descubriendo virilmente propias miserias, sin asustarles lo duro del remedio. Y de las sombras de las derrotas surgieron albores de grandiosos renacimientos, que encumbraron al vencido de ayer á las alturas de un mañana resplandeciente de gloria y poderío.

Jena fue manantial donde nació una notabilísima literatura militar origen de la reconstitución modelo que llevó á

Sadowa, á Sedán, á la Unidad Germánica. En Woerth, Metz, en la desmembración de Alsacia y de Lorena se cimenta el engrandecimiento actual de la nación allí humillada, logrado, sin batallas, por el estudio y la constancia. ¡Treinta años han pasado, y todavía estudian los franceses las causas del gran desastre!

También en esta pobre España resonó el grito de *regeneración*, pero, ¡ay! que ó no llegó á los corazones ó no supo mover nuestras flacas voluntades, cuando tres años han bastado para que nadie hable de *aquello*; cuando acaso no pasen de una docena los estudios (publicados) de la índole del que hoy damos á conocer. ¿Será que ni la catástrofe que hundió sin lucha á un pueblo que fué grande es suficiente para que aquí *queramos y podamos?*...

Espanta la respuesta que el juicio sereno y frío cree vislumbrar observando los hombres, los hechos y el espíritu nacional, si algo queda que merezca tal nombre; aterrador sería convencerse de que la indiferencia que nos corroe, el utilitarismo vil que agosta toda tendencia noble, y la pereza, rémora de todo impulso eficaz, nos han sumido sin remisión en marasmo sordo á las voces de los pocos que como el autor de «El desastre nacional...» se atreven á gritar la verdad, intentan encender apagados estímulos y despertar yacentes entusiasmos.

¿Y quién es ése que perturba nuestra tranquila holganza con lamentos y funestos augurios, hablándonos en tono que, según propia confesión, «sonará mal en los oídos de los que »van haciendo á gusto su camino, y, sobre todo, de los que »por este motivo se declaran espíritus superiores inaccesibles »á la impresionabilidad vulgar para no asentir á cosa alguna »que signifique mudanza ó corrección en *sus medios de vida*, »procedimientos y aspiraciones; y también es probable que »esa acusación de inmoralidad no sea grata á los débiles ó perezosos que encuentran cómodo el dejar que todo siga por la »misma vía, si para separarlo de ella ha de exigírseles algún »esfuerzo?»

¿Quién...? Un hombre de buena voluntad, para el que no es el patriotismo neurósis pasajera, chispa fugaz, sino fuego inextinguible, calor que, siempre vivo, caldea el alma y da á la voluntad temple de acero: uno mal avenido «con el egoísmo grosero de bajo vuelo que se opone á todo sacrificio individual»: uno de los primeros de un distinguido Cuerpo del Ejército: un incansable obrero de la inteligencia que lleva treinta años estudiando sin tregua: que en aquellas tres tierras que fueron españolas ha vivido en las épocas de desarrollo del odio incubado de larga fecha en los corazones de ingratos hijos de la nuestra; que asistió á la explosión de él, estudiando sus orígenes y desenvolvimiento con espíritu observador y crítico; que ha guerreado en Cuba y Puerto Rico contra la rebeldía y el invasor sin derramar la vista en menudencias, mirando hechos y causas desde arriba, abarcando amplios horizontes; un enamorado de la verdad, un apasionado del alma de su España, no del vil atavío con que nos la disfrazan torpezas, concupiscencias y egoísmos de los que tantos años la han regido: un espíritu recto, una conciencia estrecha, que dando á su país, en la contienda, inteligencia, corazón, salud perdida en ella, aún no cree cumplidos sus deberes; y á despecho del dolor físico, domeñado para continuar trabajando; sobreponiéndose á torturas del alma, aún más acerbadas, olvida propias desdichas para pensar en las de su España, y halla en su voluntad bríos y aliento para estudiar y trabajar por ella: demostrando que todavía quedan españoles que *quieren* y *pueden*.

Tenemos este libro en el concepto del más completo y concienzudo trabajo publicado sobre la catástrofe desenlazada por el tratado de París; y no estudio que paso á paso desmenuce hechos aislados, sino análisis hondo de causas políticas, económicas, militares y sociales. Lleva por norte la verdad; y huyendo de egoísmos de clase, donde halla el mal lo muestra, señalando sus posibles remedios.

De cuatro partes consta:

La primera, «Preparación del Desastre», comienza con

antecedentes generales del movimiento separatista, base del subsiguiente estudio de las insurrecciones coloniales y de la elaboración del conflicto internacional que produjo su pérdida.

En la segunda, «La guerra con los Estados Unidos», se tratan la forma general de constituirlos y su desarrollo á grandes rasgos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, dando oportuno relieve á lo más saliente en cada uno de estos teatros.

La tercera, «Los Vicios de nuestras Instituciones militares», analiza puntos tan interesantes como espíritu militar, ascensos, recompensas y organización moral y material, examinando con notable imparcialidad y acertado criterio lo que por desgracia han sido y son, y lo que deben ser.

La última, «La Marina», dedícase á estudiar el gran papel que los defectos de la nuestra jugaron en el desastre, las causas de ellos y la precisión de remediarlos con urgencia en nación, cual la nuestra, que para no anularse ni perecer necesita hacer sentir cuanto sea y valga por lo que en los mares valga y pese.

En el desenvolvimiento de todas estas partes échase de ver en el autor conocimiento grande de los hechos y recta apreciación de ellos, aquilatándolos en su justo alcance; recto criterio que lleva á conclusiones virilmente formuladas, sin consideración á mundanales respetos, pero huyendo de personalismos; percepción clara del espíritu nacional, de las cualidades y defectos de los pueblos que fueron hijos nuestros, del carácter del enemigo, de extraña raza, que se alió con ellos, y de las mil causas, añejas unas, recientes otras, permanentes éstas y fortuitas aquellas, que dan al problema del *por qué* y del *cómo* del desastre complejidad tal, que para desentrañarlas, medirlas en su justo valor y sacar de ellas enseñanza, exige lento y reposado estudio, desapasionamiento y frialdad de juicio. Condiciones que, en esta obra, acredita su autor poseer en alto grado.

A guisa de aperitivo, para probar mucho mejor que con

elogios cuan interesantísimo es el libro, transcribiremos algunos párrafos.

Hablando de las causas políticas, dice:

«Una sola clase tiene forzosamente que ser fustigada con mayor rigor que las demás: la de los políticos de oficio. No es suya, ciertamente, toda la culpa, ni ésta debe repartirse por igual entre todos ellos... De buenas intenciones dicen que está empedrado el infierno, y sin duda que los políticos españoles han debido de contribuir en no pequeña parte á tan piadosa obra, previendo acaso que en su mayoría habrán de disfrutarla... Así se conquista el título de *muy amigo de sus amigos*, el más estimado de todos en la vida pública de España, y así se ha llevado ésta al punto en que hoy se halla...»

«... Por los procedimientos expuestos se ha llegado á la gran indisciplina social que ha acabado de minar el espíritu público, y con él nuestro ya exiguo poder material, hasta el punto de que no sólo se haya derrumbado éste de un solo golpe sin esfuerzo, apenas, de nuestros enemigos, sino de que también se haya hundido el escaso prestigio que á España le restaba. De ese modo quebrantada toda fe, y con el frío del desaliento en el corazón, hánse perdido los severos sentimientos necesarios para el cumplimiento de los deberes sociales y políticos, de los que casi nadie se preocupa. Por esto el patriotismo, de que los españoles han dado en todo tiempo notables muestras, aparece hoy moribundo.»

Sobre nuestras costumbres militares, dice en otro punto:

«... A los *muertos vistos*, ya antiguos en nuestras guerras, y bastante desacreditados, se había sustituido por algunos el novísimo sistema de los enterramientos. El error en el número de los muertos sepultados del enemigo se hace más difícil que en la cuenta de los vistos á mayor ó menor distancia. No puede, pues, negarse que esto constituye un verdadero progreso aun cuando también quepa el fraude por más de un concepto, Dios y la conciencia de cada cual saben á qué atenerse en todos los casos; pero con esta piadosa práctica de enterrar insu-

rectos más ó menos auténticos, además de ganar el cielo, puede cualquiera ayudarse mucho para conquistar ascensos y hasta cruces de San Fernando...»

Acerca del desacreditadísimo juicio de votación para el ascenso, escribe:

«... Hoy por tí y mañana por mí, pareció ser á menudo la regla... Lo que debió servir de garantía contra tantos abusos sirvió, pues, de medio para realizarlos... Rota toda traba, se vieron cosas aún más estupendas. Hubo así algún cuerpo en el que la mayoría de sus individuos en campaña obtuvo el ascenso, sin que llegara á sucumbir uno sólo por el fuego ó el hierro enemigo; lo cual no es, ciertamente, indicio de mérito tan general y tan grande en achaques de guerra como aquello podrá hacer suponer. Se concedieron ascensos por *tres días* efectivos de operaciones; otros por hechos de armas en que había habido hasta *una* baja... y hubo asimismo casos en que por las condiciones de los agraciados, no parecía sino que se trataba de hacer la selección de cierta clase, *eliminando de ella por el ascenso los peores elementos...* ¡Oh, españoles dichosos á quienes los héroes les brotan cual los hongos!... Alguien se ha jactado sin recato de que habiendo estado siete meses en campaña, pero sin tener la suerte de haber visto sino una vez al enemigo... de lejos, volvían, sin embargo, sus *adláteres* y *paniaguados con siete* propuestas por barba. Es probable que esto no sea exacto. Probablemente habrá en ello exageración, por lo menos, para causar efecto y aparecer genial; mas cuando ciertas personas hacen chistes sobre estas cosas, ¿qué resultados habrán de esperarse?... Así se ha formado y se sostiene el pandillaje en el ejército; y así presenta éste, bajo la apariencia de una constitución regular, el aspecto y la organización efectiva de las cuadrillas del gran arte nacional, en las que cada cual trabaja con su maestro.»

Casi al final del libro, exclama:

«¡Ah! Es que si el loable y profundo espíritu de cuerpo se exagera y llega á degenerar en orgullo de clase que no reco-

noce derechos en los demás, ni se considera obligado á dar cuenta de sus actos en los asuntos de interés general, ya tengan ó no éstos carácter de especialidad, entonces, en el mar lo mismo que en tierra firme, se tiene hecho gran parte del camino para llegar también á desconocer ú olvidar otras cosas que conviene tener muy presentes. Y así, la funesta división de la humanidad en dos clases, la de los que usan el botón de ancla, y la formada por los que no lo llevan, división declarada de hecho y mantenida hasta aquí por muchos marinos, se ha convertido al fin en su propio daño.»

Percibiendo con claridad lo que el porvenir nos depara, dice después:

«O con Inglaterra, ó contra ella. Tal es el dilema en que pronto habremos de vernos envueltos, sin poder eludirlo, y que deberá ser resuelto con arreglo á los verdaderos intereses de la Nación si á ello aciertan nuestros hombres de Estado.»

Y en el término de la primera parte de la obra se hallan, entre otros, los siguientes párrafos tan bien pensados como hondamente sentidos.

«¡Ah! Es preciso haberse hallado sobre el terreno mismo del litigio, en el lugar del peligro, donde el amor á la patria se siente con mayor fuerza, y donde se veía su bandera rodeada de todos sus enemigos, declarados ó encubiertos, para medir toda la amargura de verla caer entre la algazara general y sin esfuerzo apenas por parte de aquéllos. Hay que haber sufrido una tras otra, como las sufrieron los buenos españoles que allí estaban, todas las crueles decepciones que la desatentada conducta de casi un siglo venía preparando para estos supremos momentos, para sentir con toda su pesadumbre la inmensa responsabilidad que por ellas caía sobre los hombres que guiaron esa conducta, y en primer término sobre los que á última hora la agravaron por su incuria y su debilidad. Así se puede comprender mejor cómo desmayaba el ánimo de muchos, que de otro modo, á pesar de nuestros vicios, habrían llenado su deber, al considerar la inutilidad del sacrificio, fal-



tos de la ayuda de todo aquello con que se suponía contar, sin cohesión en el empleo de los exiguos medios de que en realidad se disponía, y hasta pudiéndose lógicamente dudar de si en verdad existía en los altos poderes directivos la voluntad de resistir...»

«... Ahora, después de la catástrofe, soplan vientos de regeneración, en los que con la pretensión de barrerlo todo, casi siempre se perciben acentos de un positivismo que sólo busca el remedio en el fomento de la riqueza material. ¡Como si lo que ha faltado fuera el culto á intereses de esta clase! Precisamente la extensión y el exclusivismo de este culto, más que otra causa cualquiera, han engendrado aquella. *Se ha recogido lo que se había sembrado*; y así, en lugar de cerrar con doble llave el sepulcro del Cid, como se ha dicho, hay que abrirlo para que los efluvios de honor y patriotismo que de él emanen templen el alma de las nuevas generaciones españolas...

»Cuidemos, enhorabuena, con mayor esmero é inteligencia que hasta aquí, del desarrollo de la prosperidad nacional, haciendo de España un país laborioso en vez de un pueblo de políticos y empleados; pero combatamos á todo trance el grosero materialismo individual...

»En todo caso, si esta labor exige el sacrificio de algo de lo poco heroico que todavía nos queda, enterremos bien honda la peligrosa obsesión del heroísmo español (por mucho que nuestra historia la disculpe) con todo lo que pueden conducirnos á imitar á Don Quijote en su loco afán de aventuras, sin otros arreos que la famosa bacía, y por corcel el escuálido Rocinante.

»Seamos prudentes. ¡¡Pero no glorifiquemos, por Dios, á Sancho Panza!!»

Y basta; pues si lo dicho no es tanto como el libro merece, creémoslo suficiente para que se comprenda su importancia.

JOSÉ DE ELOLA.

**I trattati commerciali della Repubblica Fiorentina**, per Gino Arias.—Volumen I (secolo XIII). Firenze, successori Le Monnier, editori, 1901. Un tomo de xxii-514 págs., 4 liras.

**Studi e documenti di Storia del diritto**, per Gino Arias.—Firenze, successori Le Monnier, editori, 1901. Un tomo de 166 págs., 2,50 liras.

No hace mucho tiempo, al dar cuenta en LA ESPAÑA MODERNA de otro libro del mismo autor que éstos, titulado *Las instituciones jurídicas medioevales en la Divina Comedia, de Dante*, encarecía yo las grandes y excelentes cualidades de historiador que con él demostraba tener Gino Arias, un joven, por cierto, recién salido de las aulas y el cual podía muy bien servir de espejo á lo que entre nosotros se llama—casi en absoluto á manera de antífrasis y como burla—«juventud estudiosa».

Las dos obras á que la presente nota se refiere me obligan á dar ahora por reproducido cuanto dije entonces, pues están hechas con la misma escrupulosidad científica que aquélla, con el mismo dominio del asunto, la misma penetración inductiva, igual fuerza generalizadora é igual *savoir faire* y arte.

Pero debo añadir aquí algo que entonces no pude afirmar, aun cuando lo sospechaba, y que no pude afirmarlo por desconocer la advertencia que va al frente del volumen *Los tratados mercantiles de la República Florentina*. Es lo siguiente: que si bien debe atribuirse mucha parte del resultado feliz á que, de estudiante ha llegado Arias, á sus propias condiciones de capacidad intelectual, y quizá sobre todo á su índole de trabajador incansable, tenemos que reconocer igualmente en ello el influjo del factor educación. Si Gino Arias se nos presenta desde luego como una realidad, más bien que como una esperanza futura de buen historiógrafo, el fenómeno hay que ponerlo, por mitad cuando menos, en la cuenta de méritos de los maestros que ha tenido. El mismo estampa los nombres de éstos, como complaciente homenaje de gratitud, en una de las primeras hojas del más importante de los dos libros, diciendo que ellos—singularmente los profesores del Vecchio, Gaudenzi, Calisse y Casta, todos de la Facultad de leyes de Bolonia,

donde el autor ha hecho sus estudios—son los que le han enseñado á emplear el método científico de indagación histórica. ¿De cuántos de los profesores españoles podrán nuestros discípulos decir otro tanto, tan de verdad honroso para la enseñanza; en lugar de elogiarnos simplemente como buenos preparadores para exámenes y como engendradores espirituales, por lo tanto, de gentes superficiales, de vividores, parásitos, brujuleadores, holgazanes y prepotentes de toda laya? ¡Si á lo menos tuviéramos cara para avergonzarnos de lo que hacemos, al compararnos con lo que en otros sitios se hace...!

La primera de las publicaciones cuyos títulos quedan citados al principio de esta nota es una historia, muy ordenada y completa, de los tratados mercantiles que en el siglo XIII celebrara con otros municipios la poderosa República Florentina de entonces. Comienza el autor por exponer, en una primera parte, la historia externa, y luego, en la segunda parte, hace una circunstanciada historia interna ó del contenido de los referidos tratados (materia de represalias, de suspensón, de arbitraje, de subsistencias, de hacienda y de procedimiento). El otro libro es, principalmente, una relación histórica de los contratos bancarios celebrados en los siglos medios entre la Santa Sede y las compañías italianas de banqueros á la sazón existentes, sobre todo con la de los Bonsignori.

Ambos libros reproducen bastantes documentos originales recogidos por el autor en los archivos, y la parte tipográfica es tan excelente como la empleada siempre por la casa successori Lemonnier, y de la que he tenido ocasión de hablar ya otras veces en este mismo sitio.

P. DORADO.

---

**El sistema dactiloscópico**, por Juan Vucetich.—La Plata, 1901. Folleto de 54 págs., con 14 más de anejos explicativos.

El sistema de identificación antropométrica, inventado por M. Bertillon, es demasiado conocido, pues á la hora de ahora

se aplica ya en casi todos los Estados que se llaman cultos, incluso en España.

Lo que no se conoce apenas todavía es el sistema dactiloscópico, también de identificación personal, inventado por el inglés Mr. Francisco Galton, y con el cual hay muchísimas menos probabilidades de caer en error que con el *bertillonage*.

Se funda este sistema dactiloscópico, según lo indica su propio nombre, en el estudio de las impresiones digitales de los individuos que han de ser identificados, impresiones que no varían durante la vida del sujeto, ni aun por cierto tiempo después de muerto.

Funciona ya en Inglaterra, en la India y en algún otro sitio. También se emplea en Buenos Aires, por cierto con algunas modificaciones y perfeccionamientos introducidos por el Jefe de las oficinas de Estadística é identificación de la policía de aquella provincia, D. Juan Vucetich, y aprobadas por el propio Mr. Galton.

El Sr. Vucetich fue autorizado el año pasado, por el Jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, D. Juan B. Ocampo, para dar en la Biblioteca pública de La Plata una conferencia explicatoria del sistema dactiloscópico, para imprimirlo después, al intento de difundir el conocimiento del mentado sistema.

La conferencia es la que contiene el opúsculo á que se refiere la presente nota. En él explica el autor más claramente, auxiliándose además de grabados intercalados en el texto y de cuadros que añade á éste por vía de apéndices ó anexos, la historia y el funcionamiento del sistema dactiloscópico; de manera que, con semejante escrito á la vista, puede uno enterarse perfectamente, sin gran trabajo, de la índole y mecanismo de un procedimiento tan ingenioso como útil y seguro de identificar á las personas, y en especial á los que ofrezcan algún peligro social, v. gr., á los delincuentes, que es á quienes se aplica principal y casi exclusivamente.

P. DORADO.

## INDICE

---

|                                                                              | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>High-life</i> (novela), conclusión, por la Baronesa de Suttner.....       | 5            |
| <i>Poetas americanos: Invierno</i> , por Laura Méndez de Cuenca.....         | 39           |
| <i>El Congreso Panamericano en Méjico</i> , por Juan Pérez de Guzmán.        | 41           |
| <i>Maese Pedro</i> , por Miguel de Unamuno.....                              | 75           |
| <i>Noticias históricas acerca de la seda</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig. | 85           |
| <i>Conquistadores antiguos y modernos</i> , por Francisco Sosa.....          | 93           |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                      | 155          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                        | 167          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por José de Elola y P. Dorado.....             | 194          |

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amorosas, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
- Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 ptas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Champeommunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV. 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.** Teoría sobre los cambios extranjeros 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pts.
- Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.

**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.  
**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones política, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.  
**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 ptas.  
**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.  
**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas. 7 pesetas.  
**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.  
**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.— Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arrenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.  
**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.  
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.  
**Virgilio.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.  
**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa. 9 pesetas.  
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.  
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.  
**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

---

## OBRAS RECIEN PUBLICADAS

### POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

---

**Virgilio:** Manual de Estadística, 4 pesetas.—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 ptas.—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 ptas.—**Stirner:** El Único y su propiedad, 9 ptas.—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, 4 ptas.—**Spencer:** Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 7 ptas.—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), 10 ptas.—**George:** Protección y libre comercio, 9 ptas.—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, 7 ptas.—**Ricci:** Derecho Civil, dos vols., 15 ptas.—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, 6 ptas.—**Finot:** Filosofía de la longevidad, 5 ptas.—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.—**Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, 8 ptas.—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 ptas.—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 ptas.—**Goncourt:** La Du Barry, 4 ptas.—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—**Champecomunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, 10 ptas.—**Starke:** La familia en las diferentes sociedades, 5 ptas.—**Caró:** La filosofía de Goethe, 6 ptas.—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.<sup>a</sup> edición, 7 ptas.—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.<sup>a</sup> edición, 3 ptas.—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, 7 ptas.—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, 4 ptas.—**Max Müller:** Historia de las Religiones, 8 ptas.—**Bunge:** La educación, 12 ptas.—**Bagehot:** La Constitución inglesa, 7 ptas.—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, 8 ptas.—**Nietzsche:** Aurora, 7 ptas.—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, 8 ptas.—**Mommsen:** El Derecho penal romano 10 ptas.

---

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—Fuera de España, un año, cuarenta francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

-Se suscribe en la calle de Fomento 7, Madrid.

Director: J. LÁZARO

# TARJETAS POSTALES

PUBLICADAS POR

# LA ESPAÑA MODERNA

FOMENTO, 7, MADRID

Cien obras artísticas, propiedad del Sr. LÁZARO

## Primera decena.

- 1—Escudo de España. Siglo XVI. Bordado.
- 2—La Marquesita de Roncali.
- 3—La Santa Faz. Plata. Siglo XVI.
- 4—Entrada en París de Isabel de Baviera. Vitela. Siglo XV.
- 5—Goya. La Torera. Dibujo.
- 6—Virgen con el niño y San Juan.
- 7—Tordwalsen. El amor coronando la belleza.
- 8—Metsys. La Virgen en oración.
- 9—Banco de la Catedral de Cuenca.
- 10—Beso maternal.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

## Segunda decena.

- 11—Gerard. La señorita Velázquez.
- 12—Salcillo. La Degollación de los Inocentes.
- 13—La Virgen del ramillete. Siglo XV.
- 14—Arcón gótico. Siglo XV.
- 15—L. de Vinci. La hija de Verrocchio
- 16—Rubens. Retrato de niño. Dibujo.
- 17—Mueble de novios. Siglo XVI.
- 18—Virgen con el niño. Plata. Siglo XVI.
- 19—Página de un libro de oraciones. Siglo XV.
- 20—La señorita de La Vallière.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

## Tercera decena.

- 21—La Piedad.
- 22—Guardasecretos: Siglo XVI.
- 23—V. López: Retrato de su hijo.
- 24—Bargueño: Parte exterior.
- 25—Peter Nefs: Arrojando á los mercaderes.
- 26—Tiepolo: Dibujo.
- 27—Alfaro: D. Antonio de Solís.
- 28—Rembrandt: Maltratando á Cristo.
- 29—Lorena: Fiesta campesina.
- 30—Dorso de un espejo. Marfil.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

## Cuarta decena.

- 31—Reni: Melancolía.
- 32—Leoni: Carlos V.
- 33—Escenas de la Pasión.
- 34—Reloj Luis XVI.
- 35.—Una paloma.
- 36—Plata repujada y dorada. Siglos XVI y XVII.
- 37—Joanes: La bendición.
- 38—Armario de talla.
- 39—La reina Gabriela de Saboya.
- 40—Negroli: La máscara de hierro.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

# LOS CAPRICHOS DE GOYA

## Primera decena.

- 1—Francisco Goya y Lucientes.
- 2—El sí pronuncian y la mano alargan.
- 3—¡Que viene el coco!
- 4—Tal para cual.
- 5—Carnaval.
- 6—El petimetre y la maja.
- 7—El rapto.
- 8—Tántalo.
- 9—El amor y la muerte.
- 10—Los contrabandistas.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

## Segunda decena

- 11—La sopa boba.
- 12—¡Qué sacrificio!
- 13—La mala Consejera.
- 14—«Perdone por Dios...» ¡Y era su madre!
- 15—La media de seda.
- 16—Las desplumadoras.
- 17—Ya van desplumados.
- 18—El que la sigue la mata.
- 19—Sentencia de inquisición.
- 20—Si quebró el cántaro...

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

Inmediatamente se publicarán: Tipos de belleza: Personajes célebres: Las maravillas del grabado, etc., etc.

**Nuestro propósito es: educar el gusto, cultivar la inteligencia y deleitar el espíritu.**